



LOTERIA

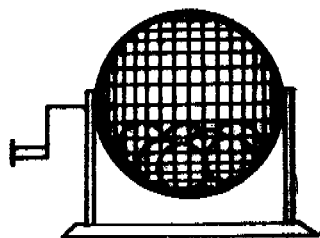
VOLUMEN II

N 25

2da. Época

DICIEMBRE 1957

LOTERIA



II EPOCA • PANAMA, R. DE P., DICIEMBRE DE 1957 • Nº 25

NOTAS EDITORIALES

Páginas

El Día de la Madre	7
En el centenario del nacimiento de don José Fernando Arango	8
EREMERIDES panameñas.—Diciembre, por Juan Antonio Susto (panameño)	5
EL PANAMEÑO y la Nación, por Roque Javier Laurenza (panameño)	9
RECORDANDO a don Juan Antonio Henríquez al cumplirse los 42 años de su muerte, por Concha Peña (panameña)	21
MOTIVOS de lotería la suerte (versos) por Gustavo Segura (colombiano)	29
ANDRESITO (cuento de Navidad), por Jorge Turner (panameño)	30
JUAN ANTONIO SUSTO por Luis Rubén Garia R. (Panameño)	38
LA VENTANA (cuento) por Victor M. Franceschi (panameño)	42
DON FERNANDO ARANGO hace declaraciones sobre su participación en el 3 de Noviembre de 1903	49
BOLIVAR y Santander en La Gira, por Mariano Soto (panameño)	53
POBLACION de la Provincia de Panamá a comienzos del siglo XVII por Armando Fortune (panameño)	55
EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN EN LOS AÑOS DE 1876, 1877 y 1878, por Armando Reclus (francés)	
Capítulo XXXIII	225
Capítulo XXXIV	231
Capítulo XXXV	259
Capítulo XXXVI	248
PORTADA: Excelentísima señora doña Mercedes Galindo de de la Guardia, esposa del Presidente de la República, Presidenta de la Cruz Roja Nacional y Presidenta del Patronato de la lucha contra el polio	
Numerosos favorecidos por la suerte en el año de 1956 (tercera página de la contraportada).	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (cuarta página de la contraportada).	
Administración de la Lotería Nacional de Beneficencia	2

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

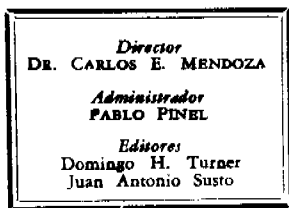
DR. CARLOS E. MENDOZA
Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI
Sub-Gerente

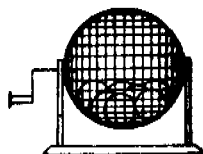
HERACLIO CHANDECK
Jeje de Contabilidad

GILBERTO MEDINA
Tesorero

PABLO A. PINEL
Secretario



LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

II EPOCA • PANAMA, R. DE P., DICIEMBRE DE 1957 • Nº 26

NOTAS EDITORIALES:

El Día de la Madre

Para cristianos y no cristianos, para los que tienen y para los que no tienen fe en las cosas sobrenaturales, la efemérides más gloriosa de este mes, corresponde entre nosotros al 8 de Diciembre, en el Día de la Madre.

Si la Inmortalidad pudiera simbolizarse en algo terrenal y, aún, en algo sublime, ninguna figura sería más llamada a ello que la Madre: suma de virtudes y paradigma de sacrificio.

Todas las especies, y en grado superior el hommo sapiens, desde las más remotas edades hasta nuestros días, dieron muestra altísima de su culto a la persona que los llevó en su seno, que los hizo parte de su entraña y que, hijo, vino a constituir un desdoblamiento de su propio ser, que ya, para ella, ante la grandeza de su obra, pasó a último término en su amor, en su ternura y en su entrega total.

Poetas, prosadores y artífices del pensamiento, con estro y palabra inigualables, ya exteriorizaron sentimientos y criterios enaltecedores de la reina de la Creación.

Siendo así, a "LOTERIA", para no ocupar un segundo puesto en este homenaje universal de la Madre, recurre a refugiarse en un sitio en donde todo vocablo es vano y torpe todo gesto que no sea reverencial: en el místico sitio del Silencio, regado con lágrimas y flores.

En el centenario del nacimiento de Don Jose Fernando Arango (1857 - 1941)

Don José Fernando Arango tomó parte activa en la gesta separatista de 1903, pues su tío José Agustín Arango, quien era como un padre para él, le comunicó y le hizo partícipe de todos los movimientos de nuestra emancipación de Colombia.

Cuando se dió el grito libertario del 3 de Noviembre de 1903, era don Fernando Arango, jefe de la policía, y como Comandante de ese cuerpo le tocó alojar en el Cuartel de Policía —en calidad de presos— a los generales colombianos Tovar y Amaya.

La ley 65, de 18 de Diciembre de 1930, reconoció los servicios prestados “a la causa de la Independencia de Panamá”, por don Fernando Arango y la ley 61, de 6 de Junio de 1941, por ese mismo motivo, le concedió una pensión.

En el centenario del nacimiento de este preclaro varón —el 20 de Diciembre de 1957— la Patria agradecida, por medio de “LOTERIA”, le rinde el tributo de su admiración y respeto.

Efemérides Panameñas

Por JUAN ANTONIO SUSTO

(Panameño)

DICIEMBRE

DIA 1º

1903.—Los panameños residentes en Puntarenas (Costa Rica), se adhieren al movimiento separatista de Panamá de Colombia.

DIA 2

1903.—La Junta de Gobierno Provisional de la República de Panamá, aprobó el Tratado celebrado en Washington el 18 de Noviembre de 1903, entre el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. John Hay y el representante de Panamá en aquel país, Mr. Phillippe Bunau-Varilla.

DIA 3

1903.—El Consejo Municipal de Panamá manifestó su complacencia, por la aprobación al Tratado de 18 de Noviembre, hecho por la Junta de Gobierno.

DIA 4

1923.—Se inauguró, en la Plaza de Francia de esta ciudad, el monumento a los zapadores franceses del canal de Panamá, por el Presidente de la República, Dr. Belisario Porras, con asistencia del Conde Bourdoncle de St. Salvy, Delegado de Francia, de un batallón de infantería de marina del crucero "Jeanne d'Arc" y de las autoridades panameñas.

DIA 5

1904.—Salió el primer número de "El Diario de Panamá".

DIA 6

1904.—El Presidente de la República, Dr. Manuel Amador Guerrero, por medio del Decreto número 74, aprobó la Convención acordada en Washington el 20 de Junio de 1904, entre el Secretario de Guerra de los Estados Unidos, y los Comisionados Fiscales del Gobierno panameño, señores don Ricardo Arias y doctor Eusebio Antonio Morales.

DIA 7

1824.—Desde la ciudad de Lima, Perú, el Libertador Simón Bolívar, extendió invitación a los países americanos para la celebración de una reunión en la ciudad de Panamá — en 1826 — de un congreso anfictiónico.

DIA 8

1903.—Rusia reconoció oficialmente a la nueva República de Panamá.

DIA 9

1885. Por Decreto número 841, dado en Bogotá, se erigió al Estado Soberano de Panamá, en *Distrito de Panamá*, y por el Decreto número 858, del día 12, fue modificado en el sentido de que se llamase *Departamento Nacional de Panamá*, en lugar de Distrito.

DIA 10

1901.—Salió de Tumaco, Colombia, la expedición revolucionaria encabezada por el General Benjamín Herrera, quien desembarcó en Tonosí, Panamá.

DIA 11

1903. Los habitantes del Distrito de Los Santos, manifestaron su reconocimiento a la Junta de Gobierno Provisional, por haber ordenado el traslado de la cabecera a esa Provincia, a la villa de Los Santos.

DIA 12

1917.—El Presidente de la República, Dr. Ramón Maximiliano Valdés, por medio de una Proclama, declaró la guerra al Imperio Austro-Húngaro.

DIA 13

1887. Presentó credenciales como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en los Estados Unidos, el panameño don José Marcelino Hurtado (1826-1917).

DIA 14

1903.—Lanzó Manifiesto la Junta de Gobierno Provincial de la República, sobre convocatoria a la Convención Nacional Constituyente.

DIA 15

1896. El Conde Charles de Lesseps, desde Londres, escribió al Gobernador de Panamá, don Ricardo Arango, dándole las gracias por el Decreto expedido por el citado Gobernador, y aprobado por la Asamblea Departamental de Panamá, mandando erigir una estatua y hacer un parque en honor de su padre, el Conde Ferdinand de Lesseps.

DIA 16

1939. --Murió en ciudad de Pconomé, el Presidente de la República, Dr. Juan Demóstenes Arosemena, quien había nacido en 1879.

DIA 17

1853. Se sancionó la Constitución Provincial de Panamá, expedida por los Diputados de la Provincia de Panamá, conforme a la Constitución Política de la Nueva Granada. Empezó a regir el 1º de Enero de 1854.

DIA 18

1903. El Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, don José Pardo, ofició al Ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, Dr. Francisco V. de la Espriella, manifestándole que el gobierno del Perú reconocía oficialmente a la nueva República.

DIA 19

- 1904.—El Presidente de la República, Dr. Manuel Amador Guerrero, expidió el Decreto número 192, sobre celebración del centenario del nacimiento del General panameño Tomás Herrera, el día 21, y nombró una Junta Organizadora compuesta por los doctores Pablo Arosemena y Belisario Porras y los señores José Agustín Arango, Ricardo Arias y Federico Boyd.

DIA 20

- 1886.—El Gobernador del Departamento de Panamá, General Alejandro Posada, reglamentó la instrucción pública en el Departamento.

DIA 21

1933. --Saltó el semanario "Suplemento", bajo la dirección del Licenciado Víctor Florencio Goytía y teniendo como redactores al Dr. José Daniel Crespo y al poeta José Guillermo Balcáza.

DIA 22

1902. En la bahía de Panamá se hizo entrega del vapor armado en guerra "Almirante Padilla", por parte de los revolucionarios.

DIA 23

1903. El General Rafael Reyes, Jefe de la Misión colombiana en Washington, con los doctores Jorge Holguín, Pedro Nel Ospina y Lucas Caballero, enviaron al Departamento de Estado de los Estados

Unidos, una Nota de Agravios, con motivo de la separación de Panamá.

DIA 24

1903.—El Marqués de Lansdowne, Ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, ofició al Ministro de Relaciones de Panamá, manifestándole que S. M. el Rey, reconocía la nueva República de Panamá.

DIA 25

1905.—Se celebró la primera FIESTA DE LOS NIÑOS, en el Parque de la Catedral (hoy plaza de la Independencia), a iniciativa de los doctores Ricardo J. Alfaro y Juan Demóstenes Arosemena y patrocinada por la revista "El Heraldo del Istmo", de don Guillermo Andreve.

DIA 26

1931.—Murió en San José de Costa Rica, don Justo Antonio Facio, quien nació en Santiago de Veraguas en 1860 y fue primer Rector del Instituto Nacional de Panamá.

DIA 27

1903.—Se verificaron las elecciones para miembros de la Convención Nacional Constituyente.

DIA 28

1899.—Se encargó don Alejandro V. Orillac, del Departamento de Panamá, como Jefe Civil y Militar.

DIA 29

1903.—El Secretario de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Licenciado Leonidas Pacheco, ofició al Ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, manifestándole que el gobierno costarricense reconocía a la República de Panamá.

DIA 30

1903.—El Ministro de Negocios Extranjeros de Italia, Tifloni, comunicó al Ministro de Relaciones de Panamá, que S. M. el Rey de Italia, había reconocido la independencia de Panamá.

DIA 31

1903.—El Secretario de Relaciones Exteriores de Alemania, Conde von Kichthofen, ofició al Ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, sobre las relaciones amistosas entre el Imperio alemán y Panamá.

* * *

1955.—En este mes y año se publicó el primer número, segunda época, la revista "Lotería", órgano de la institución del mismo nombre, bajo la dirección del Dr. Carlos E. Mendoza y edición del periodista D. H. Turner e historiógrafo Juan A. Susto, y en desarrollo de una misión cultural, histórica y política prominente.

EL PANAMEÑO Y LA NACION

Por *ROQUE JAVIER LAURENZA*

En el programa de los últimos "Viernes Universitarios" — el 16 de Julio de 1957 — y continuando la indagación del tema de la conferencia de José Isaac Fábrega sobre la nación panameña, ya publicada por nosotros, Roque Javier Laurenza dictó, en el auditorio de la Facultad de Derecho, una conferencia, "El Panameño y la Nación", que mereció numerosos comentarios en la prensa y en la radio, y de la cual publicamos aquí los fragmentos finales de la parte polémica.

EL PROBLEMA DE LA NACION

Me perdonarán ustedes si acaso comienzo por valerme de unas expresiones perogrullescas. La perogrullada, después de todo, es una verdad, que salta a la vista, pero que nadie toma en cuenta, aunque se valga de ella, como los cubiertos cuando estamos en la mesa familiar, frente a la sopa succulenta o el lomo aromático. Reparemos, pues, durante un segundo, en este tenedor que forman las sencillas palabras siguientes: El problema de la nación panameña consiste, nada más ni nada menos, en que la nación aún no es problema para los panameños.

La solitaria meditación de unos cuantos incluyendo la trágica de Lasso de la Vega, no ha rebasado nunca los límites de sus capillas respectivas y tiene aún algo del murmullo de una religión en el temblor y la sombra de las catacumbas.

Se dijo antes que toda la vida humana está llena de problemas y es, en sí, problema. En alguna parte, Ortega y Gasset dice que "la vida es algo que se hace hacia adelante". Y es verdad. La misma palabra *problema* quiere decir, en su subsuelo etimológico, echar algo hacia adelante. La chispa del deseo enciende nuestro motor mental. Pensamos. Nuestro Ser está marcando el paso, actuando ya; decimos lo que queremos y vamos a realizar y acordamos cómo realizarlo; proyectamos nuestra acción y eje-

cutamos lo pensado. Hemos pasado de la subjetividad al plano de la experiencia real. En dos palabras, nos hemos desplazado, echando nuestra vida hacia adelante.

Y la nación, ¿no es ella, acaso, también, vida? ¿La vida de todos los que viven en ella y, por consiguiente, una vida vivida por todos? La vida del hombre consiste, según el criterio filosófico que me sirve de máscara de oxígeno en el fondo de estos problemas, en el yo y la circunstancia. En efecto, mi vida de este instante consiste en el hecho de que mi persona está en una tribuna, y en que, desde ella, estoy haciendo algo que es decir mis pensamientos. A esta faena me ha traído mi vocación y me lleva el destino que resulta de la suma de mi yo y las circunstancias. Hay, pues, correspondencia entre mi ser y mi hacer de este momento, y lo que hago es auténtico vivir de hombre. Por su parte, la nación es el yo que corresponde a esa gran circunstancia que es la historia. Y vida nacional auténtica es aquella que, hundidas las raíces en el pasado, tiende sus ramos hacia el porvenir, en una cabal existencia de persona, que proyecta hacia algo su hacer consciente, hacer y algo que están de acuerdo con su ser, etc. Pero la de la nación, como la del hombre, no es vida cuando es simple estar físico, en un punto del espacio, o correcho a la deriva por aguas desconocidas o cuando el hacer no es su hacer, su vocación en una palabra. Es decir, no hay vida nacional, de nación, cuando ella no constituye un problema, y no es vivida como tal problema.

Y así sabe concebir que un país sea ya una posibilidad de nación y no sea nación efectivamente. Es el momento en que el país, con su posibilidad nacional en él, está en un remanso del río de la historia, la proa hundida en la arena de la orilla, mientras su casco es sacudido por el torrente del destino que urge y que, con sus ondas insistentes, quiere decir a la nave inmóvil que su misión es navegar.

Y yo me complazco, una vez más, en verificar la milenaria virtud de las metáforas, fuente de exactas definiciones.

¡La nación como nave y el ciudadano como marinero! Aquí tenemos, en los términos de una simple imagen naval, la fórmula exacta del problema. La nave lleva al hombre, al ciudadano, hacia el puerto de su destino trascendental, en tanto que pueblo, raza, etc.: pero la nave no puede ir a ninguna parte si antes el marinero no cumple con las tareas inevitables del arte de navegar, calcula la posición de los astros, mide el fondo de las aguas y traza el rumbo entre los paralelos y las longitudes.

Hay quienes piensan que este complejo histórico que llamamos nación es algo que está ahí, a la altura de un tiempo determinado, al cual los pueblos llegan como a la madurez el hombre en su discurrir biológico. La nación, sería, pues, según esta tesis teñida de romántica confianza en

el progreso, algo que acontece en el plano de la pura mecánica social, en la periferia del hombre, como construcción hecha ex-profeso en cuanto aparece la unidad elemental de la lengua, la religión, la raza y las costumbres. Otros, como mi ilustre amigo José Isaac Fábrega, hablan de una nación que "se recibe y se capta", que "penetra en nuestro yo personal, asimilada plenamente por nuestra cultura", y además insisten en la importancia esencial de la comunidad de la lengua, la religión y las prácticas sociales. ¿Y dónde queda, entonces, el fenómeno suizo? ¿Y el belga? En un caso, tenemos tres razas, tres religiones e innumerables sectas, tres lenguas famosas y un diario dialecto superior; y en el otro, dos pueblos antitéticos unidos, en cambio, en un todo nacional fuerte y actuante. ¿Cómo? ¿Por qué?

Sin embargo, es posible que mi tesis se aleje de la de Fábrega en lo puramente metódico y en el vocabulario. Fábrega se sitúa en un punto periférico y, desde una perspectiva de largo alcance, contempla el tembloroso hormigueo del problema. Yo, en cambio, por obligada táctica de miope, he tenido que acercarme a la entraña ontológica del hombre que vive el problema, que es el problema. Es la mía una perspectiva casi filosófica y la de Fábrega una perspectiva política de hombre de Estado.

LAS TENAZAS NECESARIAS

Con todo, entre su rica prosa, Fábrega ha puesto una cita del pensador alemán Georg Jellinek, de cuyo vientre de kangarú van a saltar, una tras otra, las razones de mi tesis. "La nación es más bien algo esencialmente subjetivo: esto es, la característica de un determinado contenido de la conciencia", dice el grave profesor, y luego añade exegéticamente: "La unidad subjetiva de la nación es, por su naturaleza, el resultado de una cultura elevada". ¡Por aquí, señoras y señores, anda la cosa!

Naturalmente, estas dos frases citadas tienen un sentido filosófico y están compuestas con vocablos filosóficos, de modo que hay que triturarlas, con las tenazas correspondientes, para extraer de ellas su denso y abundante jugo germánico.

En efecto, la nación no es "asimilada por la cultura", ni "penetra" en nuestro yo personal". La nación es cultura y sale de nuestro ser, como suprema flor de la conciencia. La Nación tiene raíces ontológicas y es objetivamente, cultura, ya que cultura es el conjunto de las formas que sirven para descubrir valores, como vida culta es aquella que transcurre dentro de la vigencia de esos valores, y que se desenvuelve de acuerdo con ellos y por ellos. Así la nación es una objetivización de la conciencia como suma de los valores descubiertos por ella; cosa que nace en el hombre, que él vive, como intuición, como razón y como experiencia, y que

existe, por lo tanto, como idea, como vivencia y como devenir, que es decir, historia. Por ello, precisamente, la nación es la más alta manifestación de la vida social del hombre, porque si el hombre, en las etapas superiores de su existencia, produce la cultura y vive en la cultura; en las formas superiores de su cultura, produce la nación y vive en la nación.

Aquí se hace necesario descender un poco en la entraña del problema.

PATRIA Y NACION

El hombre, al encontrarse en el mundo, es acicateado por una serie de urgencias vitales de carácter somático, fisiológico, et., en el plano de los impulsos y las causas elementales. Luego encuentra, en relación directa con esas urgencias primarias, la tácita emoción de la solidaridad de la especie. Es el momento en que su alma amanece a los efectos, a lo que Fábrega con exactitud llama "querencias", el apego a la tierra nativa, la conformidad con el paisaje circundante, con todo lo que es de ese mundo —hombres y cosas— donde él encuentra los medios de subsistencia, la satisfacción de sus necesidades biológicas. El amor a la patria nace en esta zona auroral del alma, esa emoción que Fábrega describe hermosamente, diciéndonos que es "la tierra física donde se hallan, hechos cruces en las tumbas, miles y miles de árboles que fueron, y miles de árboles que son, para tornarse en cunas". En otras palabras, son los pedazos de la existencia que están, como Miró decía, envueltos en girones de amor o de dolor.

Ahora bien, al examinar este mundo y los destellos del alma de quien lo habita, se observa que es y que son consecuencia directa de las urgencias vitales inmediatas.

Pero luego, viene una etapa superior, ya alcanzadas ciertas formas básicas de la vida humana, en que el hombre hace el descubrimiento radical de que su vida es vida para algo, cuya vivencia es, precisamente, lo que constituye su vida de hombre: es decir, el descubrimiento de que el auténtico y único destino humano es vivir para y de los valores, descubriéndolos, recreándolos, y ajustando su vivir al hecho de la existencia de esos mismos valores. Y es aquí cuando surge entonces, como el aroma de las flores maceradas, la posibilidad nacional, el fenómeno excelso de la nación, que no consiste en el imperio coercitivo de las leyes, esas como reglamentos de tránsito, sino en la plena vivencia ética de la ley. Porque una auténtica nación es aquella en la cual por el juego armónico de voluntades y conciencias, si desaparecieran los semáforos de las encrucijadas, aún así, el orden público se mantendría, porque cada ciudadano lleva con él un sistema inexorable de señales rojas y verdes.

Ahora bien, no es verdad que una nación auténtica esté constituida

la presencia decisiva de minorías potentes la que impone la tónica de la vida social. Y ya que se dice esto, no está de más observar que es, precisamente, después del Renacimiento, al extenderse la cultura y formarse las grandes minorías cultas, cuando aparece la nación moderna.

Se equivocan, pues, quienes piensan que la nación sólo es posible cuando la totalidad de los habitantes de un país ha comprendido que forma una unidad racial, idiomática y religiosa, y participa de las grandes creaciones artísticas. Esto es olvidar que España e Italia son ilustres naciones y que, sin embargo, existen en ellas miles y miles de hombres que ignoran la existencia de San Juan de la Cruz y de Velásquez, de Piero della Francesca y Benedetto Croce.

LA CULTURA

Conviene recurrir a la anécdota. Las anécdotas suelen servir, como los datos estadísticos y las fechas colgadas al pie de las palabras, a manera de lastre, para que el globo verbal no se aleje y pierda de vista la tierra de la verdad.

En una tarde de 1948, me encontré con unos amigos suramericanos e italianos en el rectángulo ilustre de Piazza Navona, en la capital italiana. La conversación se hizo animada y giró en torno al estilo de las fuentes de la plaza. Junto a nosotros, un grupo de bambini jugaba, llenando el aire con su exhuberancia lúdica. De pronto, uno de ellos, se acercó a la célebre fuente de los ríos, obra de Bernini, metió la breve cabeza en el chorro de agua fresca, que manaba de los bellos de mármol de uno de los caballos del grupo escultórico, y luego, haciendo de sus manos una concha propicia, bebió abundantemente.

He aquí una imagen perfecta del mundo de la cultura, del universo de la nación, visto en dos de sus dimensiones. Porque el grupo que reflexionaba sobre las formas estéticas, y vivía, por tanto el valor que en ellas encontraba bajo el dorado sol de la tarde de Roma, era la minoría que vive en la cultura; y, por su parte, el inquieto bambino era el pueblo que vive de la cultura. Y así mundo culto es aquel donde es posible enriquecer el espíritu con la vicencia axiológica y, al mismo tiempo, como el párvulo romano de la anécdota, satisfacer una necesidad elemental como la sed en una fuente cuyas formas han sido transformadas en arte por la virtud suprema del estilo.

LAS COARTADAS

En realidad, ni la existencia de un quiste alienígena en un flanco del cuerpo panameño, ni el peso muerto de las tribus inertes de kunas,

guaymies y chocóes, ni el incesante apetito de los buitres fenicios, pueden ser considerados como obstáculos decisivos del progreso moral de Panamá.

En su conocida tesis, Fábrega establece una jerarquía panameña, una especie de pirámide construida con tres clases de istmeños. En la base de ella, Fábrega coloca a la muchedumbre pasiva de los indígenas y a los hombres de alma extranjera; y en la cúspide a unos panameños capaces de sentir, captar y recibir a la nación, según él dice.

Ahora bien, en Panamá no existe una clase dirigente absoluta, totalitaria y excluyente. La verdad, en cambio, es que existen clases dirigentes, apenas separadas por leves y abordables muros, y dentro de ellas algunos hombres y contados grupos que sí sienten, comprenden y sostienen la idea de nación.

El hecho real y evidente es que el hombre típico de estas clases dirigentes posee una maquinaria gnoseológica defectuosa y es un Ser incompleto, cuya inauténtica vida transcurre en el plano elemental de las urgencias vitales.

De aquí, por ejemplo, la ocurrencia de que nuestro Estado —creación amorosa de esos hombres y grupos nacionales escasos— sea, a veces, un Estado anti-nacional, como observó agudamente Lasso de la Vega, por la simple y buena razón de que es un instrumento del hombre típico. Aunque en una conferencia de esta índole no son necesarias las alusiones concretas, conviene, sin embargo, señalar, al paso, que la presencia en Panamá de una masa de forma y contenido extranjeros se debe a que ella fue mantenida entre nosotros porque servía a las urgencias vitales del panameño que por ellas se caracteriza y se define.

No. El panameño típico de las clases dirigentes —y estas clases dirigentes, como ya ha quedado en claro, van del industrial al periodista, pasando por el técnico y el negociante— no han llegado a la concepción nacional. Y no hay que confundir a la nación con la patria, que es simple afecto y cosa del mundo de las urgencias vitales, virtud al alcance de todos, húmedo y tibio seno maternal de las “querencias”, que en nuestro caso, suele ser excusa de deficiencias y desmayos. Es conocida la coartada de la limitación geográfica, la pobreza de medios y la pequeñez demográfica.

VITUPERIO DE UN VERSO FAMOSO

Por caprichoso destino, los versos más célebres de la *poesía panameña* sirven de tácita justificación de nuestros males:

Oh Patria tan pequeña, tendida sobre un istmo...

Quizás fuiste tan chica para que yo pudiera

llevarte por doquiera dentro del corazón...

Si no fuera mutilar a la Musa Panameña, habría que encerrar a estos sonoros alejandrinos bajo siete llaves, como pedía Ganivet que se hiciera con el sepulcro del Cid. Quién puede negar que el panameño lleva la patria en el corazón? Lo grave —y ello constituye nuestro problema— es que el hombre típico está dispuesto a morir por la patria y no sabe aún vivir para la nación! Y necesitamos que, así como responde, unánime, a la cita con la patria, responda al llamado de la gran patria que es la nación. Porque no hay nación sin patria, claro está; pero la patria es un camino hacia la nación, una etapa decisiva y fundamental en la conciencia que crea el complejo histórico nacional, pero una etapa, un medio, no un fin. Y ahora se trata de la nación; y si la patria se lleva en el corazón, la nación se lleva en la cabeza, que es el centro de las objetivizaciones axiológicas con las cuales se concibe y levanta a la nación.

LA MINORIA NACIONAL

Ahora bien, si todo ésto es así, ¿cómo se explica que Panamá sea a veces una nación cabal y que, frente a determinadas circunstancias, piense y actúe como una nación auténtica? Cómo pueden conciliarse la negativa y la afirmación, siendo las dos justas? La respuesta es sencilla: Como el Jano mitológico, Panamá tiene dos caras. Voy a explicarme.

Desde hace mucho tiempo —de Justo Arosemena a nuestros días— existen en Panamá figuras solitarias y grupos aislados que han concebido a la Patria como nación y la han creado y mantenido como tal en su conciencia. Algunas veces, esas figuras o esos grupos ejercen el poder público o parte de él, y van dejando, entonces, huellas perennes de su paso, aquí y allá, al azar de sus destinos personales. Mas frente a esos ejemplares, el hombre típico pasa con la alegre indiferencia de quien transita por entre mármoles egregios cuyo prestigio ignora, ya que carece, por su deficiencia ontológica, de eso que Octavio Fábrega ha llamado el “sentido institucional”.

Por otra parte, existe el hecho de que también la cristalización nacional se produce cuando el país se enfrenta a problemas de carácter internacional: es decir, en el momento en que, por virtud de la presencia de un interlocutor extranjero, la vida panameña queda de suyo situada en la esfera de la nación. Y qué sucede entonces? El hombre típico, el dueño de la vida panameña de todos los días, intuye que hay algo que le rebasa y, a la luz de ese breve relámpago axiológico, llama a esas figuras y a esos grupos aislados y les entrega provisionalmente, la dirección de las cosas. ¡Y entonces el país tiene la voz y los gestos de una nación!

Mas esta situación extraordinaria pasa, los conflictos se resuelven, las aguas retornan a su nivel cotidiano, ¡y ya está! El hombre típico asume

su posición directora y reanuda el imperio de las urgencias vitales.

La nación ha existido, pues, y existe de modo intermitente, como el pulso de un soldado herido, o como la frase melódica de una sinfonía cuando únicamente la expresan unos cuantos violines y el conjunto de la orquesta permanece mudo.

HACIA LA REFORMA NECESARIA

Mas ponderar un problema implica necesariamente la consideración de sus posibles soluciones. Fábrega propone medidas de tipo político. Pero cómo perder de vista el hecho de que los instrumentos de la política son los partidos y los órganos del Estado y que estos instrumentos son, precisamente, las armas eficaces de nuestro hombre típico y las sólidas columnas de su trono social? Además, el problema no es únicamente político, ya que reside en un hombre peculiar, cuya entraña incompleta no puede gestar la nación definitiva y permanente.

Las posibles reformas deben comenzar, pues en ese hinterland del alma de donde surge, vencedora de la simple necesidad biológica, la conciencia. Y aquí, en este punto, asoma el áspero perfil de un tema inevitable: el de la educación como instrumento necesario de la reforma sustancial que hoy se pregona.

Desde hace veinte años más o menos, la educación panameña sufre un influjo despótico y excluyente. He nombrado al pedagogo. No a éste o aquel pedagogo, sino al arquetipo de los llamados técnicos de educación. Tal como existe entre nosotros, ese pedagogo, es el producto curioso de una tendencia norteamericana, ya superada, y que tuvo su momento de prestigio cuando aún se creía en las ventajas de la especialización a ultranza. Las recientes indagaciones hechas por las Universidades de Harvard, Princeton e Illinois han puesto de relieve, aún en los mismos Estados Unidos la necesidad urgente de rectificar rumbos y entregar la dirección al humanista.

BREVE DIATRIBA FILOLOGICA

En Panamá, el pedagogo ha adoptado un ideal de eficiencia, de rapidez, de producción cuantitativa, tendiente a la especialización desde los primeros grados de la segunda enseñanza, y se ha instalado, con su pequeña ciencia, en la posición de árbitro supremo, de filósofo de la cultura. Claro está que estos reparos al pedagogo no pierden de vista la necesidad de la pedagogía, disciplina útil como rueda del carro de la educación, aunque perjudicial como auriga del mismo. Cualquier diccionario griego enseña que *paidagogos* era el encargado de llevar el niño a la escuela, esperar por él y conducirlo nuevamente a casa. A tal punto su función era

de carácter ancilar, que existía, junto al aula de clases, una sala especial, llamada el *paidagogoi*, donde el pedagogo esperaba la hora de salida. Para el griego clásico, la tarea de este empleado era la de mantener al niño bien portado dentro y fuera de la escuela, y nada más. Para los escritores de la antigüedad, al hablar de la educación en sí y de todo lo que es conocimiento concreto o cultura, existía el término *paideia*; y, para aludir al sistema general, el de *paidemoisis*; y para referirse al maestro o profesor el de *paideno*.

Esta breve e inocente diatriba filológica que dejó caer sobre la orgullosa testa del pedagogo, quiere decir que su misión es la de indicar el método, la manera más efectiva y cómoda de enseñar algo, pero no la de ordenar qué se debe enseñar ni hacia dónde debe ir la enseñanza.

Se ha visto que la casa moral del hombre que hoy nos preocupa posee una sola ventana y una sola puerta y que es necesario instalarlo en otra, de varias ventanas y muchas puertas, para que pueda tener diferentes perspectivas y, llegado el momento, escoger, entre diversas, la salida de su verdad auténtica, la que lleva hacia sí mismo. En pocas palabras, el problema panameño no es de *paidagogia*, sino de *paidemoisis* y *paideia*!

Porque esta educación de hoy, que impone con mano implacable e impone el pedagogo, esa educación que se resuelve en ciclos, niveles y desniveles, en español básico y en materias optativas, corresponde, por misteriosos caminos al mundo de las urgencias vitales del hombre-isla y del nómada ontológico.

Y no hay escape al deber. La primera tarea en el camino del propósito nacional es la de reformar la educación en el sentido de la visión humanista del mundo. El problema inmediato es el de crear los medios de convertir a los grupos aislados que sienten, conciben y sostienen a la nación en minoría potente. Y esa minoría debe ser formada por hombres de vida auténtica y plena, en los cuales exista la identidad de Ser y el Hacer, de la Vocación y el Destino. En consecuencia, la educación debe tender a que la Universidad sea lo que siempre debió ser; cernedera de la vocación, cauce propicio del destino personal, y lugar donde el adolescente, ya preparado por la segunda enseñanza, descubra que su vida es vivir para algo; que el vivir humano es trascender y no simple existir, respondiendo apenas a la necesidad biológica.

EL MINOTAURO UNIVERSITARIO

Obsérvese que la cuestión es mucho más profunda de lo que parece. No se trata de culpar a los responsables inmediatos de la Universidad. La Universidad, hoy por hoy, debe funcionar de acuerdo con el estilo impuesto por la dictadura pedagógica; y el propósito de esa dictadura es

producir, en las mayores cantidades posibles, esta alegre especie universitaria, cuyo símbolo justo podría ser el de un joven Minotauro que pasa, en veloz carrera, sobre los flancos ondulantes de la colina de la Universidad, cazando, aquí y allá, su magra ración de "créditos", como se dice en la lengua meteca del pedagogo. Naturalmente, la cultura y los problemas del hombre no pueden interesar al Minotauro. Una vez Stalin, durante una conferencia internacional, cuando alguien pensó en consultar al Papa, preguntó: "¿Y cuántas divisiones tiene el Pontífice romano?" Igualmente, nuestro estudiante se pregunta, frente a las formas de la cultura: "¿Y cuántos créditos ganaré con ellas?" Como ven ustedes, es el mismo mundo de las urgencias vitales. El joven Minotauro es el equivalente, del hombre maduro que pasa, indiferente, frente a las instituciones y sólo se interesa por aquello que, en la vida política, tiene el resultado práctico de un "crédito", con un valor de cambio inmediato y que es medio tangible y eficaz para la subsistencia.

De aquí la necesidad urgente de reformar los programas universitarios con un severo criterio aristárquico. Debe ser universitario quien pueda asumir la responsabilidad de su vocación. El destino de una universidad no es resolver problemas domésticos, como si se tratara de una junta rotaria, de beneficencia pública. Las universidades no tienen corazón; y el suelo del infierno, según dicen las mejores guías de turismo infernal, está hecho con buenas intenciones.

LA EMPRESA NACIONAL

Señoras y señores:

La tarea de modificar el tono de nuestra vida, de lograr que la nación sea para los panameños vivencia constante y no apenas prenda dominguera para los días de fiesta o armadura eficaz para los de combate, es empresa ardua que exigirá, el mejor de los casos, el tiempo histórico de tres o cuatro generaciones y la continua acción de una minoría dinámica que, actuando dentro de las clases dirigentes y a medida que aumentan sus filas, vaya extendiendo su influencia sobre las formas sociales y políticas del país. A esa tropa de choque nacional pertenecen y pertenecerán todos los hombres de vida auténtica, cuyo ser y hacer marchen acordes, y que vivan por lo tanto, en el mundo de los valores.

En efecto, la cuestión de la autenticidad de la vida, es decir del Ser, es la vara mágica a cuyo golpe brotará la acción eficaz y transformadora. ¡La autenticidad de la vida! Yo lamento no poder tratar esta noche, entre otros temas pendientes, el problema del intelectual panameño, tanto del agnóstico como del que se dice católico; pero mis reflexiones sobre el par-

ticular se convirtieron en densos apuntes que prolongarían esta velada más allá de sus límites normales. Hubiera deseado indagar con ustedes el drama de estos individuos cuyos *modus vivendi* debería constituir un auténtico *modus cogitandi*, como apuntaba hace poco en México. Interesante sería, por ejemplo, examinar el caso del intelectual católico panameño, en quien la condición religiosa no ha llegado aún a la angustia, al temblor de quien tiene una verdad tremenda en la mano, su verdad, y se ha quedado y hallo del católico culto y no del pueblo— en la simple costumbre de puntualidad dominical a los oficios. Tal vez, encontraríamos que su caso explica por qué, en Panamá, una fuerza espiritual como el catolicismo tiene, apenas, como vocero suficiente una publicación que no supera el tono de una hoja de parroquia campesina. Yo soy un hombre de los extramuros de la Iglesia, y lo digo sin orgullo, con dolorosa humildad, pero un hombre a quien le gustaría que sus compatriotas católicos e intelectuales vivieran intelectualmente como tales.

Mas ¿por qué es esto así? Claro está que por la misma razón por la cual no existen partidos políticos panameños fundamentados sobre bases ideológicas. Todo está relacionado en este sistema de vasos comunicantes que es la vida del hombre típico de que hablo. Pero este tema me llevaría, y ya me está llevando, hacia una larga y minuciosa indagación...

Mas toda acción implica una estrategia y una táctica, y también un sistema logístico como se dice en lengua de Estado Mayor. El grave y hermoso llamado de José Isaac Fábrega al planteamiento urgente del problema nacional, llamado que tiene como antecedentes inmediatos la obra de nuestros internacionalistas, los ensayos exegéticos de Rodrigo Miró y Gasteazoro, los polémicos de De la Rosa, los trabajos de Castellero, los estudios de Domínguez, Soler y García, y el trágico monólogo de Lasso de la Vega, entre otros, ese llamado, digo, debe continuar suscitando inquietudes y resonancias críticas. A esta tribuna deben venir hombres de varias disciplinas para que apliquen al problema de la nación los precisos instrumentos de sus técnicas respectivas. Ellos dirán con qué materiales y cuáles herramientas, además de las ya señaladas, será posible construir el necesario Caballo de Troya con que podrá conquistarse la ciudadela imperial del hombre típico de las clases dirigentes.

Con todo, una cosa queda puesta en relieve: la primera y urgente medida que se debe poner en práctica es la de iniciar una campaña por la reforma de la enseñanza panameña, desde la escuela elemental hasta la jerarquía universitaria. Esa reforma debe tener en cuenta la necesidad de darle un sentido humanístico a los estudios, y queda entendido que humanismo no quiere decir viejos métodos, ni hacer hincapié sobre el latín y el griego. No. Se trata apenas de proyectar la enseñanza hacia

un tipo ideal de hombre para el cual el descubrimiento de los valores y el vivir de acuerdo con ellos sea cosa necesaria, y cuyos años de aprendizaje escolar sean la sazón en que madure su vocación auténtica.

Yo, por mi parte, he procurado presentar el drama del panameño y la nación en su intimidad ontológica. Es un punto de vista, una perspectiva personal, cierta o equivocada, pero rigurosa en su discurrir y en su diagnóstico filosófico. No he indagado el por qué ni el cómo, tarea que atañe al historiador y al sociólogo. He partido del hecho real de que, en esta circunstancia espacio-temporal inmediata, existe un hombre X. Necesariamente, por ser teoría, he tenido que valerme de abstracciones, aunque en el ánimo de todos están presentes las correspondencias precisas. En fin, como hombre de letras, como intelectual — e intelectual, decía una vez André Malraux, es aquel que vive de acuerdo con un sistema de ideas — pienso que la cultura es el principal ábrete-sésamo de este gran problema; la cultura, que no es simple cosa de más o menos libros, sino estilo de vida; el vivir por y dentro de un sistema de valores. Y la cultura es el camino a lo más alto. Y lo más alto, por una paradoja metafísica, es precisamente lo que está en nosotros: la vida y todo lo que ella implica cuando es vivir de hombre, de persona. Porque, en verdad, el hombre lleva en sí a la persona, como la patria a la nación. Y nación y persona son obra de ese quehacer agónico por el cual el hombre alcanza la plenitud ontológica, la plena sazón de su condición humana. ¡De la misma manera, los soldados de Napoleón llevaban, en el fondo humilde de sus mochilas, el áureo bastón de Mariscal de Campo!

ROQUE JAVIER LAURENZA.—Nació en Chitré, el 3 de Diciembre de 1910. Escritor y diplomático. Fué uno de los dos principales precursores de la poesía nueva en Panamá y sus ensayos críticos señalan una etapa de nuestra historia literaria. Miembro de nuestro Servicio Exterior desde hace muchos años, ha servido en Río de Janeiro, Bogotá, México, Managua, New York, París, Roma, Bonn, Copenhague, Oslo y, ocasionalmente, en otras capitales del mundo. Ha ocupado todos los cargos del servicio y es en la actualidad Ministro Plenipotenciario en disponibilidad.



Recordando a Don Juan Antonio Henríquez

Por *CONCHA PEÑA*

(Panameña)

Cuando todavía en el Estado Soberano de Panamá, vibraba la emoción por la grandeza y el sentimiento del Presidente Don José de Obaldía, que había enviado un valioso Mensaje a la Cámara Legislativa, planteando el problema Internacional de la Independencia del Istmo, bajo la protección de los Gobiernos de los Estados Unidos del Norte y la Gran Bretaña, nació en la ciudad de Panamá un niño que había de ser puntal glorioso de la cultura istmeña.

Era este infante, hijo del matrimonio formado por Don Juan de la D. Henríquez y Doña María Carrasquilla, ciudadanos de tradición honorable.

Llegó a la vida, el 27 de Abril de 1860, y al derramar sobre su cabeza los sagrados óleos, le pusieron por nombre Juan Antonio.

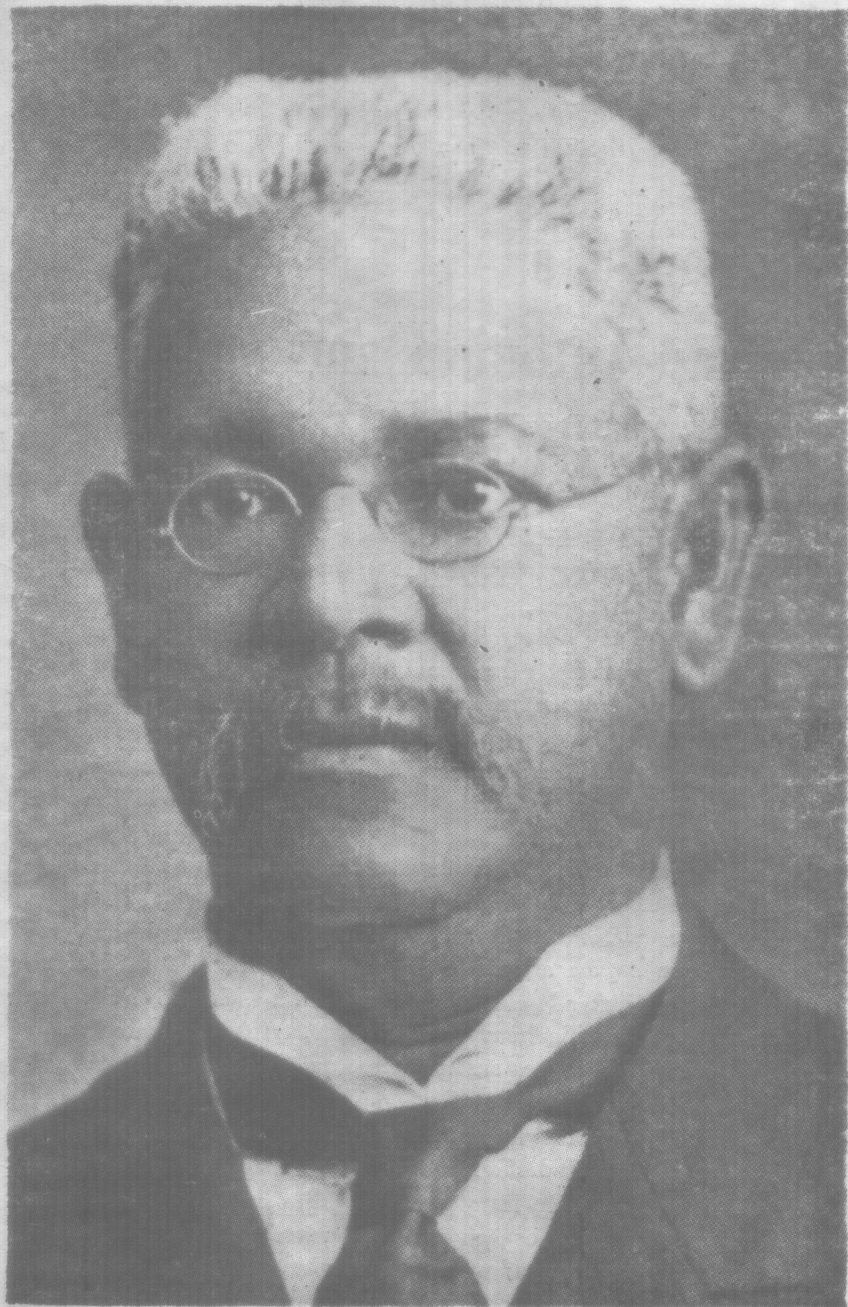
Su nacimiento y bautizo fueron celebrados con solemnidad; pues aquella criatura que llegaba al mundo, era al decir de la Señora de Henríquez la felicidad más grande con la que premiara a su hogar el Creador.

En el seno de la familia humilde y cristiana, transcurrió la niñez de Juan Antonio, siendo los padres sus maestros, quien le enseñaron las primeras letras y el amor a Dios.

Al cumplir los diez años, ingresó el muchachito en el Colegio de Jesuitas y al decir de Don Rodolfo Aguilera, en su magnífica obra "Hombres Públicos del Istmo", bajo la tutela de los hijos de Loyola, hizo Juan Antonio Henríquez sus estudios con visible aprovechamiento.

Otros maestros muy reputados y eminentes tuvo el joven estudiante, y su aplicación y comportamiento fueron premiados con lauros distintivos.

No cursó estudios en ninguna Universidad extranjera; pero desde que tuvo razón, se inclinó por la carrera de leyes y por las letras.



JUAN ANTONIO HENRIQUEZ
Panamá—27 de Abril de 1860
Panamá—28 de Dic. de 1915

Siendo muy joven, se destacó en los campos literarios. Fue poeta y prosista. Como poeta, aunque perdidos, escribió dos poemas de hondo sentido lírico: "En el valle del Cauca" y "¿Por qué dudas?", cuyas estrofas le sirvieron para cimentar su fama de escritor.

Estas primeras producciones aparecieron en el "Eco Juvenil" y en "La Idea", que vieron la luz en 1874, cuando Juan Antonio Henríquez apenas contaba quince años.

También desde temprana edad se inclinó por las doctrinas conservadoras, siguiendo el pensamiento de su padre y sus ascendientes.

Su credo político estaba basado en "la justicia humana y en el respeto y amor a las doctrinas de Cristo".

Joven, probo y honesto, fue bien pronto destacándose en las filas conservadoras y sus servicios y empeños, le valieron ocupar puestos importantes en la Administración del Estado, llegando a ser Gobernador del Distrito Capital y del Departamento de Panamá.

En 1883, el Doctor Dámaso Cervera, conociendo sus "cualidades excepcionales", le nombró por Decreto 163, del 28 de Agosto, suplente segundo de la Gobernación, según reza en la Gaceta del mes de Septiembre del mismo año.

En 1885 se le confirió el cargo de editor Oficial del Estado, sustituyendo a Don Rodolfo Aguilera, nombramiento que hizo el General Don Ramón Santo Domingo Vila, y al suceder a este mandatario el Coronel Don Miguel de Montoya, como Jefe Civil y Militar del Estado Soberano de Panamá ascendió a Henríquez, nombrándole Sub-secretario de Gobierno con fecha 17 de Junio (1885).

Tres meses después, cuando el Coronel Montoya, llamó al servicio activo a las Milicias del Estado, Juan Antonio Henríquez fue ascendido a Sargento Mayor, titulación que consta en el Decreto No. 102 del 29 de Septiembre, y confirmado en la Gaceta del 10 de Octubre del mismo año.

En 1888, por encargo de Don Tomás Herrera, preparó el Proyecto de Decreto para regular el Cuerpo de Policía, y al presentarlo afirmaba el autor que fue inspirado en "las regulaciones de Lima, Guatemala y del Departamento de Antioquia".

Veintiseis años contaba Henríquez, cuando Panamá dejaba de ser Estado Soberano, pasando a ser simple Departamento, por consecuencia de la política del Presidente Rafael Núñez, que se había encumbrado en las tierras panameñas, el Istmo no tuvo todos los atributos que le fueron reconocidos a otros Departamentos, ya que el artículo 201 de la Carta Constitucional de 1836, que sustituía a la de Río Negro, estableció que "el Departamento de Panamá estaría sometido a la autoridad directa del Gobierno y sería administrado con arreglo a leyes especiales".

Para regir la nueva forma de Gobierno en el Istmo, fue nombrado Gobernador de Panamá el General Don Alejandro Posada el que al poco tiempo de tomar posesión de su alto puesto designó al señor Henríquez, Secretario Privado.

No permaneció mucho tiempo Henríquez en su cargo, renunciando a él con fecha 11 de Mayo de 1887, pese al favor que le dispensaba el mandatario y su Secretario General, Don Juan Vicente Aycardi, "quien se oponía a la renuncia del joven ilustrado".

Quiso entonces Henríquez dedicarse de lleno a la carrera de Abogado. Abrió un consultorio que se hizo bien pronto popular, y al mismo tiempo se afanó por escribir en los periódicos crónicas políticas y literarias.

A. J. 225. 1200 peds. Sept. '06

Panama Rail Road Company.

To Carlos Clement

Presente.

Panamá, Noviembre 5 de 1907.

Hoy se consumó, hace cuatro años, la secesión del Istmo de Colombia, con el reembarque en Colón, en el vapor ORINOCO, del batallón TIRADORES de la Guardia Colombiana. Tu labor ese día, contribuyendo a ese hecho, fue eficaz y valiosa; y fue entonces ~~que~~ cuando quedó definitivamente asegurado el movimiento secesionista iniciado en esta ciudad capital, en la tarde del 3 de Noviembre de 1903. Te saluda y felicita, tu afm:

Carlos Clement

Panamá, Noviembre 5 de 1907.

Presente

Hoy se consumó, hace cuatro años, la secesión del Istmo de Colombia, con el reembarque en Colón, en el vapor ORINOCO del batallón TIRADORES de la Guardia Colombiana. Tu labor de ese día, contribuyendo a ese hecho, fue eficaz y valiosa; y fue entonces cuando quedó definitivamente asegurado el movimiento secesionista iniciado en esta ciudad capital, en la tarde del 3 de Noviembre de 1903.

Te saluda y felicita, tu afmo.

J. A. Henríquez.

Las más brillantes producciones del "inquebrantable conservador", aparecieron en "El Cronista", periódico que había fundado en 1878, Don Manuel Román de la Torre, en "El Observador", que dirigía Don Manuel A. Mora, en "El Precursor", que fundara en Santiago de Veraguas Don Ladislao Sosa y sobre todo en "El Mercurio", que se fundó en Septiembre de 1890 bajo los auspicios de la Cámara de Comercio, y entró un año después en el campo de la política como sostenedor de las doctrinas conservadoras.

Derramadas en las hojas de estos periódicos, está la obra fundamental del señor Henríquez, que no se ha recogido todavía y que son fuentes importantísimas para conocer a fondo la historia y evolución del Istmo de aquellos tiempos turbulentos que antecedieron a la Guerra llamada de los MIL DIAS.

En 1892, fué nuestro biografiado, nombrado Fiscal del Juzgado Superior, y en la altura de su puesto demostró siempre serenidad "y firme comprensión de la justicia".

Dos años más tarde, dada su fama y popularidad fue elegido Diputado, y en la Asamblea del Departamento, brilló su ingenio y el deseo constante que tenía de favorecer a las clases necesitadas y abogar por la cultura de su patria.

Tan brillante fue su papel de legislador, que en las nuevas elecciones triunfó su candidatura, como Diputado por Balboa, sobresaliendo en la Cámara "como orador de encendido verbo".

Cuando se iniciaron las inquietudes revolucionarias en el Istmo en Octubre de 1899 y se encargó del Gobierno el Dr. Facundo Mutis Durán, llamó a Henríquez para confiarle el cargo de abogado Consejero, que no pudo aceptar por tener compromisos contraídos con la Compañía del Ferrocarril, de la cual fue abogado notable; pero ayudó infatigablemente, por medio de la prensa y empresas particulares a sostener la autoridad del Gobierno Departamental, tan lastimado por las facciones revolucionarias, que se creían poderosas al asumir en Punta de Burica, el mando del Departamento como Jefe Civil y Militar, el Dr. Belisario Porras.

Con su valiente pluma y desde las columnas de "El Mercurio", alentó durante la Guerra de los Mil Días a los gobiernistas y ensalzó sin servilismo a los hombres que ostentaron durante aquella época el mando del Istmo. Las crónicas dedicadas al General José María Campo Serrano y al General Albán, fueron insuperables, al decir de sus partidarios; "pero ninguna levantó en la facción liberal ni odio ni rencor; porque en el fondo de sus artículos latía siempre un deseo de justicia y de comprensión entre los dos bandos rivales".

Cuando se levantó en Panamá la idea redentora de la emancipación,

fue Henríquez, uno de los más decididos sostenedores, prestando, al decir de Rodolfo Aguilera, "con toda decisión su valioso contingente hasta ver realizada la República".

Su pensamiento sobre la Independencia del Istmo había cristalizado en Henríquez muchos años antes de que Don José Agustín Arango determinase la creación de la Junta Revolucionaria, hasta el punto que en periódicos de Panamá, Barranquilla, y "El Grito del Pueblo" de Guayaquil donde esbozara su pensamiento redentor, dieron lugar a que "el Autonomista" de Bogotá, servido y sostenido por conservadores reaccionarios pidiera desde sus páginas que "se fusilase por la espalda a lo separatistas panameños determinando el nombre de Juan Antonio Henríquez. Gabriel Guizado Costa y Héctor M. Valdés, en su edición del 8 de Junio de 1899.

Cuando el señor Arango, dió a conocer su idea separatista y formó la Junta revolucionaria, Henríquez entró a formar parte del Cuerpo Auxiliar de la Revolución con otros notables hombres públicos entre ellos el Dr. Carlos A. Mendoza y el Dr. Eusebio A. Morales.

Dice el historiador, don Ismael Ortega B., en su famosísima obra LA JORNADA DEL 3 DE NOVIEMBRE DE 1903", que el papel más importante que el señor Henríquez desempeñó en la Independencia fue en la ciudad de Colón.

En la mañana del día 5 de ese Noviembre Glorioso de 1903, "llegó a la ciudad Atlántica, a bordo del vapor *Jennings*, el General Pompilio Gutiérrez, distinguido militar colombiano, quien venía en misión especial del Gobierno de Bogotá. Tan pronto como se supo que allí estaba ese personaje militar, Don Porfirio Meléndez, (alma y nervio de la Independencia de Colón), envió a bordo a don Juan Antonio Henríquez a fin de que explicara la situación al General Gutiérrez, y el señor Henríquez, en cumplimiento de su encargo le dijo que la Independencia de Panamá era un hecho cumplido; y que las fuerzas norteamericanas no permitirían que Colombia recuperara el Istmo de Panamá".

Instaurada la República, fue electo Diputado, interviniendo en la Convención con lucimiento. Su actuación merece ser reseñada para que las generaciones del porvenir conozcan que se impuso "en virtud de su ilustración y patriotismo".

En 1904, fue nombrado Inspector de Instrucción Pública de Colón, donde realizó una tarea beneficiosa en favor de la cultura.

Más tarde se le confirió la dirección de las Oficinas de Estadística.

Nunca perdió su contacto con el pueblo por medio de la prensa, que él llamaba "su Cátedra popular". Y en verdad que desde todos los periódicos donde escribió, demostró su gran amor por las clases menesterosas, por los trabajadores y por los intereses más vitales de la Patria.

Como orador, quedó plasmada su elocuencia en el famoso discurso que pronunció el 28 de Noviembre de 1909 en la sesión solemne de la Cámara Municipal, donde abogó por la economía nacional al sostener: "la independencia política que alcanzamos hace seis años y que es preciso mantener a todo trance, no podrá ser estable, segura, sin independencia económica, sin independencia industrial. Es esta, a no dudarlo, una verdad axiomática. Las naciones, las colectividades, como los individuos infladamente, que no tienen y no procuran tener medios, esio es, recursos para atender a su subsistencia, viven, que digo, arrastran vida miserable e indigna, las primeras exponiéndose no solo a ser desairadas internacionalmente, si que también a ver ocupadas a veces, sus aduanas por marinos de guerra extranjeros, y compelidas de ese modo a pagar deudas atrasadas, y los segundos tienen que recurrir a petardear al prójimo, a llevar vida de *sablistas*..."

Al subir al poder la facción liberal, en la ya próspera República, Henríquez se apartó casi por completo de la vida pública, dedicándose a ejercer su carrera de abogado y escribir en los periódicos más notables artículos de fundamento, siendo admirable su producción en "EL DIARIO DE PANAMA" y "La Prensa", tratando de fijar en crónicas admirables la integridad del territorio panameño.

Continuando en su tesonera labor, le llegó la hora suprema.

El 28 de Diciembre de 1915, sus ojos se cerraron para siempre.

No fueron muy solemnes sus funerales.

La noticia de su fallecimiento fue recogida lacónicamente por la prensa, que le dedicó recuerdos nobles, aunque parcos.

El único artículo fundamental que apareció doliéndose de su muerte, fue el escrito por Cristóbal Rodríguez, inserto en El Diario de Panamá, donde al terminar decía: "Descansa en Paz, noble amigo y compatriota ilustre. Tu muerte es sensible por la pérdida que entraña; para la amistad; en cuyos altares oficiastes con la sinceridad de tu carácter probo y levantado, para la patria panameña de la que fuiste prestigioso baluarte, incommovible pedestal para la democracia, por el ejemplo que constituía tu vida ciudadana, tanto más radiante y esplendorosa cuanto mayor fue la humildad de tu estirpe. Has muerto, si, materialmente, para los tuyos, para tus compatriotas y amigos, para todo aquel a quien caldea esta sangre panameña de la que tanto te vanagloriabas, para tí preciosísimo e incomparable tesoro. Pero aquí está tu obra, y presente están tus acciones; ellas son tu verdadera apoteosis, la que te salvará del olvido ante el mañana inevitable, tus credenciales, en suma al ingresar de hoy en adelante en la inmortalidad de los anales panameños..."

A pesar del buen deseo del que fuera el primer Secretario de la Universidad de Panamá, el nombre de Juan Antonio Henríquez está olvidado y la verdadera historia de la vida y de la obra del notable regulador de la Estadística panameña está por hacer.

Faltan tres años para que se cumpla el primer centenario de su nacimiento, y para esa fecha, historiadores y biógrafos deben trazar para las generaciones del porvenir la estampa de aquel ciudadano íntegro, justiciero y noble, que nos legó en páginas admirables trozos de la vida nacional y sacó del olvido a figuras de preclaro entendimiento, como la del poeta José Dolores Urriola, el Mulato, en hermosas crónicas tituladas "Remembranzas".

Gloria y honor, para Don Juan Antonio Henríquez en este aniversario de su desaparición.

Panamá, Diciembre de 1957.

LOS PRIMEROS SORTEOS DE LA LOTERIA EN 1883

Sorteo	Fecha	Primero	Segundo	Tercero
1	30 Marzo	1705	1704	1706
2	6 Abril	3099	3098	3100
3	13 Abril	3342	3341	3343
4	20 Abril	1568	1567	1569
5	27 Abril	3952	3951	3953
6	4 Mayo	6359	6358	6360
7	11 Mayo	5099	5098	5100
8	18 Mayo	2105	2104	2106
9	25 Mayo	3624	3623	3625
10	1 Junio	6615	6614	6615
11	8 Junio	3792	3791	3793
12	15 Junio	9142	9141	9143
13	22 Junio	2943	2942	2944
14	29 Junio	0445	0453	0455
15	6 Julio	7027	7026	7028
16	13 Julio	4982	4981	4983
17	20 Julio	0099	0098	0100
18	27 Julio	0524	0523	0525
19	3 Agosto	0422	0421	0423
20	10 Agosto	9799	9798	9800

LA SUERTE

*Eso que alegre desde el cielo baja
y que la pena en dicha nos convierte;
eso que andamos persiguiendo todos,
eso es la Suerte!*

*Eso que logra la muchacha hermosa
si pesca un novio de bolsillo fuerte,
es lo que llaman las señoras todas,
una gran Suerte!*

*Cuando el marido resignado y pobre
pierde la suegra, en brazos de la muerte,
van los amigos y le dicen: ¡hombre,
qué buena Suerte!*

*Si el político sube hacia la altura,
aunque sea un burro de cabeza inerte,
el pueblo dice, criticando y riendo:
¡ajo, qué Suerte!*

*Si un enemigo de pasiones rudas
sobre nosotros su revólver vierte
pero salimos "vivos y coleando",
eso es gran Suerte!*

*Si tenemos empleo bueno y firme
y nadie reemplazarnos allí acierte,
aunque diga la gente que es "botella",
eso es la Suerte!*

*Mas, si un premio mayor de Lotería
en ricos ciudadanos nos convierte;
eso es lo que se llama en esta vida
tener Suerte de Suertes!!*

GUSTAVO SEGURA.

UN CUENTO DE NAVIDAD

ANDRESITO

Por JORGE TURNER

(Panameño)

—Andrés, ¿quieres ganarte diez centavos?

—Sí, señora.

—Anda a la tienda y me compras un litro de aceite.

Era lo de siempre. Todas las inquilinas del edificio, lo enviaban a mandados, y Andresito corría. A pesar de su diligencia, era torpe y desmañado. Con frecuencia equivocaba los pedidos, pero como al muchacho lo tenían a mano, nunca le faltaba que hacer.

Andresito frisaba en los diez años. Su aspecto no era muy agradable que digamos. Además del eterno bigotillo de moco y de la frente empuqueñecida por una melena abundante, desgredada y siempre sucia, un enorme diente incisivo, emergiendo de la encía superior, le impedía cerrar la boca. La cabeza, que descansaba sobre magro cuerpecillo, aparecía desproporcionadamente grande.

Su hablar era incoherente. Cuando alguien, en un rasgo de generosidad, se acercaba a él tratando de indagar sobre su vida, de las reconditeces de su apagado cerebro salía una retahíla de palabras de las que nada se sacaba en claro.

No había remedio. Con Andresito no se podía entablar conversación. Podía construir dos o tres frases seguidas, pero nada más. Sí, ¡si hasta existía una señora del edificio, que proclamaba con orgullo que su hijita de cinco años hablaba mejor que Andrés!.

En una ocasión, la patrona de su madre, que vivía sola porque era de carácter "independiente", según decía, viendo el claro retraso del chiquillo, le preguntó a ésta:

—Petra, ¿por qué no envías al mocoso a la escuela?

—No puede ser, señora.

—¿Que no puede ser?

—Sí, es que... Bueno, mire... Cuando Andrés estaba de brazos su padre me abandonó. Desde ese tiempo, hasta los cinco años, dejé al muchacho todo el día en el cuarto, solo, encerrado bajo llave, para poder irme a trabajar. A mediodía me daban permiso, y me iba de prisa a ali-



“...quedó tan emocionado que no atinaba a hacer otra cosa más que abrazarla. ¡Qué maravillosa era!”

mentarlo. Volvía a verlo hasta la noche...

—Pero, mujer, ¿qué tiene que ver lo que me estás diciendo con el hecho de que no mandas a tu hijo a la escuela? —cortó tajante la patrona, pensando que Petra, como siempre, se prolongaba indefinidamente en la conversación, lo que no hacía con el trabajo.

—¡Permítame que le explique, señora! Cuando el niño estuvo grandecito fue cuando dejé a mi patrón anterior y me vine con usted. A partir de entonces siempre lo he traído conmigo. Poco a poco, el muchacho aprendió a hacer mandados...

—Sigo sin entender.

—Pues, lo que quiero decirle es que el muchacho, cuando no ha estado encerrado, ha estado bajo mis enaguas o haciendo mandados. No conoce casi a otros niños y no se sabe defender. Todos le pegan. No crea usted, ya lo inscribí una vez en la escuela. ¿Recuerda que durante una semana, hace algún tiempo, sólo vino al edificio en las tardes? ... ¿Sí?... Bien, lo había inscrito en la escuela cerca de donde vivimos. ¿Y sabe lo que ocurrió? Todos los días llegaba llorando y diciendo que le habían pegado. ¡No, es inútil!

—Calma, Petra. Ya comprendo. Pero es necesario que Andrés venza eso. Tiene que aprender a sufrir hasta que logre adaptarse. Piensa que es por su propio bien.

—¿Aprender a sufrir?

—Digo... No, no es lo que quise decir. Pero es necesario, te repito, que Andrés se acostumbre a tratar a la gente. Además, si no va a la escuela ¿qué porvenir le espera? De por sí no parece muy inteligente.

—Es cierto, convino con un dejo de tristeza la criada—. Ya he pensado en ello. Pero...

—¿Sí?

—Es que... el dinero que Andrés gana me lo da todo. Si fuera a la escuela...

—Mira, Petra —dijo la patrona, compadecida—. Voy a ayudarte. Lo de Andrés es muy poco. Estoy dispuesta a subirte el sueldo si el muchacho va a la escuela, para compensarte de lo que él te dá. Por lo pronto este año escolar ya no lo podrás matricular. Pero el próximo debes hacerlo sin falta. Mientras tanto sería bueno, para que se acostumbre a estar con otros niños, que los domingos, que vienen mis sobrinos a la casa, juegue con ellos. Eso sí, me lo bañas. Ahora, apúrate con la comida.

* * *

Llegó el domingo y Andresito, presionado por su madre, se fué hasta la sala con paso vacilante. Ahí estaban los tres sobrinos de la "independen-

diente" doña Berta. El mayor, al verlo entrar, le dirigió una mirada hosca y eso fué suficiente. El muchacho se acogió al abrigo de un rincón, avergonzado.

Se estuvo un buen rato con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el suelo, sin atreverse a levantarla. Se sentía incómodo y tuvo deseos de irse a la cocina con su madre; pero para llegar tendría que atravesar el comedor, en donde se encontraba el ama, la que, con seguridad, le haría preguntas. No se decidió. Paulatinamente, empezó a echar miradas de soslayo para ver qué hacían los niños. "Sí, jugaban con una pelota". Como los muchachos se divertían, ajenos por completo a Andrés, éste empezó a mirarlos cada vez más francamente. Al rato, una sonrisa se dibujó en sus labios. "¡Qué bueno sería tener una pelota!". El nunca había tenido una.

Poco después la señora Berta llamó a sus sobrinos. La mesa estaba puesta para la comida y había que irse a lavar las manos. La pelota quedó abandonada en media sala. Andresito pensaba que no debía abandonar su rincón, pero la pelota estaba ahí, sola. Se veía muy bonita, y Andresito, después de todo, era un niño. Se abalanzó sobre ella y la cubrió con extraña ternura. A su contacto se quedó tan emocionado que no atinaba a hacer otra cosa más que abrazarla. ¡Qué maravilloso era!

"Con seguridad que no habría una persona en el mundo a quien no le gustara tener una pelota." Tan feliz se sentía que no sintió los pasos de los otros muchachos, que se acercaban.

¡Deja la pelota, mugroso! —gritó el sobrino mayor.

Andresito sintió que un frío helado le recorría el cuerpo, pero no soltó la pelota. Emitió un gruñido y continuó aferrado a ella.

¡Que dejes la pelota o te pego! —repitió, empujando a Andrés.

Lo que ocurrió en seguida es difícil de describir. Todo el temor de Andrés, de ahora y de siempre, se diluyó como por arte de magia. Sintió una furia incontenible y, soltando la pelota, se lanzó sobre el otro muchacho. Sus manos eran verdaderas tenazas. Lo prendió por el cuello y lo apretaba... lo apretaba. Los niños más chicos daban de gritos, asustados. Ante la algarabía, acudió, presurosa, la señora Berta. El rostro de su sobrino mayor ya se estaba amoratando. También corrió la mamá de Andrés. Ambas, haciendo uso de toda la fuerza de que eran capaces, trataron de separarlos, pero los dedos de Andresito eran garfios. Continuaba pegado como una lapa. La señora Berta, sin saber qué hacer, empezó a golpearlo fuertemente. Y el chiquillo, que soportaba impávido los golpes en la cara a pesar de que ya empezaba a manarle sangre de la nariz, seguía sin soltar. Desesperada se aferró a los testículos de Andrés. Sólo así se logró éxito.

El sobrino de la señora Berta quedó un buen rato en el suelo, respirando con dificultad, mientras ésta lo auxiliaba. Andresito, en cambio, tuvo que soportar todavía algunos sopapos de su madre que, regañándolo, lo llevó a la cocina. Ahí se estuvo sentado sobre un pequeño banco de madera, escuchando un largo sermón de Petra acerca del comportamiento que era necesario guardar y sobre el respeto que se debía a los sobrinos de la patrona.

Andresito oía la voz de su madre como muy distante. Hacía esfuerzos por asordinar los gritos de su pecho rebelde, pero todo era en vano. ¡No! Con él se había hecho una injusticia. Su alma amordazada acababa de despertar. Nunca había deseado nada porque nada había conocido, pero ahora todo era distinto. En su cerebro cubierto por un velo de penumbras barruntaba algunas cosas y medio podía explicarse lo que acababa de pasar. Lo que le resultaba muy extraño era que su madre le hubiera pegado y lo estuviera regañando.

En la sala, la señora Berta metía ruido y hacía grandes aspavientos. Hablaba indignada de lo sucedido. No todo lo que decía se podía oír en la cocina con claridad, pero Andrés y su madre sí oyeron perfectamente cuando la patrona dijo:

—Es un pequeño animal salvaje... Y yo de tonta creyendo que no lo mandaban a la escuela porque le pegaban... Pegar, ¡pua! Ese niño es capaz de matar. Tiene instintos criminales.

* * *

A partir de aquel día Andrés se volvió más diligente. Ya no esperaba a que alguna de las señoras del edificio lo llamara para encomendarle un mandado, sino que iba de apartamento en apartamento, tocando, para ofrecerse. Una idea y un propósito firme habían nacido en su mente. El tenía que llegar a poseer una pelota propia.

Con su inveterada mata de cabellos sobre el rostro, su diente enorme, su sonrisa de estereotipo y su aspecto de bobalicon, se presentaba en todas partes. Sus ocupaciones se multiplicaron: ayudaba a tirar la basura, hacía mandados y hasta fregaba platos. Hubo personas que se incomodaron con la actitud del solícito muchacho que a todas horas llamaba a sus puertas. En una ocasión, una señora, precisamente aquella que se jactaba de que su hijita de cinco años de edad hablaba mejor que Andrés, intrigada por tanta actividad, le preguntó:

—¿Por qué estás tan trabajador, Andrés? ¿Será porque se acerca la Navidad y quieres hacerle un regalo a tu madre?

Aquellas palabras tuvieron el efecto de una puñalada. De por sí, cuando todas las noches entregaba a su madre parte del dinero ganado,



“... el muchacho con gesto nervioso, rasgó rápidamente el papel que envolvía el regalo.”

guardándose subrepticamente el resto, sentía remordimiento. Y es que Andrés no necesitaba ser un prodigio de inteligencia para darse cuenta que Petra necesitaba todo el dinero que él fuera capaz de ganar, sobre todo cuando ésta, quejumbrosa como era, vivía con la eterna cantinela de su difícil situación económica. Poco a poco, sobreponiéndose al malestar que le ocasionaba lo que estaba haciendo, había ido llevando adelante el plan de comprarse una pelota, su pelota. Pero ahora esa señora con sus preguntas lo había hecho sentirse más mal de la cuenta. Cierta es que la señora no sospechaba nada, pero se refirió a su madre y a un regalo para ella. Y eso bastaba para Andrés. Se sentía denunciado ante los ojos de su propia conciencia.

Tuvo deseos de ir con su madre, confesarle todo, y darle el dinero que tanto trabajo le había costado ir guardando en una lata. No obstante, pensó en que Petra, al enterarse, además del largo regaño, le pegaría. Tampoco era factible que le dijera que todo ese dinero se lo había ganado hoy porque ella no lo creería. Estaba en un callejón sin salida. De repente se le ocurrió que sólo podría justificarse ante su madre haciéndole un regalo de Navidad, de veras, tal como lo había insinuado la señora.

Los días subsiguientes Andresito anduvo de mal humor. Seguía tan activo como siempre, mas sin embargo ya no tenía el mismo entusiasmo de antes. Iba a hacerle un regalo a su madre. Ya lo tenía decidido aunque no se hubiera resignado del todo a privarse de su sueño dorado.

Pero, de pronto, sin más ni más, Andresito ya no sintió pena por no poder darse a sí mismo nada. Un sentimiento nuevo lo embargaba. Le regalaría a su madre y ello lo llenaba de honda satisfacción. Andresito, transformado, esperaba impaciente que llegara la Navidad.

El tiempo tendió sus alas y el 24 de diciembre se echó encima. Ese día Andresito no cabía dentro de sí. Estuvo esperando, con un hormigueo por dentro que no lo dejaba estar quieto un solo instante, que llegara la tarde para ir a comprar el ansiado regalo para su madre. El momento propicio se presentó, y el muchacho, volando más que corriendo, ganó primero la calle, y la tienda, que ya había seleccionado de antemano, después. El lugar estaba lleno de gente y tuvo que abrirse paso a empujones hasta llegar al mostrador. Sí, ahí estaba el regalo que le haría a su madre.

—Se... ño... ri... ta.

La dependiente estaba tan ocupada que no hizo caso del chiquillo harapiento y siguió despachando a otras personas.

¡SE... ÑO... RI... TA!

El grito, un chillido agudo, le hirió los tímpanos a la dependiente y, molesta, se vió obligada a tomarlo en cuenta.

—¿Qué deseas?

—¡Me da ESO, por favor!

—¿ESO? ¿A qué te refieres?

—Eso —y señaló.

—¡Ajá! ¿Traes dinero?

—¡Sí! —dijo, colocando la lata llena de níqueles sobre el mostrador.

La mujer no pudo evitar un gesto de desagrado, pero estaba visto que tendría que complacer al muchacho. Pacientemente contó el dinero de la lata. Todavía le sobraron veinte centavos, los que le devolvió.

—Muy bien, ya estás servido. Toma.

—¿No podría *envervólmela*?

El disparate dispó el enojo de la dependiente, quien con una complaciente sonrisa le envolvió cuidadosamente el regalo.

Andresito, ya con su envoltorio bajo el brazo, empezó a desarrollar toda la velocidad que le permitían sus piernas. Jadeaba y sentía que el corazón le palpitaba como caballo al galope, pero seguía corriendo. “Corre, Andresito, corre”, oía que lo instaban a su alrededor.

En un periquete llegó a la casa de la señora Berta. Se introdujo por la cocina, pero no encontró ahí a su madre. Se fué hasta el comedor. Ahí estaba Petra con su patrona, haciendo los preparativos para la cena de Navidad, ya que la señora recibiría a unos invitados esa noche. La señora Miró a Andresito, y éste, firme sobre sus pies, le sostuvo la mirada.

Desde el día del incidente con su sobrino, Berta le había prohibido a Petra que dejara entrar a Andrés en la casa. En todo caso debería hacerlo sólo cuando fuera estrictamente necesario; pero, eso sí, nunca debería pasar de la cocina, le había dicho. Ahora, sin embargo, en Navidad, o lo que es lo mismo, el día en que se celebra la natividad de nuestro señor Jesucristo, la señora Berta se sentía como transportada, pura, diferente. Sus principios cristianos la inducían a perdonar la monstruosidad de Andrés. Y hasta le dirigió la palabra:

—¿Cómo estás, Andrés?

—Bien, se...ño...ra. ¿Puedo hablar con mi ma...má?

—Sí, cómo no, hijito —contestó la propia Petra, y un poco amoscada condujo al muchacho a la cocina. —¿Para qué me quieres? Pero...¿qué traes debajo del brazo?

—Un re...galo para...tí.

—¿Para mí? ¡Ay, mi hijito querido! —dijo Petra emocionada, abrazando con inefable ternura a Andrés—. ¡A ver, ábrelo!

El muchacho, con gesto nervioso, rasgó rápidamente el papel que cubría el regalo. Petra se quedó atónita, al ver que ante sus ojos danzaban los vivos colores de una pelota.

JUAN ANTONIO SUSTO

Por RUBEN LUIS GARCIA R.

(Panameño)

En su interesante y valioso libro "Introducción al Estudio de la Historia de Panamá" (Fuentes de la Epoca Hispana), el joven y estudioso catedrático de la Universidad de Panamá, doctor Carlos Manuel Gasteazoro, se refiere a la labor heurística de Don Juan Antonio Susto, coeditor de la "Revista Lotería" y una de las personas más dedicadas al estudio y compilación de los datos históricos de la República. Estas apreciaciones del amigo y profesor Gasteazoro, nos mueven a pergeñar estas líneas que ya ha rato nos habíamos prometido escribir y que habíamos diferido involuntariamente.

En junio de 1896, ya casi al finalizar el pasado siglo y mientras se gestaba en todo el territorio colombiano la Guerra de los Tres Años — que tuviera tan hondas repercusiones en el Istmo— nace Juan Antonio Susto de padre peruano y madre panameña, de quienes heredó sus afanes e inquietudes intelectuales. Antonio Susto, su padre, nació en 1854, fue Sinólogo Oficial; periodista y publicista; fundador del "Eco del Perú" y del Centro Peruano, del cual fuera presidente, desde su fundación en 1907 hasta 1914, año de su fallecimiento. Su madre, doña Josefina Lara de Susto, nacida en Panamá en 1859 y muerta en esta misma ciudad en 1936, fue fundadora en 1872 de la Congregación de las Hijas de María.

Susto recibe la más esmerada educación que podría recibir un niño en el Istmo, por aquellos tiempos. Asiste a la Escuela de San Felipe, de los Hermanos Cristianos, de donde sale en 1906. Ingresa al Liceo de Panamá, (1912) regentado en ese entonces por el Dr. José Dolores Moscote y por el Padre Victoriano Pérez; luego entra al Colegio "La Salle", donde obtiene el grado de Perito Mercantil, en 1916, y el de Bachiller, en 1917.

Como Jefe de Sección de Archivos Nacionales, de 1918 a 1919, y con ese gran sentido de ordenación, que constituye una de las características



Caricatura de Susto por Reinaldo de Pool—1939.

más acusadas de su personalidad, fue metódica y concienzudamente levantando el andamiaje sobre el cual habría de erigirse el Archivo Nacional, obra de la gran visión de estadista del Doctor Belisario Porras.

Un año en Costa Rica y siete años en el Archivo de Indias (1923 a 1930), fructificaron en la labor más seria que se ha hecho en el país, en Susto, más que heurístico, es el arqueólogo de la historia patria que investiga y desentierra hechos olvidados o desconocidos. A él se debe "el esclarecimiento y reconstrucción de la vida y de la obra de los panameños cuanto a ordenación y clasificación de documentos históricos. Y es que

ilustres de la época colonial, dando a conocer un buen número de personajes, injustamente olvidados, y reivindicando definitivamente la cuna panameña de figuras de tanto relieve americano como Manuel Joseph de Ayala, José de Antequera y Castro y Sebastián López Ruiz, entre otros muchos", tal como reconoce el doctor Gasteazoro.

Y este es el gran valer de Juan Antonio Susto: su labor de investigación; su labor de ordenación de hechos y documentos históricos; esa búsqueda constante de la materia prima de nuestra historia; esa tenaz dedicación del minero que cava infatigablemente hasta hallar el precioso metal o la hermosa gema; ese ininterrumpido afán de investigar, de dar a la luz lo que ha quedado escondido en los recovecos de la historia.

Pero más allá de esa labor —que por sí sola merece el reconocimiento de todos los panameños— Susto ha sabido dar feliz interpretación a muchos hechos de nuestra vida pasada, interpretación que ha servido de fundamento a valiosos trabajos de quienes se ocupan de los menesteres de la historia patria. Porque en Juan Antonio Susto se conjugan tanto la inteligencia investigadora, como la capacidad de análisis. Los trabajos que ha presentado han merecido elogiosos comentarios nacionales e internacionales, así como también premios y menciones honoríficas en diversos certámenes.

Como escritor es una de las personas que mayormente ha contribuido al enriquecimiento de la bibliografía panameña en la rama de la historia; su gran capacidad de trabajo ha llenado miles de cuartillas en los periódicos y revistas de la República. Casi podría decirse que ha cooperado en todos los periódicos fundados en Panamá, del año de 1917 hasta la fecha, así como también en las revistas. Pero su labor periodística no sólo se ha circunscrito al ámbito nacional: prestigiosas publicaciones centro y sur americanas, y algunas europeas, han acogido en sus páginas los trabajos de Juan Antonio Susto. Por otra parte, la gigantesca labor rendida por él en congresos y reuniones nacionales e internacionales ha contribuido grandemente al conocimiento de la historia patria, dentro y fuera del país, y sus trabajos de compilación han sido de incalculable valor en el desarrollo administrativo y político de la República.

Cabe también a Susto la gloria de haber sido el verdadero organizador de los Archivos Nacionales. Como su Director por más de veinte años (Enero de 1931 a octubre de 1952), puso a su servicio todo su entusiasmo y toda la suma de sus conocimientos y experiencias. Con orgullo podría decir que él fue el artesano que hizo brotar la fuente donde han ido a abreviar todos los historiadores panameños. Presto a la ayuda desinteresada, desprovisto de egoísmos y poseedor de un gran don de gentes, Juan An-

tonio Susto supo siempre facilitar el producto de sus investigaciones a quienes lo solicitaban y estimular a aquellos que llegaban a él en busca de ayuda y de consejos. Y es que Susto posee un gran sentido de la nacionalidad y un gran cariño por lo panameño: de ahí ese afán de divulgar lo nuestro y de ayudar a nuestros jóvenes valores.

En cuanto a su labor como académico, en más de veinticinco sociedades e institutos de investigación histórica, ha sido reconocida ampliamente en muchos países de América y otros de Europa; ha sido condecorado varias veces en Panamá y en el extranjero; y más de una docena de sociedades culturales, dentro y fuera del país, le cuentan entre sus miembros activos.

Pero este reconocimiento a la labor de Juan Antonio Susto, como investigador serio y dedicado al estudio, va aparejado al reconocimiento de sus amigos, que forman legión, porque en todo momento han tenido en él al hombre franco y abierto a la amistad, presto a la ayuda sincera y desinteresada. De ahí el motivo de estas líneas. El reconocimiento, como panameño, a un panameño meritorio; y el reconocimiento, como amigo, a un buen amigo.

Panamá. Diciembre de 1957.

LOS PRIMEROS SORTEOS DE LA LOTERIA DE PANAMA EN 1883

Sorteo	Fecha	Número	Sorteo	Fecha	Número
1	Febrero 25	053	9	Julio 29	098
2	Marzo 25	222	10	Agost 12	137
3	Abril 29	353	11	Agost 15	604
4	Mayo 27	645	12	Agost 25	091
5	Junio 10	379	13	Sept. 9	769
6	Junio 14	090	14	Octbr 7	160
7	Julio 14	469	15	Octbr 28	551
8	Julio 24	173	16	Dicbr. 16	859

La Ventana

(CUENTO)

De VICTOR M. FRANCESCHI

(Panameño)

No quiero moverme de la cama en que me he apoltronado. Un vago presentimiento mariposea en mi mente. Ha llovido bastante; un leve frío se empeña en asirse de mis carnes. Yipsi está tranquila... algo me sugiere su desconformidad. Y es que en su mirada se bosqueja un reproche acusador. No se si me ha entendido, pero no resisto a mirarle sus grandes ojos; la escudriño de soslayo, porque a decir verdad, la conciencia me señala: ¡Me imputa un crimen!

Ella debiera comprenderme. Y es lo que a ratos me pregunto: si realmente me llega a comprender. Presiento que no. Una voz, que sólo yo puedo escucharla, martilla en mi pensamiento; me dice que hice mal. Es muy cierto... y me repugnó hacerlo. Ofendí su cariño y su lealtad. Todavía siento en mis manos el calor, la gelatinosidad de aquel bultillo de carne sanguinolenta ¡...casi uniforme, del que a veces escapaba un gemido que puyaba mis nervios. Recuerdo también, como si fuera ahora, cómo luché para dejar a Yipsi en casa, robarme el fruto de sus entrañas y llevarlo lejos... ¡lejos! donde ni ella ni nadie pudiera encontrar aquello.

Si Yipsi pudiera entender por qué lo hice... tal vez me haría justicia. Tal vez no me clavara sus grandes ojos, preñados de amargo reclamo. Es que ella no sabe que el casero es más responsable de su dolor —¡de mi delito!— y aún del mismo dolor de Angélica? Sí; porque Angélica también deseaba aquel feliz advenimiento. Varios pots de leche estaban arrinconados en el rústico cajón que hace las veces de vitrina. Allí están: ¡se quedaron esperando...! —Quiero verlo crecer grande y robusto— me decía sonriendo Angélica.

La lluvia amenaza caer nuevamente y los corpúsculos de agua enrarescen el ambiente. Con vehemente deseo, ruego que llegue Angélica. Ya son casi las ocho y treinta. Siempre esa demora, por culpa del patrón. Es un griego. Daría lo mismo que fuera español, italiano. La esquilma a ella ya todas las otras muchachas que trabajan en ese almacén de telas. Tiene cuatro empleadas y sólo le paga siete balboas a cada una, para que trabajen once horas diarias. Hace tres meses que Angélica debió salir de vacaciones. No se las dan ni a ella ni a las otras. El patrón abusa, porque tiene sus influencias "allá arriba". Y hay que soportarlo —él lo sabe—, porque la falta de dinero acosa. Igual pasa con Chanita, la vecina que vive en el cuarto contiguo; trabaja en el restaurante de un italiano; tampoco tendrá vacaciones...

--Ajoo, pero usted cree que uno es un burro trabajando!

Ma que chi quieres, quédate divirtiendo en casa.

Esa es la tragedia de nuestras muchachas en los restaurantes, cafés, almacenes de telas y "honorables" oficinas de los tinterillos. Trabajan mucho y ganan poco. Por eso fue que Alicia, aquella hermosa muchacha de apenas veinte años y oriunda de un campito de Veraguas, con su Diploma de Bachiller, cedió al empuje de las necesidades vitales y cayó en la red que le tendieron las arañas sociales: las amiguitas desorientadas; el patrón oportunista; el dueño de los puestos públicos.

Ahora es cajera de una cantina yanquilizada. Allí hace de todo, menos de cajera, aunque en sus cartas a la madre asegure lo contrario. Sus excompañeros de aula, aquellos que una vez compartieron la emoción de una calificación, el esfuerzo en el estudio, hoy departen el placer que no se da sino con dólares. Así gana más dinero que en cualquier puesto oficial de tercera o primera categoría, aunque el "chulo" cobre su tanto por ciento exagerado. Así marcha por la vida, asesinando su pudor y su vergüenza en los siniestros cuartuchos de las casas y "pensiones" de las afueras de la ciudad; honestas residencias regentadas por "dignas personalidades" de nuestro mundo social y político. Pero Alicia está plenamente resignada y satisfecha. Una vez la encontré. Hablamos de muchas cosas...

--De manera que así encuentraste solución a tus problemas?

--Y creo que bastante honradamente, sabes?

--Cómo así, Alicia?

Bueno, te digo que honradamente, porque empecé por ser sincera conmigo misma. Nunca engañé a nadie. Soy lo que tú ves y a nadie se lo esconde. Peor hacen otras que le dan la puñalada al marido, cuando se descuida y pasan de "señoras". O como hacen ciertas señoritas que

van al colegio por el día y se prostituyen por la noche. Mejor fue el divorcio: ¡se acabaron los compromisos!

Ahora, divorciada de quien pueda fiscalizar sus pasos privados, venció muchas dificultades: tiene cómo pagar su cuarto en una casa *decente* en pleno corazón de la ciudad; ya no hay la amenaza de que le corten el fluido eléctrico; cancela a tiempo sus deudas por comida, lavado, aplanchado y adquiere ropa nueva. Además, tiene para sufragar el gasto que le ocasiona el zángano que le proporciona el placer sádico, cuando ella vuelve a su cuarto rendida de traficar sus carnes y sus caricias. Si no lleva dinero, le llueve el puño.

Todo eso me estremece profundamente; mucho más cuando recuerdo el desagradable incidente ocurrido en la casa de Alicia, una vez en que yo departía unos tragos con Jaime, su esposo:

—Desde que me casé contigo es la misma vaina!

—Ya cállate— ripostó Jaime, disgustado.

—Anda a callar a tu casa. Aquí la que tiene derecho a gritar soy yo. Para eso me jodo trabajando y trayendo a la casa lo que falta...

—Te voy a meter una bofetada, oíste?

—Dála, dála! Te duele lo que te digo, verdad? Pero es cierto: Tú eres el hombre y sin embargo te la pasas hablando pura yerba con tus amigos en Santa Ana, como si allí te irán a buscar para darte trabajo.

Yo comprendí el esfuerzo que mi amigo hacía, para contenerse. Era un tanto difícil para un joven de su cultura y de sus arraigadas ideas, protagonizar escenas tan violentas. Varias veces me confesó el desagrado por quienes golpeaban a sus mujeres. Pero aquella situación se tornaba insostenible. Ante la material incompreensión de Alicia, se oponía la vasta educación y caballerosidad de Jaime, sano, comprensivo y resignado. Pero ese carácter no era obstáculo para que a veces la sangre le hirviera como chorros de petróleo, cuando frases hirientes golpeaban su rostro:

—Pero te vas a joder, sabes? Esta vida se va a terminar. Hay muchas formas de ganar dinero y no vivir esperanzada en quien lleva diez años esperando que se caiga el Gobierno, que suba el Partido, que se haga justicia, que den libertades y cuántas pendejadas más: ¡eso que te lo aguante otra más idiota que yo!

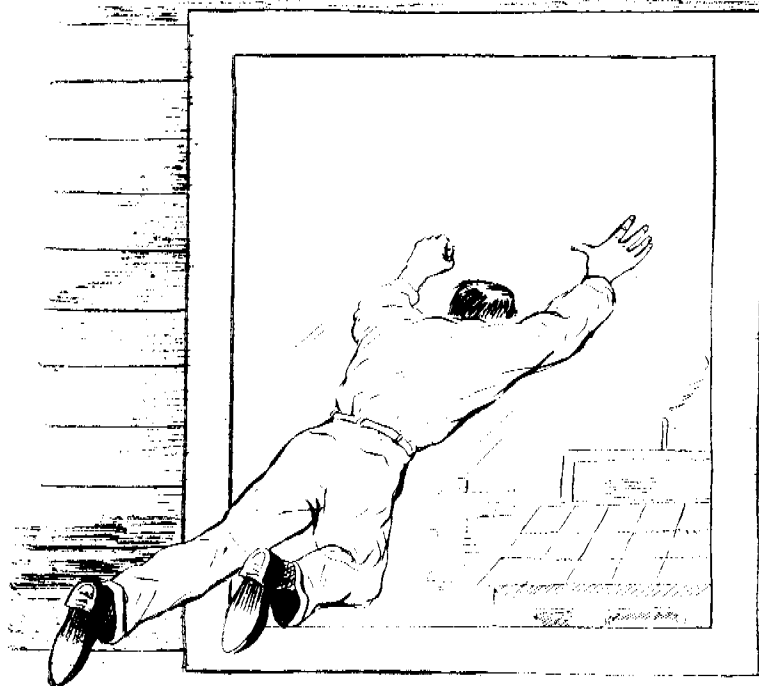
Esa noche me retiré taciturno y pensativo; veía derrumbarse un hogar joven, al que se le cernía una inevitable tragedia, producto de la necesidad económica; era el vislumbrarse de un incierto horizonte para una mujer obsesionada por el dinero e incapaz de analizar los vitales problemas que crea la vida conyugal: No cree en principios, no tiene mayor filosofía de la vida, que no sea aquella de vivir bien a cualquier precio: la

honestidad, la dignidad y la honradez humana no cuentan: ¡hay que vivir bien! Ser la amante en el lecho, para el salvaje rato de placer. La que viste, baila, pasea, visita y hace del matrimonio sólo una fuente de bien vivir. ¿Y la esposa dispuesta a compartir los sufrimientos y solventar los problemas? Y la madre que piensa en los hijos, como algo que está más allá de lo que es el resultado de un momento de placer? Y dónde la abnegada compañera que saldrá a la calle un día para decir presente, cuando las libertades se socaven, la tiranía se aferre a las entrañas de la patria y la miseria acorrale a los desheredados? No. Alicia no pensaba en nada de eso. No hay conciencia de clase. Culpa fue de la escuela, más que del hogar. Hay que hacer en la escuela ciudadanos con ecuaciones en la cabeza, con mucha geografía e historia... ¡pero con plena conciencia de sus primordiales deberes en la comunidad! ¡De eso se han olvidado los maestros, que hoy son técnicos, pero nunca pedagogos!

El caso de Alicia me eriza los bellos del cuerpo. Y pienso en Angélica: ella también es joven, producto del tecnicismo; tiene sus naturales ambiciones y por su inexperiencia está al alcance de este ambiente sórdido, canalla, estrujador y asesino; es una presa al borde de cualquier abismo que le abra la vecina egoísta, la amiga perdida o el hombre oportunista. No tengo quejas de su cariño y su lealtad. Pero, hasta dónde serán de elásticas esas virtudes para no romperse bajo el peso de mis agobiantes problemas, de mis caros ideales, análogos a los de Jaime? Yo no trabajo. Pero no es mi culpa. Es la retribución recibida a cambio de mi rebeldía y honradez y de mi fidelidad a los principios de justicia. También Jaime recibió igual pago, cuando fustigó las masas en calles y plazas, para que se negara la aceptación del Convenio de Bases Militares "Filó-Hines". Y quienes debieron agradecerle el gesto, lo bautizaron de "comunista" cuando le debieron llamar patriota. Lo estigmatizaron, porque se opuso a que en su patria flamearan dos banderas. Lo cercaron en su país, como si fuera una bestia que necesita domarse. Ser domada por el hambre, por las vitales necesidades, ése es el propósito oficialista y de las empresas privadas. Y el camino de Jaime, es mi derrotero. cruel, amargo, desesperante, derrotador... porque el último espaldarazo que recibió el patriota Jaime, fue el último adiós de Alicia... de su amada Ali.

Que Angélica no ceda ante el empuje de las vicisitudes. Que sea paciente. Algún día llegará la hora... está cercana. Ojalá así lo comprendieran todas nuestras mujeres: Cuando ese momento llegue, no habrán más Alicias buscando el refugio de la vulgar cantina, ni los hombres esperando con los brazos caídos; ni los hijos esperando con el estómago vacío, ni los hogares naufragando en la deshonra!

La lluvia se ha tornado intermitente. Sospecho que Yipsi se ha dor-



"No! No! Ayyyyyyyyyy....."

mido. Vencida por el sueño, se ha entregado a él, hondamente herida por lo que le hice. Hay un detalle que me lo indica: Después de seis años, ha roto la costumbre de acostarse a mi lado...

Alguna vez comprenderá que el crimen brutal que mis manos perpetraron, se gestó en el cerebro satánico del casero... de ese tipo mercantil, para quien los niños ajenos no tienen derecho a tener hogar. Si yo pudiera confesarle a alguien, sin comprometerme, que ese viejo es el culpable de tres abortos cometidos en esta casa. ¡Es un hombre venal! Se aprovecha de la escasez de cuartos y de la carestía de los mismos, para cometer sus fechorías. No sólo amenazó con lanzar a las tres mujeres que salieron encinta, sino que les garantizó lo contrario a cambio de que abortaran y les gestionó los oficios de una "experta" para el trabajo. No admite en su flamante caserón de maderas coloniales, ni a los niños ni a los animales, so pretexto de que hacen ruidos. Si tuviera las pruebas contundentes lo acusaría. Pero las víctimas no se atreverían a acusarlo. Le temen. Parece un ogro. Posee dinero y viste toga ministerial. Pero algún día... ¡Sí! ¡Ya está cercano!

La noche toca el perímetro del silencio; sólo el techo llora sus lágrimas que caen sobre el duro pañuelo de la acera; a lo lejos se escucha un "traganíquel" que ensaya un "rock-an'roll". No quiero dormir hasta que llegue Angélica; pero los párpados me traicionan; el reloj, parado en su tablilla, marca en su monorrítmico compás, las diez y treinta.

* * *

—Maldita sea la hora en que hice esto! (Yo, amigo de tantas personalidades del mundo de las letras; yo que escribo en la prensa sobre moralidad y honestidad... de mí que piensan como el caballero distinguido y capaz y culto; yo, laureado con un Premio Nacional de Novela y autor de siete libros de poemas: Yo, pues, Juan de La Cruz, aquí metido entre estos barrotes de acero frío y estas estúpidas paredes que cobijan asesinos.) Ahora sí, pues, qué vaina ésta. Ya me imagino los titulares de la prensa: "JUAN DE LA CRUZ IMPLICADO EN BRUTAL CASO DE ABORTO PROVOCADO" ¡No puede ser!... ni lo puedo creer. Dios mío!

—El Jefe quiere hablar contigo. De La Cruz: acompáñame.

—Mentira! Mentira! Yo no tengo la culpa. Yo no fui. ¡No! ¡No!

—Diga Ud. lo que tenga que decir, señora Angélica.

—Tal como le dije ayer, mi esposo fue el que me aconsejó que abortara. Me dijo que él no tenía plata para pagarme el hospital y que además el niño sería un problema grande, ya que no tiene la menor esperanza de trabajar; que para que no sufriera la criatura, mejor era que muriera. Y como me amenazó, me tuve que beber "el remedio".

—Qué dice de esto, señor De La Cruz:

—¡Mentira, yo no he hecho nada de eso! Yo no entiendo qué es toda esta vaina: Por qué me han traído aquí? Ella miente . . . ¡nunca estuvo encinta! No entiendo por qué hace esto . . .

—Pero si es su esposa la que lo acusa . . . ¿comprende?

—Ella bien sabe cómo la quiero y que yo no tendría corazón para semejante bestialidad para con un hijo mío.

—El cuerpo del delito existe . . . fue encontrado en las playas de Bella Vista. Su señora reconoce el feto: lo identifica como el de ella . . . qué explicación puede darnos Ud.?

—¡Mentira! ¡Está loca. ¡Ya la corrompieron! Malditas . . . y malditos todos Uds. que la descan y me quieren encarcelar para saciarse de ella a mis espaldas!

—Usted es un farsante: ¡Irá a Coiba!

Tres hombres me pretenden acorralar. Angélica está pálida y desecajada; tiene los ojos vidriosos. Me miran acusadoramente. Vienen hacia mí. ¡Soy un criminal! Soy un criminal . . . no puede ser! No podré vivir para soportar este martirio. ¿Cómo hago, Dios mío? Estamos en el segundo piso . . . allí hay una ventana: esa es la solución! Sí, esa ventana por donde se escapa el aire: por allí se puede escapar mi vida. Sí, allí está la solución de todo . . .

—¡Deténganlo!

—¡No! ¡No! Ayyyyyyyyy

Querido Juan:

Anoche te encontré dormido y noté que estabas un poco mal del estómago. Esta mañana diste un grito y caíste de la cama. Al levantarte encontrarás una mala noticia, pues cuando fui a comprar el desayuno dejé la puerta abierta y se salió Yipsi. Parece que se puso a ladrarle a un carro y las llantas le pasaron por la barriga y murió enseguida. Ahora se contentará el casero, pues ni perra, ni perrito. Y te doy esta nueva que te alegrará: todas las empleadas decidimos sindicalizarnos: ¡Ahora sí conseguiremos vacaciones y aumento de sueldos!

Angélica.

Don José Fernando Arango hace declaraciones sobre su actuación el 3 de Noviembre de 1903

Como un homenaje debido a don José Fernando Arango con motivo de celebrarse el 20 de los corrientes el primer centenario de su nacimiento, reproducimos, a continuación, la entrevista que un miembro de la redacción del antiguo "Gráfico" celebró con el eximio ciudadano el 3 de Noviembre de 1928. Es del tenor siguiente:

Don José Fernando Arango era el 3 de Noviembre de 1903 el Jefe de la Policía Nacional.

—Y ¿usted sabía lo que se tramaba, don Fernando?

—En el primer momento, no. Como Jefe de la Policía, yo estaba al corriente de que habían reuniones; pero no sabía de la finalidad de las mismas. Sin embargo, yo vigilaba muy de cerca, y mantenía en reserva mis observaciones para cuando llegara el momento.

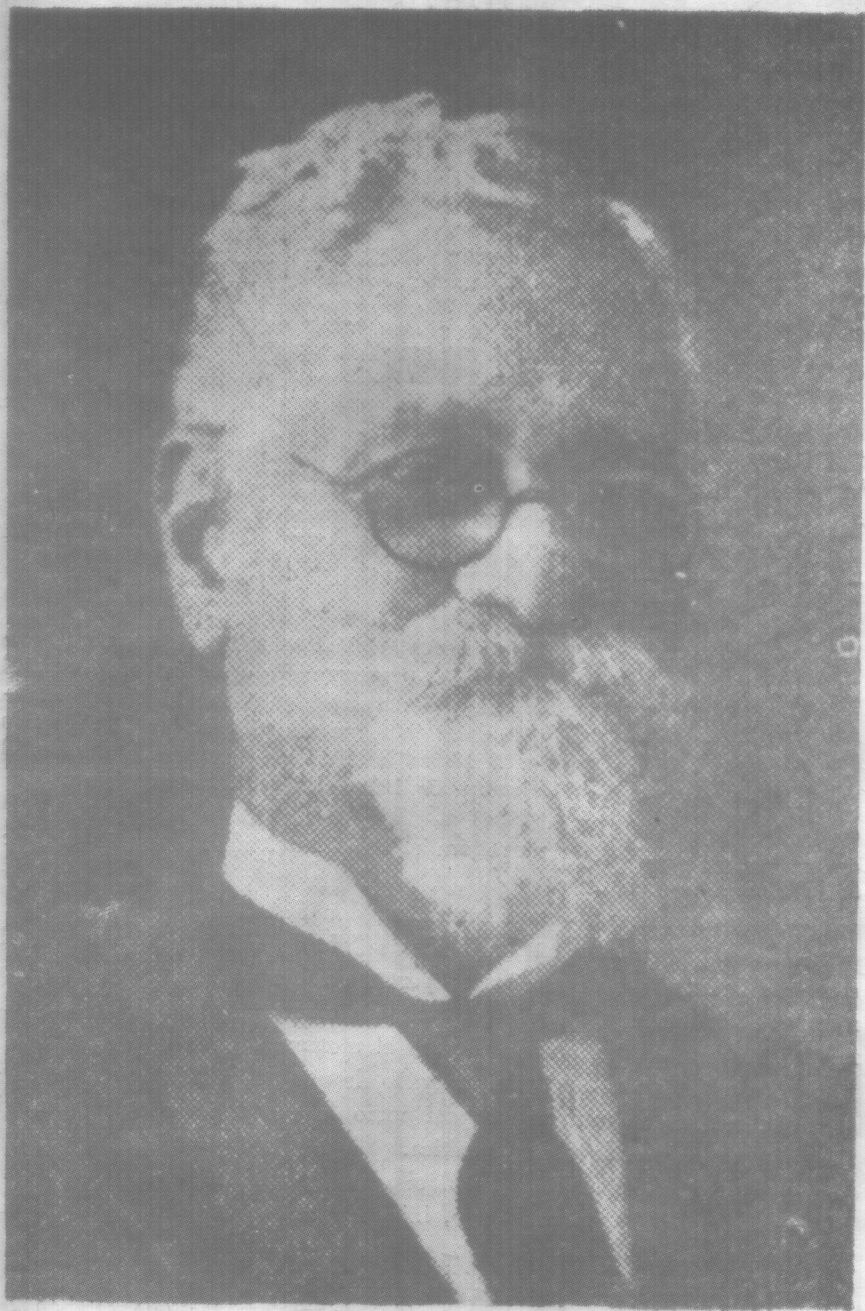
Varios días antes del 3, fui enterado de que debía prestar mi concurso en la medida de mis fuerzas; así como la conspiración avanzaba, mi situación se hacía cada vez más crítica.

—¿Quién le comunicó a usted el plan separatista?

—Mi tío José Agustín Arango, iniciador del movimiento, que era un padre para mí.

—¿Dice usted que su situación era crítica?

—Mucho. A menudo me encontraba con personas que estaban en la conspiración y me preguntaban: bueno, y tú que vas a hacer? A lo que yo contestaba: Cumplir con mi deber.



JOSE FERNANDO ARANGO

Panamá, 20 de Diciembre de 1857.

Panamá, 28 de Noviembre de 1941.

Cuando llegaron los generales Tovar y Amaya a esta ciudad me encontraba en la que hoy se llama Avenida Central, y ví pasar al general Huertas con el "Colombia", que iba a recibirlos. Yo miré al General fijamente, como queriéndole preguntar que significaba eso, y él me hizo un saludo militar con su espada y mandó a tocar al redoblante, lo que me hizo comprender que estaba de acuerdo con los que anhelábamos la independencia del Istmo.

Yo no fui a recibir a los generales colombianos, pero les mandé un saludo con el teniente Pedro Illueca diciéndoles que debido a mi mal estado de salud no podía saludarlos personalmente.

A las cuatro y media me mandó un mensaje el Gobernador, don José Domingo de Obaldía, diciéndome que el general Tovar le avisaba que en la Plaza de Santa Ana había mucha gente y que se trataba de un movimiento político. Ese mensaje me lo trajo el teniente Daniel Acosta. Yo le contesté que lo estaba observando todo y que luego iría a verle.

Es de advertir que a eso de las cinco, eran pocos los que quedaban con el empeño de la Independencia. Muchos habían echado pie atrás y las órdenes contradictorias se sucedían unas a otras.

El Pueblo ya estaba amotinado y se dirigía al Cuartel. Si allá el Batallón no le apoyaba y hacía fuego sobre él, todo se perdía. Fue entonces decisiva la acción del general Huertas. En el preciso momento en que los Generales se presentaban a asumir el Mando los mandó a poner presos con el capitán Marco A. Salazar.

Salazar realizó una jornada audaz y heroica. Ese es un hombre a quien no le hemos hecho bastante justicia. Yo le ví cuando, a las cinco de la tarde o un poco más, llevaba a los Generales presos para el Cuartel de Policía, y fue entonces cuando mi tío José Agustín no pudo menos que echar un ¡viva a la República de Panamá!

Yo había apurado el paso por calles distintas, con el fin de llegar primero que los presos a la Policía, para recibirlos. Al entrar al Cuartel, el general Tovar me dijo: ¿Qué significa esto, Comandante. —Usted lo está viendo, le contesté—. Y ¿de orden de quién estamos presos? —Elu-di la respuesta, y me limité a ordenar al Capitán Félix Antonio Álvarez que les llevara a mi pieza.

Noté entonces que algo pasaba en las cuadras de la Policía y me dirigí a ellas de prisa. Allí encontré una situación bastante difícil.

La Policía tenía siempre su pique con el batallón *Colombia*. Los del "Colombia", cuando estaban francos cometían sus faltas algunas veces y la Policía era la llamada a reducirlos al orden.

Esto, unido al hecho de que ambos cuerpos estaban organizados militarmente, eran las causas de un espíritu de rivalidad entre ambos.

En las cuadras algunos oficiales colombianos trataban de sublevarse. Si lo hubieran hecho los Generales, habrían contado con doscientos cincuenta hombres aguerridos y ochenta mil tiros.

Yo me encaré a todos ellos y, teniendo en cuenta que en la mañana me habían hablado del Movimiento y yo les había dicho que no hicieran nada hasta que yo lo ordenara, y que ellos me guardaban gran cariño y respeto como jefe, les dije: No dicen que yo soy su padre? Sí, mi Comandante, me contestaron.

Alguno iba a hacer una objeción, pero, rápido, logré imponerme, hacerles volver a su puesto y mantener la cohesión entre ellos.

Resolví entonces vigilar mejor a los Generales, a quienes puse centinelas de vista, cuidado el centinela por un vigilante y éste por un teniente de mi absoluta confianza: Illueca.

—Y ¿los Generales no hicieron algo por recuperar la Plaza?

—Sólo el general Pacho Castro, (Francisco de Paula Castro), que era jefe militar de la plaza e inmediato superior del general Huertas, fue quien hizo resistencia en la puerta del cuartel de Policía y dijo que sólo a pedazos lo subirían preso, pero como el General era muy amigo mío, yo le tomé del brazo y le disuadí de la idea de resistir.

Yo creo que sin el apoyo de la Policía no hubiera habido la Independencia, pues, al jurar la bandera, no todo el batallón Colombia la juró. Huertas fue muy acertado en no retener a los Generales en el cuartel del "Colombia", pues su permanencia allí era peligrosa, y por ese motivo me los remitió.

DATOS CURIOSOS DE LA LOTERIA NACIONAL

0000.—No ha salido

1111.—Salió el 24 de Mayo de 1952 (Tercer premio)

2222.—No ha salido

3333.—Salió el 25 de Octubre de 1925 (Tercer premio)

4444.—Salió el 18 de Marzo de 1945 ((Primer premio)

5555.—Salió el 24 de Junio de 1951 (Tercer premio)

6666.—Salió el 14 de Agosto de 1955 (Tercer premio)

7777.—Salió el 5 de Agosto de 1923 (Primer premio)

8888.—Salió el 15 de Marzo de 1925 (Primer premio)

9999.—Salió el 22 de Octubre de 1939 (Primer premio)

Bolívar y Santander en la Grita

Por **MARIANO SOTO**

(Panameño)

Noviembre 14 de 1812. Bolívar llega a Cartagena desde Curazao, en unión de varios oficiales de alta graduación que han escapado con él de Venezuela. Es gobernador de la Provincia el joven patriota Manuel Rodríguez Torices, quien recibe a los refugiados con muestras del mayor afecto. El 15 de Diciembre lanza Bolívar una proclama en la que enumera los desastres de Venezuela y que produce en la provincia cartagenera singular regocijo. Se dirige al mismo tiempo al Congreso de Nueva Granada, reunido en Tunja, donde un Camilo Torres lo preside y al que secundan en toda labor los hombres más notables de la época. El Congreso queda convencido de la viabilidad de los planes libertarios que expone el ilustre expatriado, y desde entonces se convierte Camilo Torres en su protector y colaborador más eficaz.

El gobierno de Cartagena acepta los servicios de Bolívar; le entrega el mando de un cuerpo bajo las órdenes del francés Labatut, que combate a los españoles en Santa Marta. Bolívar es destinado a Barranca con orden de permanecer allí mientras los realistas dominan Tenerife e impiden la libre navegación por el río Magdalena. El caraqueño no nació para la inactividad; remonta el río, bate a las guerrillas y siga a Mompox donde se le recibe triunfalmente. Muchos voluntarios se enrolan en sus filas y aumentan sus recursos alimenticios. Ya con 600 hombres sube hasta el Banco que encuentra libres de enemigos; los persigue y derrotó en Chiriguana el 19 de Enero de 1813, principio de la Campaña Admirable que debe terminar con la entrada de Bolívar en Caracas.

Regresa Bolívar de Mompox a Cartagena y aquí pide permiso para continuar la lucha hasta restablecer la comunicación con la capital. Se le concede y vuelve a Mompox. Con menos de 600 hombres recupera los puertos de Guamal, Banco, Peñón, Tamalameque y Puerto Real; liberta a Ocaña y captura los buques enemigos. Y sólo en 15 días de recio batallar, Camilo Torres logra del Congreso autorizar a Bolívar para que marche sobre Venezuela, y éste, que se encuentra en Cúcuta, marcha hacia La Grita y llega a este poblado en momentos en que la tropa, que

manda el Mayor Francisco de Paula Santander, muestra señales de insubordinación. La Historia registra aquí un episodio que pudo tener un trágico final y que hubiera, indefectiblemente, cambiado el curso de los acontecimientos hasta el extremo de invalidar todo esfuerzo en la consecución de un glorioso final: la independencia de América.

El Coronel Manuel del Castillo, granadino, valiente pero altanero e impulsivo, vive amargado por los éxitos de Bolívar a quien estorba valiéndose de toda clase de intrigas. El nombramiento recaído en éste como jefe de dos divisiones, con el título de Brigadier, aumenta el odio de Castillo. Santander es uno de los que comparten sus ideas y es el que manda las tropas en la Grita cuando Castillo renuncia del ejército. Y es en esta insignificante población donde tiene lugar el acto de insubordinación que someramente relatamos.

Las tropas están en formación cuando llega Bolívar que ya conoce la situación y cómo resolver el problema. Hombre intuitivo, rápido en el pensamiento y en la acción, no puede titubear un momento. Ordena a Santander que marche; éste le contesta que no está dispuesto a obedecer; Bolívar se yergue y le grita: "marche usted inmediatamente, no hay alternativa posible, marche usted; o usted me fusila o positivamente yo lo fusilo a usted"... Hay tensión en los rostros de esos hombres curtidos por los sufrimientos, hay silencio de muerte, todo esperan lo peor, que no viene, que no debe venir. Santander ordena marchar, pero él, con algunas excusas, se queda en La Grita con algunos compañeros. Meses después hemos de encontrarlo en los llanos de Casanare donde se torna en vigilante de la frontera de Colombia y allí reprime la anarquía; más tarde en Paya sobre las arrugas del peñasco inaccesible, luego en el Páramo de Pisba, en los Corrales de Bonza, en el Pantano de Vargas, después en Boyacá como último peldaño para la Vicepresidencia de Nueva Granada.

Santander, hombre civil más que militar, es valiente, calculador, no es impetuoso. Dentro de la magnitud de la sangrienta epopeya no hay sitio para el que se muestre cobarde. Entonces, qué lo decidió ordenar la marcha de sus tropas ante la voz conminatoria de Bolívar? La soldadesca le es fiel y está compuesta de granadinos bajo su mando. Pudo insubordinarlos y hasta apresar a Bolívar; fusilarlo también. Qué lo mueve a obedecer? Comprende, acaso, las consecuencias de un proceder erróneo? La muerte de Santander no hubiera significado, en ese momento, más que la pérdida de un elemento humano. Muerto Bolívar, hubiera faltado todo: la espada libertadora, el cerebro creador, la coordinación de la lucha, la impetuosidad, el valor temerario, la osadía, el triunfo final con la libertad de cuatro pueblos y la creación de Bolivia. Y la Historia hubiera quedado trunca.

Población de la Provincia de Panamá a comienzos del Siglo diez y siete

ARMANDO FORTUNE
(Panameño)

Introducción

Gracias a la diligente labor y a la gentileza de la señorita Alice E. Westman de la Biblioteca de la Zona del Canal, ha llegado a nuestras manos una traducción inglesa de un Informe que, de acuerdo con un Decreto Real de su Majestad Católica y cuyo uso serviría para la historia general de las Indias, se le confió al Licenciado Don Juan Requejo Salcedo, Maestro Escuela y Diputado de la Cruz en la Provincia de Panamá a comienzos del Siglo XVII. El manuscrito original intitulado *Informe Histórico sobre la Provincia de Panamá*, se encuentra en la Biblioteca del Museo de Ultramar, firmado pero sin título.

Aunque la labor encomendada por su Majestad Católica al Licenciado Requejo Salcedo, por intermedio del Obispado y Cabildo de la Catedral de Panamá, era la de escribir un informe sobre cuestiones eclesiásticas acaecidas en ésta Diócesis desde el descubrimiento de estas tierras hasta esa época, éste traspasó dichos linderos y puede considerarse más bien como un estudio completo sobre acontecimientos acaecidos en dicha Provincia hasta el momento de realizarse el estudio. En él se describe la flora y la fauna de la región; el tamaño y las ciudades bajo la jurisdicción de la Audiencia; su comercio; administración; los movimientos sísmicos; el número de edificaciones, guarniciones, conventos, catedrales, hospitales y puertos existentes en esa época; trata también sobre cuestiones históricas, geográficas, morales, políticas y demográficas.

Aunque comprendemos la importancia que para la historia de la República tienen los datos que aparecen en dicho informe, no podemos aquí

tratarlos todos. Por lo tanto, nos limitaremos sólo a la población de la Provincia de Panamá.

Un Censo sobre el número y nombres de los habitantes de la ciudad de Panamá, estado civil y matrimonios mixtos de sus moradores y el valor de sus bienes se efectuó en el año 1607. Puede encontrarse detalladamente en las páginas 19B a 65A del Informe que la Audiencia mandó a España. El presente trabajo se basa en dicho Censo.

1.—Población por Raza, Color y Sexo.

De acuerdo con ese Censo, la Audiencia de Panamá contaba en el año de 1610 con una población de 5,708 individuos. De dicho total, 1,267 eran blancos, 313 negros libres, 3,696 negros esclavos, 246 mulatos libres, 79 cuarterones, 64, octrotones, 27 indios y 16 zambaigos.

De la clasificación anterior se observará que desde los inicios mismos de la colonización se trata de diferenciar a los diversos grupos étnicos y sus descendientes que vienen a poblar las regiones del Nuevo Mundo. Antes de seguir adelante y para su mejor conocimiento y mayor comprensión, deseamos explicar la variedad de tipos étnicos que aparecen en dichos cuadros. Para ello transcribimos lo que sobre el particular escribe el historiador cubano José Antonio Saco (1):

“Las leyes de Indias, dice (2), marcan la diferencia entre negros, mulatos, mestizos y zambaigos. Esto nos conduce a tratar de las diversas razas y castas que hay en el Nuevo Mundo.

“Desde los primeros años de su conquista por los españoles existieron allí tres razas; la blanca o conquistadora, la india o conquistada, y la negra introducida por la primera. Estas tres razas enlazáronse unas con otras, y de aquí nacieron nuevos seres de diferentes colores, según la mezcla de que procedían, cuya nomenclatura no fué idéntica en todos los países.

“En Buenos Aires y Paraguay halláronse las tres razas mencionadas, y mezcláronse entre sí, dieron origen a los individuos que llevan el nombre general de *Pardos*. Cuando algunos de estos provenían de indio y blanco, llamósele *Mestizo*, lo mismo que a toda su descendencia, con tal que esta nunca se mezclase con la sangre negra. Si el blanco o indio se enlazaban con africanos, denominósele *Mulato* el producto, nombre que también se aplicó a sus descendientes aunque procediesen de blancos y llegasen a adquirir este color con pelo rubio, lacio y largo.

(1) José Antonio Saco, *Historia de la Esclavitud de la Raza Africana en el Nuevo Mundo y en Especial en los Países Américo-Hispanos* (La Habana: Cultural, S. A., 1938).

(2) *Ibid*, II, págs. 64-5-6-7-8-9.

"Como los conquistadores españoles llevaron pocas o ninguna mujer al Paraguay, forzoso les fué unirse con la raza indio y negra, resultando de aquí que el número de pardos o mestizos fuesen mucho mayor que en Buenos Aires y otros países adonde aportaron personas de sexo femenino.

"Las tres razas india, blanca y negra, existieron también en el Brasil; pero a ciertos productos de sus mezclas no se dieron los mismos nombres que a los del continente américo-hispano. Así fué que al hijo de negro y de indio llamósele *Ariboco*, y al de blanco y de india *Mamaluco*. A los indios civilizados apellidóseles *Caboclos*, y a los que vivían en estado salvaje, el de *Gentíos*. *Tabucos* y *Bugres*.

"El peruano Dr. don Hipólito Unanue, catedrático de la Universidad de Lima, en una obra intitulada *Observaciones sobre el Clima de Lima y sus Influencias en los Seres Organizados*, impresa en aquella ciudad en 1806, y reimpressa en Madrid en 1815, forma para las castas del Perú la siguiente tabla:

				<i>Enlaces</i>
<i>Varón</i>	<i>Mujer</i>	<i>Hijos</i>	<i>Color</i>	<i>Mezcla</i>
Europeo	Europea	Criollo	Blanco	
Criollo	Criolla	Criollo	Blanco	
Blanco	India	Mestizo	Blanco	
Blanco	Mestiza	Criollo	Blanco	
Blanco	Negra	Mulato		$\frac{1}{2}$ negro y $\frac{1}{2}$ blanco
Blanco	Mulata	Cuarterón		$\frac{1}{4}$ negro y $\frac{3}{4}$ blanco
Blanco	Cuarterosa	Quinterón		$\frac{1}{8}$ negro y $\frac{7}{8}$ blanco
Negro	India	Chino		

"El Dr. Unanue llama cuarterón al hijo de blanco y mulata, porque tiene $\frac{1}{4}$ negro y $\frac{3}{4}$ blanco, pero llama quinterón al hijo de blanco y cuarterona, el cual según el mismo Unanue, tiene $\frac{1}{8}$ negro y $\frac{7}{8}$ blanco. Esta misma denominación aceptan otros autores en iguales casos. Páreceme que no es exacta la de quinterón que se emplea; porque si al cuarterón se le da este nombre por tener $\frac{1}{4}$ de negro, no ha de ser quinterón el que $\frac{1}{8}$ de dicha sangre, debiendo por esto denominarse octavón u ochovón. Y si se atiende a la cantidad de sangre blanca que tiene, según el mismo Unanue, tampoco debe llamarse quinterón, sino septerón.

"Si la quinterona, que yo tengo por ochavona, se enlaza, no con hombre blanco sino con mulato o negro, claro es que empieza a retroceder y si su prole sigue mezclándose con gente de raza africana, irá perdiendo por grado su primitivo color, pudiendo llegar a confundirse con el mulato y hasta con el negro.

“Unanue publica otra tabla que es la siguiente:

SALTA ATRAS O DEGRADACION DEL COLOR PRIMITIVO

	<i>Enlaces</i>	<i>Hijos</i>	<i>Mezclas</i>
Negro —	Negra	Negro	
Negro —	Mulata	Zambo	$\frac{3}{4}$ negro y $\frac{1}{4}$ blanco
Negro —	Zamba	Zambo-Prieto	$\frac{7}{8}$ negro y $\frac{1}{8}$ blanco
Negro —	Zamba-Prieta ...	Negro	$\frac{15}{16}$ negro y $\frac{1}{16}$ blanco
Negro —	Chino	Zambo	

“Unanue hace algunas observaciones acerca de las propiedades que caracterizan a muchas de estas castas; pero nos parece que da al clima más influjo del que realmente tienen, sin tomar en cuenta las causas políticas y morales que tanto han predominado en aquellos habitantes. En la parte alta del Perú fueron los zambos menos abundantes que en la baja, porque aquel clima, por su frialdad, no es favorable a los negros, lo que no acontece con el de las partes bajas.

“Coexistieron igualmente en Chile las tres razas mencionadas, sin que yo crea que todos los negros introducidos allí, hubiesen entrado por contrabando como asevera un historiados Chileno. Hubo por tanto en aquel reino las mismas castas que en el Perú; pero esto debe entenderse solamente del continente y no de las ochenta y dos islas que componen el archipiélago Chileno, en las cuales a fines del pasado siglo aún no había entrado negro alguno, limitándose todas las castas al producto de la raza europea con la india.

“La nomenclatura dada por Unanue para el Perú, algo difiere de la de Gumilla, quien vivió muchos años como misionero entre los indios de las márgenes del río Orinoco y el cual forma la siguiente tabla:

De europeo e india, sale mestizo	$\frac{2}{4}$ de cada parte.
De europeo y mestiza, sale cuarterón	$\frac{1}{2}$ parte de indio.
De europeo y cuarterona, sale ochavón	$\frac{1}{8}$ parte de indio.
De europeo y ochavona, sale puchelo	enteramente blanco.

“Comparando esta tabla con la de Unanue, vemos que la mezcla de blanco con mestizo no produce enteramente blanco sino al cabo de cuatro generaciones.

“Cuando un mestizo se enlaza con mestiza, la prole también lo es, y comunmente se llama *Tente en el Aire*, porque ni avanza ni retrocede. Si la mestiza se casa con indio, el hijo se llama *Salta Atrás*, porque en vez de adelantar es su color atrasa; y el mismo salto atrás acontece cuando se mezcla con las razas indias y negra.

"En Nueva España adoptóse desde muy antiguo la misma nomenclatura que en el Perú. Distinguese en ella los mestizos por su color enteramente blanca, cierta oblicuidad de los ojos, manos y pies pequeños, poca barba, y atribúyeseles carácter más suave que a los mulatos. Como la importación de negros fue muy corta en aquel país los mestizos formaron poco más o menos los siete octavos de la totalidad de la población".

Hasta aquí lo que nos tiene que decir sobre este tópico el historiador Saco. Véase igualmente la obra *Spain in America* de Edward Gaylord Bourne (3).

Los diferentes grupos étnicos que poblaban la Audiencia se clasificaban en la forma siguiente: blancos, 771 hombres y 496 mujeres; negros libres, 148 hombres y 165 mujeres; negros esclavos, 2558 hombres y 1,138 mujeres; mulatos libres, 100 hombres y 146 mujeres; cuarterones, 31 hombres y 18 mujeres; octorones, 38 hombres y 26 mujeres; sedios, 14 hombres y 13 mujeres, y zambaigos, 11 hombres y 5 mujeres. (Se incluyen en ciertos casos los niños, en otros nada se dice sobre ellos).

Del total de hombres blancos que encontramos en la Provincia de Panamá sólo habían 53 extranjeros, o sean europeos no españoles, y este número reducido se debía a que, como dice C. H. Haring (4), "Desde el descubrimiento de América el derecho de emigrar al Nuevo Mundo estaba reservado, excepto durante un corto intervalo bajo el reinado del Emperador Carlos V, a los españoles peninsulares. En teoría, a ningún extranjero fueran éstos Flamencos, Sicilianos o Milanese que pudieran estar bajo la soberanía política de los Reyes de España, se le permitía venir a América. Era una regla estricta que cada pasajero hacia América, cualquiera fuera su profesión o propósito, obtuviera una licencia real y estuviera registrado en la *Casa de Contratación*. Esta supervisión era la más necesaria ya que el Gobierno se había empeñado a confinar la emigración a personas de ortodoxia incuestionable. El rey, sin embargo, podía otorgar dispensaciones especiales o cartas de naturalización, y los extranjeros aparecen en las colonias desde muy temprano. Era igualmente evidente de las muchas leyes en la *Recopilación* que fueron cada vez más numerosos los extranjeros en los puertos y en los pueblos del interior del Nuevo Mundo. Algunos fueron naturalizados, otros estaban allí por favor especial de la Realeza, pero muchos arribaron a las colonias españolas sin autorización. La preparación de licencias falsas se convirtió en sí misma en una profesión, y cuando el castigo se hizo más severo el esfuerzo principal

(3) Edward Gaylord Bourne, *Spain in America* (New York & London: Harper and Brother, Publisher, 1904), págs. 267-8.

(4) C. H. Haring, *The Spanish Empire in America* (New York: Oxford University Press, 1947), pág. 214.

fue el de aumentar el precio de estos papeles y desarrollar la ingenuidad de corredores y compradores. Españoles sin licencias, al igual que extranjeros, secretamente arribaron a América como marineros, soldados, polizontes, futuros mercaderes, lo mismo que naves extranjeras que pretendían haber llegado a los puertos de América arrastrados por las tormentas”.

Entre los blancos, 22 eran sacerdotes y clérigos y 45 frailes y religiosos. 156 del total de ellos eran criollos. De las mujeres blancas, 24 eran monjas y 3 beatas. 78 eran criollas.

El Censo que aquí nos ocupa indica que en la Provincia de Panamá sólo vivían 27 indios. Este número reducido de indios se debió ante todo, a que, como observa Anderson (5) “...los indios de Darién y Panamá la mayoría habían sido asesinados o vendidos como esclavos. No pudieron sobrevivir el primer impacto de la civilización cristiana... Los pocos sobrevivientes huyeron a las altas montañas o a otras partes que no habían sido invadidas por los Españoles. El país fué despoblado entre Antigua, Acla y Nombre de Dios en la costa del Caribe, y el Golfo de San Miguel y las nuevas ciudades de Panamá y Natá en la costa del Pacífico”.

Estos datos muestran asimismo que habían 16 zambaigos cuando se realizó dicho Censo, demostrándose así la existencia de chinos en Panamá en el Siglo XVI. Estos chinos cantoneses que arribaron a nuestras playas a comienzos de la colonización, prontamente comenzaron a unirse, primeramente a las mujeres negras y mulatas, con las que trabajaban en las plantaciones, más tarde a mujeres blancas de las capas inferiores de la sociedad dando vida a un nuevo tipo de mestizaje: el blanco o mulato achinado, y por último a mujeres indias resultando lo que vino a conocerse como zambaigo.

2.—*Estado Civil.*

Según el Censo, existían en la Provincia de Panamá en 1607 (entre hombres y mujeres): blancos: solteros 344, solteras 100; casados 215 y 174; viudos 56 y 56, respectivamente. Negros libres: solteros, 29 y 12; casados, 80 y 94, y viudos 17 y 33. Mulatos libres: solteros, 44 y 66; casados 25 y 31; 9 viudas. Cuarterones: solteros, 11 y 5; casados 10, y 2 viudas. Octorones: solteros 9 y 2; casados 16 y 11, y 5 viudas. Sobre los negros esclavos, indios y zambaigos nada nos dice el informe.

(5) C. L. G. Anderson, *Life and Letters of Vasco Núñez de Balboa* (New York: Fleming H. Revell, Co., 1941), pág. 361.

3.—Matrimonio, Amancebamiento, Concubinato y Poligamia.

De acuerdo con estos datos, del total de hombres blancos (615) que residían en la Provincia de Panamá en 1607, sólo estaban casados 215 (de los cuales 8 tenían a sus esposas fuera del reino), y esto en la forma siguiente: con mujeres blancas, 176; con negras libres, 5; con mulatas libres, 12; con cuarteronas, 10; con octoronas, 8 y con indias 4.

Estos casados que encontramos en Panamá, al igual que casi todos aquellos que lo estuvieron en el Nuevo Mundo en esa época, eran en su casi totalidad hombres pudientes: propietarios, profesionales, oficiales, algunos mercaderes, etc., quienes contaban con los medios necesarios para traer a su familia.

De las mujeres viviendo en esta Audiencia (330). 174 estaban casadas, y ello en la forma siguiente: con hombres blancos, 168; con negros libres 2, y con mulatos libres, 4.

Se observará por las cifras anteriores que los españoles blancos tendían a casarse con las gentes de color. Ante tal situación y desde muy temprano el Gobierno Español trató de desalentar los matrimonios interracializados por *Penas de Casados* como un párrafo regular de ingresos. En 1539 los blancos en las Indias al promover la emigración de familias Españolas, prohibiendo a los hombres casados embarcarse hacia el Nuevo Mundo, y exigiendo a aquellos que se encontraban en las Indias regresaran de inmediato o poner una fianza garantizando que mandarían a buscar a su familia en un período a más tardar de dos años. Sin embargo, como la ley se evadía constantemente, a los transgresores se les permitía transigir con el Gobierno, y en los libros mayores del Tesoro Colonial encontramos multas por *Penas de Casados* como un párrafo regular de ingresos. En 1539 se decretó que las *Encomiendas* fueran poseídas sólo por hombres y mujeres casados, y el poseer una esposa y familia se convirtió en requisito necesario para ser nombrado como Corregidor". (6).

Pero ya desde "El 23 de Febrero de 1512 mandó el Rey desde Burgos a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, que enviasen a las Indias esclavas blancas cristianas, porque habiendo allí gran necesidad de mujeres, ellas no sólo servirían mejor que las indias sino que los españoles las tomarían por esposas y no se enlazarían con las indias, como ya lo habían hecho algunos" (7).

Dos años más tarde se permitió el matrimonio entre blancos e indias en las colonias Americanas para evitar así las relaciones ilícitas. Aunque

(6) C. H. Haring, *op. cit.*, pág. 212-13.

(7) J. A. Saco, *op. cit.*, I, pág. 126.

a los matrimonios entre blancos y negros no se les dió la facilidad que encontramos entre blancos e indios, éstas se realizaban. "Habíase prohibido en 14 de Noviembre de 1555, escribe Saco (8), que ninguna negra ni mulata, libre o esclava, vistiese sedas ni llevase oro, ni manto con perlas. Esta misma prohibición reiteróse el 11 de Febrero de 1571; pero advirtiéndole que si la *Negra o Mulata libre era casada con Español*, podía traer unos zarcillos de oro con perlas y una gargantilla, y en la saya un ribete de terciopelo, sin poder usar mantos de burato ni otra tela, salvo mantellinas que llevasen poco más abajo de la cintura, so pena de perder las joyas de oro, vestidos de seda y mantos. Esta prohibición sólo se puede justificar con las ideas de aquel siglo, porque hoy se mirarían como ridículas; pero notable es semejante ley, porque ella muestra que en aquellos tiempos era permitido a los españoles contraer matrimonio con mulatas y negras libres, práctica que continuó mucho tiempo después en algunos países . . . "

Pero a pesar de que las leyes consintieran, y aun estimularan, los casamientos mixtos, fueron mucho más numerosos los casos de concubinato, siendo cada vez más escasos los matrimonios mixtos y mayores los casos de relaciones ilícitas (9).

Como ya dejamos apuntado, la casi totalidad de los casados blancos residentes en la Provincia de Panamá es 1607 eran hombres pudientes. No sucedía lo mismo con el resto, o sean los 333 (no incluimos los 67 sacerdotes, clérigos, frailes y religiosos) solteros y viudos. La gran totalidad de los mercaderes y tenderos, además de casi todos los mayores tenían lo que se llamaba "ama de casa" que era más bien su concubina o querida, mujeres estas en su mayoría libres de color; pero los tendores de libros y aquellos de bajo nivel social, que eran demasiado pobres y dependientes para disponer de una pensión o renta, generalmente se amancebaban con alguna mulata o negra esclava: cada uno de ellos "se arranchó con una negra o mulata que llamaba su casera", como diría Alejandro O'Reilly en carta al Marqués de Grimaldi (10).

De las 100 solteras y 56 viudas blancas, 27 eran monjas y beatas. El resto (el Informe nada dice sobre el particular), no nos parece demasiado atrevido ni aventurado deducir, vivían en concubinaje con los diferentes grupos étnicos que formaban la población de la Provincia, o eran prostitutas.

(8) *Ibid.*, II, pág. 48-9.

(9) Véase Arthur Ramos, *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943). Traducción al castellano por Ernestina de Champourcin, pág. 326.

(10) En José Colombón Rosario y Justina Carrón, *Problemas Sociales: El Negro* (San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1940), pág. 107.

A diferencia de los países Anglo-Sajones, los habitantes de la Península Ibérica desde el Siglo XIV se encontraban en contacto directo con los pueblos de piel oscura. Para el Español y Portugués de esa época, la mujer morena era la preferida para el amor, por lo menos para el amor físico. De que esto era así lo demuestran las estrofas de poetas y cantores de aquel entonces quienes nos hablan sobre la belleza de la mujer morena, alabando sus encantos, su quebrarse, su donaire petulante, su embeleco; todos los cuales ejercían sobre ellos una profunda atracción sexual, en el sentido Freudiano.

Por otra parte, los esclavos traídos a América con motivo de la trata eran oriundos de distintas regiones del Continente Africano y pertenecían a diferentes pueblos y a diversos grupos étnicos y culturales (11). Entre estos llegaron mujeres Fulahs y Ashantis, famosas por su fina figura, su orgulloso y dignificado porte y su destreza culinaria. Presentaban por lo tanto una partida deseada para los aventureros españoles.

Todas estas razones, y a pesar de que "... El orgullo de nacimiento, distinciones de clases, guardado siempre celosamente en España y en otros países semi-feudales de Europa se intensificó en América ... (12), dieron por resultado que muchas de estas jóvenes no sólo se convirtieran en amigas y mancebas de los colonos, sino que en muchas ocasiones se las elevara al rango de *Doñas de Casa*.

Sobre este particular observa Fray José Gumilla, religioso de la misión del Orinoco, Meta y Casanare en su *Historia Natural Civil y Geográfica de las Naciones Situadas en las Riberas del Río Orinoco* (13): "Los hombres blancos han dado mayores muestras de dicha inclinación y amor al color negro; y hoy en día, en Cartagena de Indias, en Mompox y en otras partes se hallan españoles honrados casados (por su elección libre) con negras, muy contentos y concordes con sus mujeres y al contrario, vi en Guayana una mulata blanca casada con un negro atezado, y en los llanos de Santiago de las Atalayas una mestiza blanca casada con

(11) A diferencia de la idea prevalenciente, los esclavos trasladados a América no provenían de una sola región Africana. Ello ha sido demostrado y confirmado por los estudios realizados por autoridades en la materia como el Dr. Fernando Ortiz, Melville J. Herskovits, Arthur Ramos, Gilberto Freyre, Leo Frebenius, Donal Pierson, Carter W. Woodson y otros. Los esclavos, de acuerdo con los autores antes citados, llegaron de todas las regiones de África, cuyas diferencias étnicas eran muy marcadas. Lo que motivó la creencia general de un solo lugar de origen, fue el hecho de que bajo el régimen esclavista, en los barcos negreros, en los barracones, plantaciones, minas, pesquerías, etc. fueron juntados, o más bien fundidos y, por lo mismo, considerados como un grupo homogéneo.

(12) C. H. Haring, *op. cit.*, pág. 212.

(13) En José Antonio Saco, *op. cit.*, II págs. 48-9-50.

otro negro. Este la desechó muchas veces, diciéndola que reparase bien en su denegrido rostro, que tal vez sería después origen de sus disgustos: la respuesta de la mestiza fue irse a su casa y untarse con el zumo de Jagua, tinta tan tenaz qual ningún otro; y puesta a vista del negro, le dijo: 'Ya estamos iguales, ni tienes escusa para no quererme'. Casáronse, y Dios les ha dado muy larga descendencia".

Una de las formas de uniones entre grupos étnicos disímiles más arraigada y extendida en las Colonias Americanas fue la conocida como barraganía. "En el proceso de fusión étnica ganó gran importancia, escribe Richard Konetzke (14), al lado de los matrimonios consagrados por la Iglesia y de los numerosos casos de uniones sexuales ocasional y temporal, otra institución casi matrimonial, la barraganía. Esta, muy extendida en la Edad Media española, era un contrato de amistad y compañía pactada entre personas solteras, y aún casadas, que, según la voluntad de los contratantes, podía ser rescindida, pero quedar también en vigor toda la vida. Por cierto, esta unión no era reconocida como matrimonio legal, pero tampoco puede calificarse de ilegítima, porque los Fueros municipales y las Partidas la toleraban y reglamentaban los derechos de la concubina y de los hijos. En efecto, los Reyes Católicos mandaron que 'todos los casamientos se hagan por aquellas palabras que manda la madre santa iglesia', restringieron los derechos de los hijos nacidos en las barraganías y decretaron que 'ningún hombre casado no sea osado de tener ni tenga manceba públicamente' pero con eso no podían suprimir el matrimonio temporal de libre convención".

La poligamia durante el período colonial era, pues, cosa común. Era costumbre del colono, si sus medios así se lo permitían, tener, además de su esposa, una o varias concubinas o amantes. De acuerdo con un testigo presencial. "Nuestros hombres, como patriarcas de la antigüedad, viven en su hogar no sólo con sus esposas sino además con sus concubinas, y los mulatos que se ven en cada familia parcialmente se asemejan a los niños blancos. Cualquiera dama está en condición de asegurar quién es el padre de cada niño mulato en cada hogar menos el suyo. Los que aparecen en el de ella, parece pensar, cayeron del cielo" (15). De esta manera, los cruzamientos entre blancos de las familias de la clase alta y jóvenes criadas condujo casi siempre al cruce entre blanco y negra, o por lo menos blanco y mulata.

(14) Richard Konetzke, "El Mestizaje y su Importancia en el Desarrollo de la Población Hispanoamericana durante la Época Colonial", *Revista de Indias*, Año VII, Nº 23 (Bogotá, 1945), pág. 220-1.

(15) En J. C. Furnas, *Goodby to Uncle Tom* (New York: William Slohne Associates, 1956), págs. 138-9.

De acuerdo con nuestros datos en la Provincia de Panamá existían 246 mulatos libres, 79 cuarterones y 64 octorones, o sea que, del total de residentes es la Audiencia, el 6.81 por ciento eran el resultado del mestizaje entre blanco y personas de color.

Aquí debemos tener en cuenta un hecho de importancia capital. Durante el período Colonial el híbrido, o descendiente de españoles y negros (ante todo con negros esclavos), fue identificado con la madre o padre de color. Es algunos casos el propósito del colono era el de aumentar su riqueza en *Piezas de Indias* creando el mulatismo, no importándole cuál fuera la condición de su prole. Pero en la mayoría de las veces su intención fue tenerlo entre lo suyo, disfrutando así éste, por ser hijo del amo, de ciertos privilegios. Ello trajo como resultado que se dictaran disposiciones sobre la venta de estos hijos, dándose preferencia a sus padres para su compra. "Que vendiéndose hijos de Españoles y Negras, si sus padres los quisieren comprar, sean preferidos" (16). Muchos de éstos, por su situación misma, fueron más tarde manumitados.

4. Situación del Negro.

En la Provincia de Panamá encontramos, cuando se realizó el Censo, 4,398 personas de color, o sea, que del total de habitantes el 77.05 por ciento, eran de ascendencia Africana. De los 4,398, el 65.37, o 2,875, eran hombres y el resto, o sean 1,523, mujeres.

Como ya hemos apuntado en otro trabajo (17), "Los negros entraron a Panamá en número considerable con el tráfico de esclavos. Según opinión de varios cronistas e historiadores, los etnoafricanos existían en Panamá antes del descubrimiento de América ya que Balboa encontró una colonia de negros en una región un día de marcha de Quarequa y "son fieros y crueles" (18).

En los primeros días de la conquista y colonización, Panamá era conocida como Castilla del Oro. Además de los trabajos de extracción de oro en las minas y la necesidad de abrir caminos de comunicación a través de las montañas, era necesaria la mano de obra barata para el aserrío de los bosques, transporte de las riquezas procedentes del Perú a

(16) *Recopilación de Indias*, Ley 6, Libro VII, Título 4. En Arthur Helps, *The Spanish Conquest in América* (New York: Harper and Brothers, Publishers, 1856), Tomo III, pág. 122.

(17) Armando Fortune, "Estudio sobre la Insurrección de los Negros Esclavos — Los Cimarrones de Panamá", *Lotería, Segunda Epoca*, I, Nº 9 (Panamá, 1956), Segunda y última parte pág. 44.

(18) Véase igualmente Armando Fortune, "Existían Negros en Panamá en la Epoca Precolombina?", *Lotería, Segunda Epoca*, I, Nº 2 (Panamá, 1956), págs. 37-42.

las costas del Mar Caribe al igual que el de los materiales necesarios para la construcción de los navíos en las costas del Pacífico, para los trabajos en las grandes plantaciones de tabaco y azúcar ya existentes a comienzos del Siglo XVI y de las pesquerías en las costas e islas del Mar del Sur. En estas arduas tareas los colonos españoles y esclavos blancos que residían en Tierra Firme no deseaban trabajar. De aquí la imperante necesidad de importar esclavos negros.

Estos esclavos importados al Istmo en los primeros años de la colonización eran, como se podrá observar por las labores a ellos encomendados, o más bien asignados, hombres. Aparece, pues, un desbalance poblacional entre los sexos.

Agréguese a esto que "...la esclavitud no consentía la familia, la desconocía, la desbarataba en germen, dispersando sus miembros, vendiendo a la madre en un mercado y al hijo en otro, fomentando la inmoralidad secreta con la imposición de la promiscuidad, esterilizando al varón por el agotamiento de las fuerzas en el incesante trabajo, deformando el seno de la hembra y envenenando la leche por la tarea forzada y el castigo, dejando languidecer y perecer al niño en la soledad de los barracones . . . " (19) y el mal trato recibido por parte de colonos y mayores para que se justificaran los grandes alzamientos de esclavos que tuvieron lugar durante el Siglo XVI en Castilla del Oro.

Estas rebeliones y las constantes incursiones de los cimarrones a las aldeas, haciendas y hasta a las ciudades de Nombre de Dios y Panamá no sólo tenían como fin el tratar de rescatar a los suyos y procurarse los medios de subsistencia sino, además, el de robar a las mujeres "verdaderos raptos de las sabinas", como hicieron notar cronistas o historiadores— de que carecían, fueran estas blancas, mulatas, octoronas, mestizas, zambas, negras o indias.

Era tal la situación en el Istmo que los habitantes de la ciudad de Panamá se ven en la imperiosa necesidad de notificar al Rey en 1571 "...el atrevimiento de los negros cimarrones que se salen al Camino Real de esta ciudad a la de Nombre de Dios y rondan de continuo alrededor de la Casa de Cruces. Están tan atrevidos que entran disimulados de noche en esta ciudad y en la de Nombre de Dios a hurtar y robar negros y negras al arcabuco (monte). Hace pocos noches que entraron a la ciudad de Nombre de Dios los cimarrones y mataron a dos españoles junto a la Casa de la Contratación y se salieron sin castigo. En el Chorrillo —de la antigua Panamá— que queda a un tiro de arcabús del pueblo a donde van

(19) Diego Vicente Tejada, "Blancos y Negros", *Revista Bimestre Cubana*, XLV, Nº 3 (La Habana, 1940), págs. 406.

las negras a lavar ropa se llevaron los cimarrones tres negras y del río de esta ciudad se las llevan cada día lo que ha dado motivo a que se organice un pie de fuerza de doscientos hombres bajo las órdenes del capitán Esteban Trejos para que fuese a la principal población de negros cimarrones que es Bayano —a treinta leguas de Nombre de Dios— y desarraigase de allí a los negros alzados y poblase de españoles este sitio” (20).

Ante el peligro cada vez mayor por parte de los cimarrones... el presidente de la Audiencia de Panamá, don Juan López Cepeda, consciente de la fuerza potencial de los ex-prófugos... en representación del Gobierno Español, firma con los representantes de los esclavos fugitivos un tratado de paz en donde se les permitía el que seleccionaran sus dirigentes, establecieran sus propias cortes y cumplieran obediencia a sus propias leyes, prometiendo éstos, por su parte, suspender los ataques y pillajes a los pueblos y haciendas y el devolver a sus dueños los esclavo que después de dicho tratado se huían para unirseles” (21).

En cuanto a los negros aún bajo cautiverio o esclavos, estos ascendían a 3.511: de los cuales 2.404 eran hombres y 1.107 mujeres. Para evitar que se sublevaran y se unieran a los cimarrones y para hacerles la vida más llevadera, se dictaron algunas disposiciones, “Assi mismo soy informado, que para que los negros, que se pasan á essas partes se asegurassen y no se alcassen ni se ausentassen y se animassen a trabajar y servir a sus dueños, con mas voluntad demas de casallos, sería bien que sirviendo cierto tiempo, y dando cada uno á su dueño hasta veynte marcos de oro, por lo menos, y dende arriba lo que a vosotros os pareciere, segun la calidad y condicion y hedad de cada uno, y á este respecto subiendo ó abaxando en el tiempo y precio, sus mugeres y hijos, de los que fuessen casados, quedassen libres y estuviessen dello certinidad: será bien, que entre vosotros platiqueys en ello, dando parte á las personas que vos pareciere que convenga, y de quien se puede fiar, y me embieys vuestro parecer” (22).

Pese a la anterior disposición, al esclavo no se le alentaba a casarse y estaba privado de la sanción civil de una ceremonia. Cuando existía un deseo mutuo entre un esclavo y una esclava, siempre y cuando ellos estuviera dentro de las limitaciones del amo, se le asignaba una cabaña. y el amo o ama les facilitaba pequeñas prendas, efectuándose luego una pe-

(20) Rubén D. Carles, “Con la Presencia de los Corsarios vuelve a Inquietarse la Tierra de los Cimarrones”, *El Día* (Panamá), Diciembre 2, 1954, pág. 4.

(21) Armando Fortune, “Estudio, etc...”, *op. cit.*, pág. 63.

(22) Vasco de Puga, *Provisiones Cédulas Instrucciones de su Magestad: etc.* en Helps, *op. cit.*, III, pág. 122.

queña ceremonia. "Durante la esclavitud, escribe Henderson H. Donald (23), el sistema matrimonial del esclavo difería del de la población libre. Estaba proyectado y supervisado por los amos para la regulación de las relaciones sexuales de los esclavos. En este sistema, la obtención de una licencia del Estado como prerequisite para entrar a la unión matrimonial no era necesario y ninguna providencia se hacía para la obtención del divorcio en la manera acostumbrada. Hombres y mujeres juntábanse de acuerdo con los deseos y mandatos de sus amos. La duración de muchas de estas uniones era corta, y a los hombres identificados con ellas con frecuencia se les permitía entrar en nuevas uniones maritales. Ninguna de estas uniones traía consigo responsabilidad, ya que a los hombres no se les consideraba responsables del mantenimiento de sus esposas e hijos. Dicha responsabilidad estaba en manos de los amos. Por consiguiente, los esclavos negros tuvieron un sistema matrimonial extremadamente relajado".

Este sistema le era ventajoso al amo porque, como atinadamente observa Eric Williams (24), "...si al esclavo en la mayoría de los casos se le negó el privilegio del matrimonio, a la esclava se le negó el derecho de rechazar la entrada a su lecho por parte del amo o mayoral. La negativa a efectuar las relaciones sexuales con un mayoral era equivalente a insubordinación. No era cosa rara que un colono alincara a sus esclavas delante de sus huéspedes a quienes se les invitaba a que escogieran su compañera para la noche. La esclava se encontraba indefensa bajo el régimen esclavista, y la preocupación del blanco por sus mujeres esclavas, su indiferencia hacia su esposa blanca, y la actitud de tolerancia en cuanto al concubinage fueron responsables en gran medida de las vergonzosas crueldades llevadas a efecto por las mujeres blancas en contra de las jóvenes esclavas".

En otro trabajo ya hemos apuntado los abusos a que era sometido el esclavo (25). En cuanto a la esclava, ella sufría mayores vejámenes: servía, además de tener que realizar las arduas tareas a que era sometida, para satisfacer los apetitos sado-masoquistas de los primeros colonizadores y aventureros, en muchos casos la escoria de las instituciones penales europeas, criminales y degenerados de la peor ralea y de todos los tipos, cuya única esperanza de escapar de su horrible situación se encontraba en el Nuevo Mundo.

(23) Henderson H. Donald, *The Negro Freedman* (New York: Henry Schuman, Inc., 1952), pág. 56.

(24) Eric Williams, *The Negro in the Caribbean* (Washington: The Associated in Negro Folk Education, 1942), pág. 57.

(25) Véase Armando Fortune, "Estudio sobre, etc...", *op. cit.*, N° 5, págs. 61-68; N° 6, págs. 46-51, y N° 9, págs. 44-67.

De que esto era así nos lo confirma la autobiografía de uno de los más notorios traficantes, el Capitán Richard Drake, quien nos refiere las atrocidades y la horrible condición en un barco negrero el *Gloria* en uno de sus viajes de Africa a América. Informa el Capitán Richard Drake (26):

"Era una nave segura y bella y merecía un más culto capitán y una mejor tripulación. En el primer viaje fuera de Calabar, no habíamos navegado durante una semana para que me diera cuenta de que el Capitán y su tripulación eran unos degenerados y malechores de la peor calaña. Una vez en alta mar, la nave se transformó en mitad manicomio y mitad buidel. Ruiz, nuestro capitán, y sus dos pilotos pusieron el ejemplo de la más desesperada y depravada crueldad. Se arrancaron los trajes y bailaron desnudos con las doncellas negras mientras nuestro cocinero mulato tocaba el violín. No había manera de apaciguar y corregir esta situación y las bebidas y la lujuria reinaban supremas.

Mas adelante sigue relatando este testigo: "Las más jóvenes eran las que más sufrían al principio, porque se les permitía ir a cubierta como compañeras de los tripulantes borrachos, pero después de servir a los diabólicos apetitos de estos depravados se les enviaba nuevamente a sus camarotes para que satisficieran las codicias de los negros.

"Las peleas y las bestialidades que seguían daban náuseas. Se cortaban y mordían mutuamente en su lucha sobre las raciones de ron que nuestro Capitán ordenaba, y por la posesión de las miserables mozas".

Por otra parte, la esclava, ya en tierras de América, si era joven y bonita, como en muchos casos así sucedía, excitaba los celos de las señoras y amas de casa, convirtiéndose en objeto de sádicas brutalidades por parte de éstas. "En cuanto a la crueldad de las señoras, afirma Gilberto Freyre (27), mayor que la de los señores en el trato dado a los esclavos, es un hecho generalmente observado en las sociedades esclavistas. Lo confirman nuestros cronistas. Los viajeros, el folklore, la tradición oral. No son dos ni tres, sino muchos casos de crueldad de 'señoras de ingenio' contra esclavos inermes. Señoras jóvenes que mandaron arrancar los ojos a mucanas bonitas y traerlos a la presencia del marido en la sobremesa, dentro de una compotera, nadando en sangre aún fresca. Baronesas ya de edad, que por celos o despecho, mandaban vender mulatitas de quince años a viejos libertinos. Otras que destruían, a golpes de

(26) En Charles W. Taussig, *Rom, Romance and Rebellion* (New York: Min-ton, Balch and Co., 1928), pág. 186.

(27) Gilberto Freyre, *(Casa-Grande y Senzala)* (Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1943), Traducción de la 3ª edición brasileña por Benjamín de Garay, II, págs. 218-9.

taco, dentaduras de esclavas u ordenaban cortarles los pechos, arrancarles las uñas, quemarles la cara o las orejas. Toda una serie de judiadas”.

Sobre este particular, igualmente hace notar Eduardo Posada (28): “En Cartgena, el 1º de febrero de 1603, declara el cirujano Cosmo de Albornoz que había visto que la señora dueña de una esclava llamada María (angola o coneja) había colgado a ésta, los pies a un lado y la cabeza al otro, a manera de hamaca y le dió luego muchos azotes. El alcalde condenó a aquella despiadada mujer a veinticinco pesos de multas, pero la real audiencia revocó el fallo y mandó devolver esa suma, bien miserable, según consta en sentencia de 22 de noviembre de 1604”.

Ejemplos de esta naturaleza podrían multiplicarse.

El informe de aquí nos ocupamos, refiere que habían 80 negros libres casados y 94 negras libres casadas, pero nada nos dice en qué forma y con quiénes lo están. Nosotros consideramos que para el negro libre ansioso de escapar él y sus descendientes a las injusticias sociales, la tendencia general entre los más oscuros era el de unirse a mujeres más claras, o como se diría hoy “mejorar la raza”, o como lo expresaría una persona de color “no volver al Africa” y superar las posibilidades un “salto atrás”. Un negro-azabache frecuentemente mostraba una marcada preferencia por la mujer mulata u octorena, y una muchacha totalmente negra no vacilaba mucho en expresar su preferencia por un joven bastante clara en detrimento de un negro oscuro de labios gruesos y desaliñado, si ambos se hubieran prendido ed sus encantos.

Vemos por otra parte que en el informe aparecen solamente cinco zambos (cruce de negros e indias o de indios y negros), y ellos incluidos entre los esclavos. Pero es fácil comprender que dicho número fue mucho mayor y ello porque era tarea de los Negros en el Darién en la Epoca Precolombina (29) y de los Cimarrones o Negros alzados en Castilla del Oro (30) el efectuar incursiones periódicas a las aldeas indias cuyo propósito no era otro que el de obtener las mujeres de que carecían.

CONCLUSION

De todo lo aquí apuntado se desprende como hecho perfectamente comprobado que desde los inicios mismos de la colonización, al comienzo del período formativo de nuestra nacionalidad, los colonos blancos no hacían asco a los cruces raciales y los practicaban ostensiblemente; “Los Españoles en Panamá se unieron libremente con las mujeres negras, quienes

(28) Eduardo Posada. *La Esclavitud en Colombia* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1933), págs. 22.

(29) Verse Armando Fortune, “Existín Negros, etc...”. *op. cit.*

usaron todos sus encantos para estar legalmente casadas, pues comprendieron que sólo como esposas de un blanco se les permitía vestir de seda y usar joyas" (31); el mestizaje se practicó en gran escala, y no en la forma clandestina y rodeado de las hipócritas precauciones que observamos hoy día. Esto ocurrió, como se ha visto, entre el colono blanco y la negra o la mulata, al igual que entre el negro o mulato con la mujer blanca, y hasta el esclavo con ésta y las mulatas, "...Los seres humanos, asegura Donald Pierson (32), donde sea que se encuentren en estrecho o interrumpido contacto sobre una íntima base personal, tarde o temprano tienden a abandonar las pretensiones sobre unos y otros, y no es sorprendente encontrar que lazos de sentimientos permanentes surgieran, los cuales propendieron gradualmente a romper las formales barreras entre las razas, y a modificar la naturaleza de la esclavitud".

* * *

"La mezcla de sangre es un resultado inevitable a la migración humana, al contacto y a la asociación. En cuanto a esta aseveración parece que no existe excepción histórica. Razas y pueblos, por mucho que puedan ser física y culturalmente disímiles, si se encuentran juntos en un todo, se asocian para producir individuos de tipos físicos indescriptibles. En su esencia, la hibridización de pueblos y razas es un proceso biológico..." (33).

- (31) J. A. Rogers, *Sex and Race*. (Nueva York: J. A. Rogers Publications, 1942), Vol. II, pág. 69.
- (32) Donald Pierson, *Negro in Brasil — A Study of Race Contact in Bahia*. (Chicago: The University of Chicago Press, 1942), pág. 79.
- (33) Jitsuiichi Masuoka, "The Hybrid and the Social Process", *Philon—The Atlanta University Review of Race and Culture*, N° 4 (Atlanta, 1954), pág. 327.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson, C. L. G. *Life and Letters of Vasco Nuñez de Balboa*. New York: Fleming H. Roveil Co., 1941.
- Bourne, Eduard Gaylord. *Spain in America*. New York & London: Harper & Brothers, Publisher, 1904.
- Charles, Ruén D. "Con la Presencia de los Corsarios Vuelve a Inquitarse la Tierra de los Cimarrones", *El Día* (Panamá), Dic., 2, 1954. Pág. 4.
- Donald, Henderson H. *The Negro Freedman*. New York: Henry Shuman, Inc., 1952.
- Fortune, Armando. "Existían Negros en Panamá en la Epoca Precolombina? Lotería. Segunda Epoca, I, No. 2 (Panamá), 1956).
- "Estudios sobre la Insurrección la Insurrección de los Negros Esclavos — Los Cimarrones de Panamá", *Lotería*, Segunda Epoca, I, Nº 5. 6 y 9.
- Freyre, Gilberto. *Casa-Grande y Sonzala*. Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1943 .
- Furnas, J. C. *Goodby to Uncle Tom*. (New York): William Sloane Associates, 1956.
- Haring, C. H. *The Spanish Empire in America*. New York: Oxford University Press, 1947.
- Helps, Arthur. *The Spanish Conquest in America*. New York: Harper and Brothers, Publishers, 1856.
- Konetzke, Richard. "El Mestizaje y su Importancia en el Desarrollo de la Población Hispanoamericana durante la Epoca Colonial", *Revista de Indias*, Año VII, No. 3 (Bogota, 1945).
- Masuoka Jitsuichi. "The Hibrid and the Social Process, *Philón — The Atlanta University Review of Race and Culture*, Nº 4 (Atlanta, 1945).
- Pierson, Donal. *Negroes in Brazil — A Study of Race Contact in Bahía*. Chicago: The University of Chicago Press, 1942.
- Posada, Eduardo. *La Esclavitud en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1939.
- Ramos, Arthur. *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946. Traducción al castellano por Ernestina de Champourcin.
- Rogers, J. A. *Sex and Race*. Nueva York: J. A. Rogers Publications, 2 tomos. 1940, 1942, 1944.
- Rosario, José Colombón y Justina Carrión. *Problemas Sociales: El Negro*. San Juan: Universidad de Puerto Rico.
- Saco, José Antonio. *Historia de la Esclavitud de la Raza Africana en el Nuevo Mundo y en Especial en los Países Américo-Hispanos*. La Habana: Cultural, S. A., 1938.
- Salcedo, Juan Roquejo "Historical and Geographical Report of the Province of Panama". Balboa, C. Z. Traducción al inglés por Alice E. Westman, 1957.
- Taussing, C. W. *Rom. Romance and Rebellion*. New York: Minton, Balch and Co., 1928.
- Tejada, Diego Vicente. "Blancos y Negros", *Revista Bimestre Cubana*. XLV. Nº 3 (La Habana, 1940).
- Williams, Eric. *The Negro in the Caribbean*. Washington: The Associated in Negro Folk Education, 1942.

XXXII

Llamada de los jaguares.—La corriente del Tiatí.—Sus chorros; sus caletas.—Un personal abatido.—Cascadas del río.—La ranchería del Hospital.

A poca distancia de la quebrada de la Despedida quedó establecido nuestro campamento, admirablemente situado sobre una orilla elevada en un recodo del río, fresco y límpido, a la sombra de los altos *espaves*, de estos pintorescos gigantes de las selvas del Darién. Gracias a las condiciones de aquel sitio y a la limpia corriente que se desliza, podemos arrojarlos al agua y ahogar las garrapatas que tanto tiempo hacía nos venían atormentando, sin que nos hubiéramos podido ver libres de ellas, a pesar de los grandes esfuerzos que habíamos tenido que hacer. Contra la opinión de las gentes del país, nada hay más saludable que los baños, que constituyen un excedente tónico y aminoran las fatigas.

Por la noche, nuestro cazador Nicolás que, dicho sea entre paréntesis, no ha matado pieza alguna después de aquel famoso conejo, gracias al que ligeramente le dimos una reputación, nos enseñó la manera de atraer los jaguares. Al efecto aplicó contra sus labios el reborde de una marmita de campaña e hizo sonar algunos *hihi* roncós y modulados, imitando el grito de la hembra del tigre. A lo lejos pudimos escuchar tres o cuatro rugidos contestando al llamamiento; pero ningún jaguar se acercó, contra lo afirmado por todos ellos.

El río, que mide por término medio veinte metros de anchura de orilla a orilla, llena con su corriente todo el cauce, más por algunos sitios deja a un lado y otro alguna grava, sobre la que podemos caminar cómodamente. En todos los sitios en que los espolones que forman las rocas le hacen formar una curva violenta, se encuentran *churcos* en los que con seguridad se albergan caimanes: pero al ensancharse el valle, el Tiatí se divide en una porción de caletas o falsas corrientes, y el suelo pantanoso está cubierto por una hierba bastante apretada, que se eleva algunos pies.

El día 14 de Enero, a las once de la mañana, encontramos la trocha que el año anterior comenzáramos, la cual tuvimos que abandonar a lo mejor por la proximidad de la estación de las lluvias, y que ahora está completamente destrozada, pues muchas piedras rodadas que han arrastrado las corrientes obstruyen el paso, y han crecido muchas ramas de las que echáramos abajo y a las que se han vuelto a adherir las lianas, cerrando

con sus laberínticas redes el camino que tantos sudores nos costara dejar practicable. La ranchería que en aquel lugar nos sirvió de albergue subsistia aún, y en ella colocamos los útiles e instrumentos, después de haber arrojado de ella a una familia de *mapanás* que en ella habían formado sus nidos y que constituyen uno de los más temidos peligros del Darién, por ser las serpientes más venenosas que allí se encuentran. A medida que se avanza se observa con gran facilidad cómo el terreno se eleva más y más hasta el punto que de donde nos encontramos la elevación del Tiatí es de setenta y dos metros.

Inmediatamente, el río deja su aspecto tranquilo, y las facilidades que antes ha venido presentando se truecan en obstáculos que hacen temer el mal éxito para todo lo que se intente: la corriente se hace torrencial, cortada en su extensión por rápidos frecuentes y violentos, encajada entre orillas de desnudas e irregulares rocas, cuyos salientes son amenazas constantes para nuestras piraguas y nuestros útiles.

Al mismo tiempo que el aumento de trabajo y de fatiga que nos impone la naturaleza del terreno y los rigores del clima, tenemos que lamentar otras penalidades, cuales son las que nos irroga el mal estado de nuestro personal, más de lamentar entonces, que todos hacian suma falta. José está enfermo: Félix tiembla a causa del intenso frío que la fiebre le hace experimentar: Nicolás se queja continuamente y no deja de ponderar lo mucho que sufre; y como si todo esto no fuera bastante, para que siempreuviéramos que ir añadiendo desgracia a desgracia, Pedro García ha roto un frasco de ácido fénico al cargar el botiquín, cayéndole el cáustico líquido en las piernas y por la espalda, con lo que se le han formado unas llagas que le hacen experimentar atroces sufrimientos; la menor rozadura, el menor golpe, le causa dolores vivísimos, y cada vez tememos más que sean funestas las consecuencias de este accidente. En cuanto a Manuel, que, como se recordará, salió mal de Yaviza, y que a pesar de nuestras observaciones para que desistiera de su propósito se obstinó en acompañarnos, cada vez se encuentra peor. Mercedito y Pedro Soler marcharon acompañando a M. Wyse, que aún no ha tenido tiempo de enviarnos nuevo personal que pueda suplir al enfermo y ayudarnos, en tanto se reponen, a la continuación de nuestras operaciones. Resumiendo, podemos decir que sólo nos restan seis hombres útiles, los cuales tienen, que dividirse la carga y el trabajo de catorce, con los que fácil es comprender que nuestras etapas no pueden en modo alguno ser muy largas, y que,

de continuar así, pasará el tiempo sin haber adelantado lo que era de esperar.

Todos los que nos hallábamos interesados en esta empresa lamentábamos esto, mucho más cuando sabíamos que el mundo científico tenía fijas allí sus miradas y aguardaba con verdadera impaciencia el resultado de nuestros cálculos, sobre los que se aventuraban juicios formados en vista de operaciones anteriores; así es que poníamos de nuestra parte cuanto era posible; más todo ello se estrellaba contra las casi insuperables dificultades que nos cerraban el paso.

Un poco más arriba del lugar en que nos hallamos acampados, el Tíati forma una rampa, escalera irregular, algunos de cuyos peldaños llegan a tener hasta tres metros de altura; las piedras, que llenan casi por completo su cauce, están apenas cubiertas, y de presumir es que no se hallen muy lejos las rocas primitivas de que han formado parte.

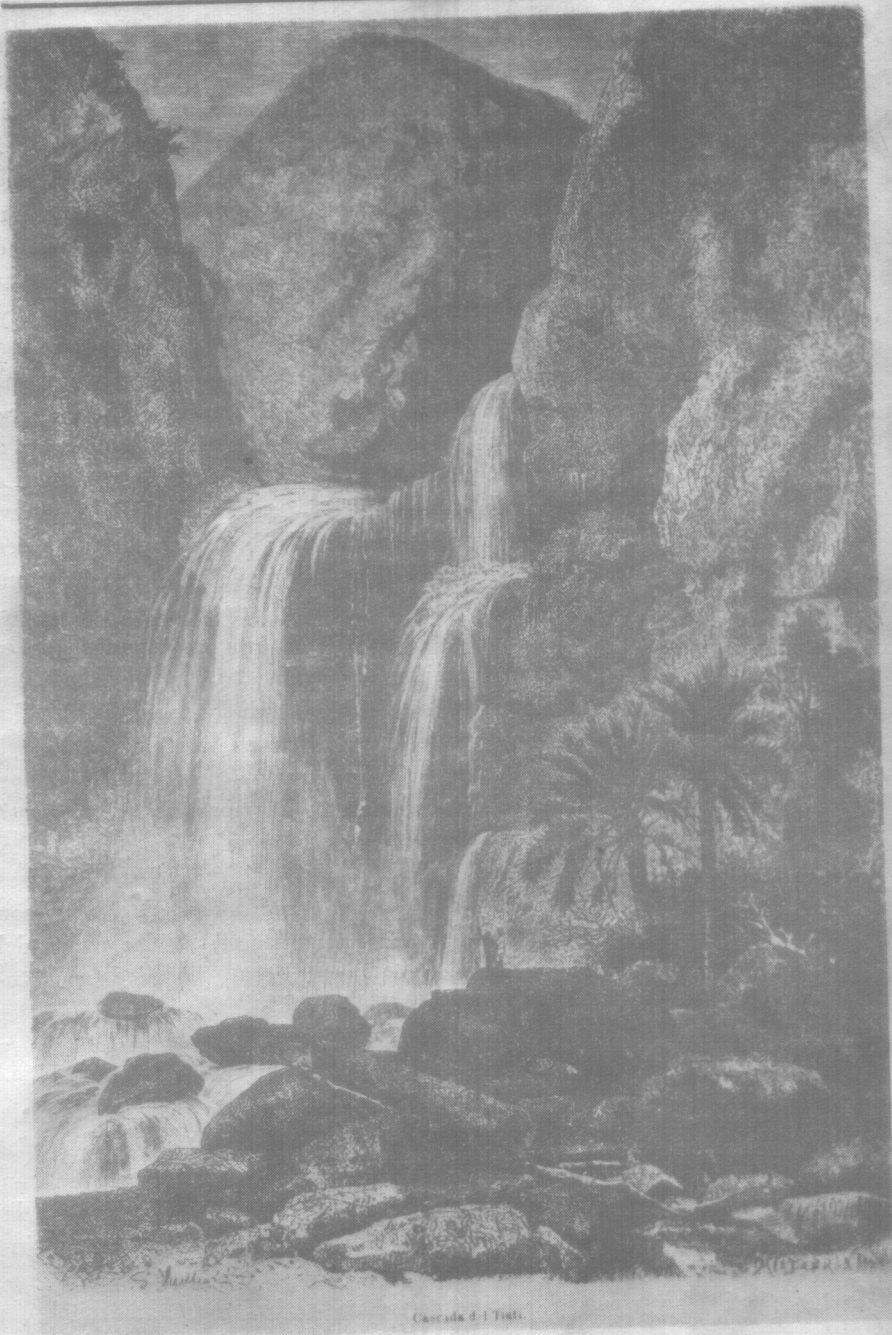
Nicolás, a quien al fin me veo obligado a despedir, se lleva consigo a uno de los mejores trabajadores que nos quedaban, a su *concertado* Solario; José y Félix aún permanecen en el campo, devorados por una terrible fiebre, y Pedro García, inválido aún, que no puede ocuparse de ningún trabajo, les sirve de enfermero.

El desfiladero se estrecha cada vez más, haciéndose sumamente difícil seguir la corriente del río por aquella hendidura entre orillas que materialmente parece han sido abiertas a pico, cubiertas de afelpado musgo y de plantas de larguísimo tallo, entre las que florecen los eléboros, los ranúnculos y los euforbios de brillantísimos colores. Cierta paso que un poco más arriba hallamos, nos dá extraordinariamente que hacer: un bloque de más de treinta metros de altura se ha detenido delante de la V muy aguda que forman los flancos del cañón, siendo necesario escalar el muro para llegar al otro lado. Fácil es comprender que es demasiado duro continuar de esta manera las operaciones taqueométricas. El cauce llega a ser tan estrecho, que a eso de las cinco de la tarde, cuando el sol del trópico radiante aun dora los árboles que en el valle crecen y las lianas en flor, en el fondo en que nos encontramos apenas si llega la luz, y tropiezo con grandes dificultades para seguir escribiendo mi diario. Sobre nosotros, allá en la inmensidad, vemos sólo una estrechísima faja del brillante azul del cielo; el viento del Norte, encallejonado en el paraje por que nos aventuramos, nos hiela hasta la médula de los huesos, cosa que a todos sorprenderá, dada la latitud en que nos hallamos. Cierta que no todas son rosas en aquel extremo del valle; pero podemos admirar las cascadas que

vierten de piedra en piedra las aguas del río en los hoyos abiertos por ellas en el seno de las arenosas rocas, que podrían compararse a enormes copas, talladas por el cincel de un titán.

Como parecía escrito que las contrariedades no habían de dejar de perseguirnos, a las muchas que ya teníamos que lamentar, y que hemos enumerado, hubo que añadir la de que Lisandro, uno de los trabajadores más fuertes, y que suplía, puede decirse, a dos de sus compañeros, cayó enfermo también yendo a reunirse con ellos, quedándonos sólo cuatro hombres útiles para todo, que al día siguiente, continuando la desgracia, se redujeron a tres, pues Domingo hubo de retirarse también al improvisado hospital por haberse herido un pie. Como compensación sin duda de tanta desventura, cuando consideraba yo la imposibilidad en que me veía de seguir adelante con tan pocas fuerzas, y más que nada me lastimaba pensar lo poco que había logrado adelantar en el tiempo que de la misión había estado encargado, al medio día del 19 llegó felizmente el señor Pouydesen, trayendo consigo una reducida escolta, que era en sí el refuerzo que se nos había prometido. Según nos refirió, durante la excursión que había hecho, tuvo un nuevo acceso de fiebre, y me causó gran disgusto ver cómo se burlaba del miserable estado en que nos encontrábamos, y cómo hacía recaer en el jefe interino los más punzantes dardos de su fina ironía. Los cuatro hombres que lo acompañaban eran: Pedro Soler, Juanito, un buen sujeto en toda la extensión de la palabra, Mercedes y Pancho. Este último, aún arrojando el temor de que se pueda ofender, justo es confesar que no servirá para nada.

El vivac que inmediatamente tuvimos que establecer, lo situamos sobre una gran roca de pendiente bastante inclinada, a la que, por el estado en que nos recibía, bautizamos con el nombre de *Roca del Hospital*, y puede afirmarse que jamás un nombre de lugar estuvo mejor escogido que aquél: Lisandro, José y el cocinero continúan aún con la fiebre, las quemaduras que el ácido fólico hiciera a Pedro García no mejoran, a pesar del gran cuidado con que se tratan y los eficaces remedios que se emplean, temiendo que degeneren en algo peor. Manuel tiene una úlcera enorme, que con nada podemos hacer cicatrizar; el estado de Félix me inquieta de tal manera, que mandé fuera conducido al puerto de Tiatí, desde donde nuestro guarda-almacén lo llevara a Yaviza. M. Sosa y yo estamos también fuertemente indispuestos, y el uno por el otro tememos vernos postrosados como nuestros infelices trabajadores; a mí me restableció un tanto una dosis considerable de ipecacuana que me administré por consejo propio; pero mi camarada continúa retenido en su hamaca por grandes do-



Cascada d i Tiati.

Cascada del Tiati.

lores, que ni un momento le dejan reposar, y con vómitos que con nada cesan. Parece que una epidemia reina en el lugar donde trabajamos; no hay ninguno que se halle bien por completo; todos experimentan algunas incomodidades, y los semblantes acusan un malestar que cuando no es físico es moral, por la influencia que en cada uno determina el estado de los demás. Nunca hasta entonces, a pesar de haber sufrido tanto, si no más, en otras ocasiones, nos vimos afligidos por las enfermedades, pues de las afecciones que habíamos experimentado, el mayor número eran causadas por los insectos que en el país abundan, y con respecto a los cuales ya sabíamos a qué atenernos.

Efecto de lo que venimos diciendo, M. de Lacharme trabaja casi solo la trocha en que se ocupa; está bastante próxima del Tiatí, que ruga en el profundo cauce que se ha labrado. La selva, que en la parte inferior es tan alegre, tan risueña, y en la que tanto se advierte la vida, es aquí triste, silenciosa y solitaria; parece un vasto desierto por el que nadie se atreve a pasar y en el que falta condiciones para la vida; no se ve rastro de persona alguna ni huella de animal; sólo de vez en cuando se oye el monótono canto de una cigarra y el ruido que producen al rozar algunos pequeños cangrejos. El sub-bosque es menos espeso y los árboles gigantes que en otros puntos de aquella misma región admiran tanto, se hacen allí tan raros, que se recorren millas y millas sin hallar ninguno; en cambio las palmeras y los helechos arborecentes se manifiestan en una abundancia tal, que hacen creer que el terreno es más que para nada a propósito para ellos. La temperatura por la mañana es bastante fresca, y por las noches sentimos frío; el aire del Norte que durante aquella estación imperó sobre el Atlántico, cuela por la garganta que desemboca en el lugar donde tenemos establecido nuestro campamento, y el susurro que forma al chocar con las hojas que debilmente agita, se mezcla al murmullo de las aguas del río que corren en el fondo, siendo lo único que destruye la pesada monotonía que allí nos cansa y nos aburre.

El estado en que veo a M. Poydessean me inquieta cada vez más, y con objeto de que su restablecimiento sea más rápido y pueda estar mejor atendido aprovecho un momento en que dispone de más fuerzas, a fin de hacerle partir en compañía de Lisandro, cuya fiebre ha tomado el carácter de una intermitente bien definida. Eugenio y Domingo, que van con objeto de acompañarlos, llevan al mismo tiempo el encargo de traerse a la vuelta una buena provisión de víveres, de los que ya nos vamos sintiendo faltos, y ver si pueden contratar algunos trabajadores sanos, robustos y activos, que puedan sustituir a los que se hallan en el hospital.

Algún tiempo después podemos manifestarnos un tanto más satisfechos: lo más duro va pasando. M. Sosa se encuentra bastante más aliviado; los otros enfermos, que en verdad son menos débiles, reponen sus fuerzas con mayor rapidez, y por último, el hospital puede cerrarse y continuar los trabajos de aquella exploración suspendida por tantas contrariedades. José continúa aún muy delgado, las quemaduras de Pedro García se han cerrado, más no puede decirse que están curadas, pues de vez en cuando se le presentan algunos abscesos que llegan a supuración. Manuel nos prueba a cada paso que es, como siempre, un hombre extraordinario; a pesar de la llaga que tiene, y con respecto a la cual no se ha podido conseguir mejoría ninguna, es el primero que se halla dispuesto para el trabajo, el que toma las más pesada porción de la carga que hay que distribuir, y siempre en que va delante en los más difíciles pasos: alegre y contento, nos anima a todos con sus bromas y sus chistes, y cuando le preguntamos por el estado de salud, dice que se encuentra bien.

XXXIV

**Continuación de la trocha por fuera del cauce del Taití.—
Los chitras.—Malos pasos.—Pulgas gigantes.—Montadores
y cazadores.—Caritas e iguanas.—Los cucuyos,
pedrería viviente.**

Los trabajos que en los tres días precedentes ha practicado M. de Lacharme en la trocha que le ocupaba, han sido bastantes para hacerla salir de las alturas que limitan el cauce del Tiatí: desde el extremo hasta donde se ha llegado y en la misma dirección que tiene que seguirse, dada la orientación trazada, se aperece un valle de no muy extensas proporciones, circunscrito por una porción de colinas: más en lontananza una depresión, y por último, como cerrando el cuadro, la oscura línea que determinan las altas altas cordilleras. Antes de penetrar en el cauce del río Tupisa, será, pues, necesario atravesar en su porción superior un valle de otro sistema, tal vez el de un confluente del río Chico. A partir del punto en que me encargo de las operaciones de la trocha, ésta sigue por algunos momentos la corriente del Tiatí para pasar sobre su orilla izquierda, siguiendo así hasta las fuentes del río y después continuar por la línea que determina la cumbre. Durante todo esto podemos observar que el de-

clive es más acentuado, y que las aguas del río se precipitan, por tanto, con mayor violencia.

Los cuatro hombres que por nosotros fueron enviados al puerto de Tiati llegaron al fin, trayéndonos una buena provisión de víveres frescos, y una cosa más estimable aún: el correo de Francia. Cuando se está ausente de la familia y de la patria, por absorto y entretenido que le tenga a uno el estudio o el trabajo, por grande que sea la afición que se tenga a aquello en que se está ocupado, la distancia parece mayor y los días más largos, sin que pase momento sin darse en el alma temores y sobresaltos por los seres que se hallan lejos; así es que la noticia sólo de la llegada del correo, la vista sólo de las cartas, causa una particular y extraña ansiedad, explicada suficientemente por los deseos y por los temores que por igual se dividen el campo de nuestro pensar y de nuestro sentir. Leídas las cartas, que felizmente para todos daban buenas noticias, satisfecha nuestra curiosidad, atendimos a celebrar el suceso con un extraordinario en la comida, que podíamos permitirnos gracias a la llegada de los víveres frescos. Nuestros deseos fueron defraudados, pues además de la poca variedad que en los platos podemos permitirnos, la ausencia de mi Eugenio en la cocina se echa de menos cada vez más. Por la noche dejamos de servirnos de las hamacas, pues hartas pruebas teníamos ya de que tales lechos sirven sólo para las estaciones estivales o para las regiones donde el calor sea abrasador, pues por lo demás, suspendidas y columpiándose en el espacio, a más de la incomodidad que resulta de tener que permanecer siempre en una postura, es muy poco el abrigo que puede echarse, y en las noches anteriores habíamos experimentado bastante frío; así es que nos echamos en el suelo bajo los *toldos*, en los que puede uno cómodamente volverse del lado que quiera escribir con facilidad, y más que nada verse libre de los terribles *chitras*, mosquitos de un tamaño imperceptible, que sin hacer el menor ruido, sin dar la menor señal, con su incómoda trompa se arrojan sobre el individuo, se ceban en él, y no le permiten el menor reposo. Es tal la irritación que causa este imperceptible insecto, que muchas mañanas nuestros rostros estaban deformes y rubicundos, durándonos la mayor parte del día la terrible incomodidad que sus picaduras nos causaban, siendo grande nuestro desconsuelo al considerar cuán poco rato de descanso nos quedaba, dado al recogernos para reponer nuestras fuerzas en el sueño, habían de comenzar nuevamente. Hasta entonces, en los lugares en que habíamos acampado, nunca tuvimos la molesta compañía de tales animales; pero en el punto a que habíamos llegado, allí donde tantas fueron las penalidades que sufrimos a causa de la falta de salud, se unió esto

también, por lo que, como hemos dicho, nos refugiamos bajo los toldos, impelidos a la vez por el frío que en noches anteriores habíamos experimentado.

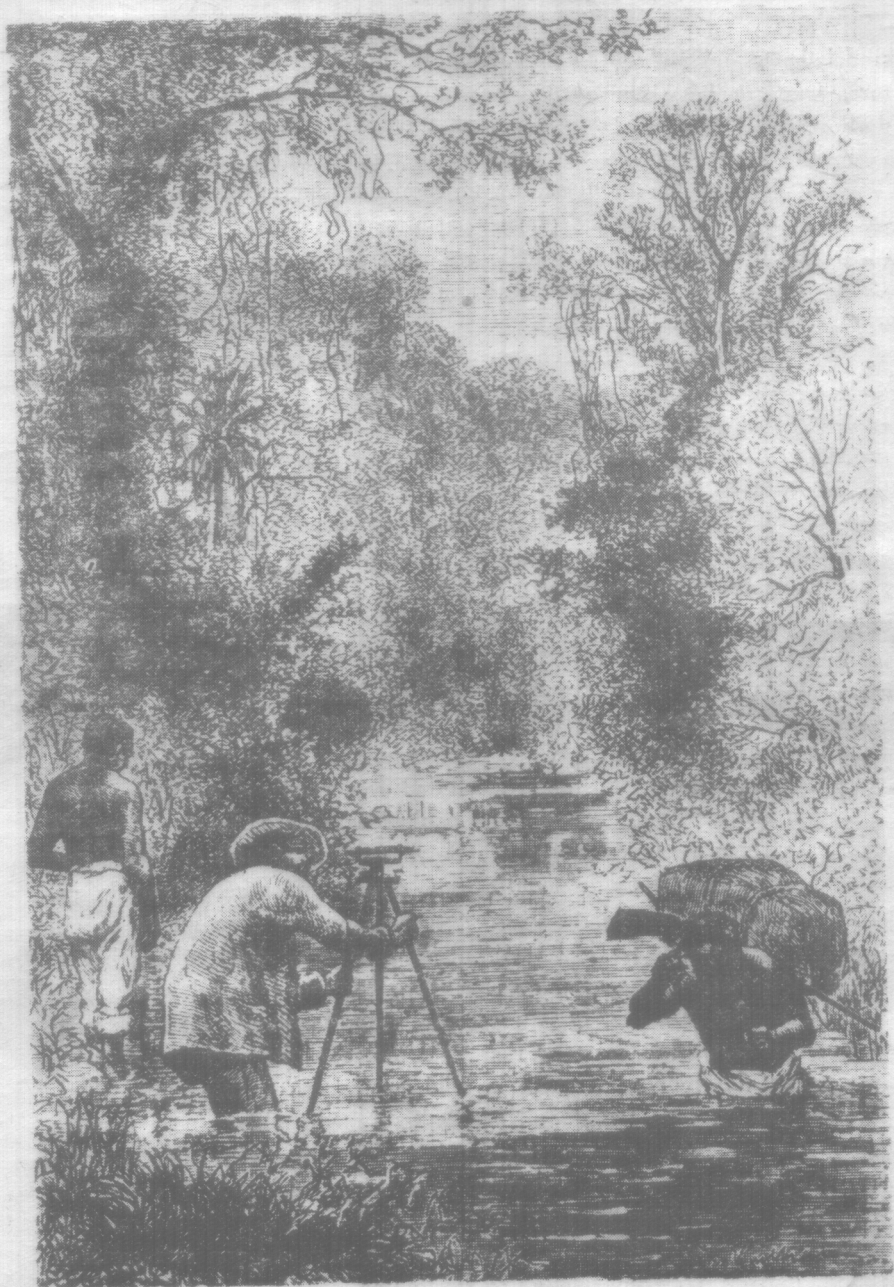
Al limpiar el suelo para arreglar las camas, nuestros hombres mataron una serpiente cuya cabeza era extremadamente pequeña; el cuello y la cola son tan delgados como hebra de hilo, y el cuerpo, menos grueso que un junco, lo tenía moteado con manchas blancas y pardas: cuando fue sorprendida dormía tan profundamente, que nada pudo despertarla, ni aún el último golpe que le dieron para causarle la muerte. M. Sosa sigue mejorando notablemente, pero Mercedito y Pancho, abatidos por las fatigas que nuestros trabajos causan, y a las que sin duda no están acostumbrados, hablan ya de marcharse.

M. Lacharme y sus cuatro montañeses, aquellos hombres duros como el hierro y resistentes como el acero, que nada les cansa ni nada puede fatigarlos, que con poco descanso están satisfechos y con poca alimentación contentos, suben a costa de grandes esfuerzos a un picacho bien separado, y en él practicaron una abertura por la que cómodamente podremos inspeccionar toda aquella región. Desde lo alto de aquel observatorio la vista no es nada agradable ni presenta nada que pueda animarnos: un desfiladero bastante largo y mucho más elevado que el punto en que nos encontramos, nos separa del Tupisa, y tanto al E. como al S. se divisan montañas abruptas y pedregosas, donde toda operación habrá de ser sumamente difícil y costosa. La foresta lo cubre todo con su uniforme manto, sin que ni la más ligera porción de terreno alcance a destruir la monotonía de aquel paisaje, que llega a cansar. La majestad de la escena crece aun más con la imponente soledad que nos rodea: el silencio es absoluto, no se percibe el menor ruido, y todo contribuye a que en el mismo se den tristes ideas y penosos recuerdos: aquel vasto desierto de verdura parece el asilo del misterio y casi del terror.

En lo alto de la colina se construye en seguida un pequeño rancho, a fin de podernos abrigar un tanto de la intemperie y poder depositar parte de los víveres y del material que conducimos, pues sólo queremos llevar con nosotros las provisiones estrictamente necesarias para tres semanas, y esto disminuyendo siempre alguna cosa porque contamos con la caza que pueden hacer Pedro, José y Soler, que tan hábilmente manejan el fusil. El camino sigue en tanto por encima de una cresta que en determinados sitios apenas si tiene cuatro metros de ancho. A derecha y a izquierda se ven vaciaderos que descienden hasta treinta o cuarenta metros: después se prolonga la trocha por un picacho de suelo sumamente lleno de

sinuosidades: los fuertes vientos que con frecuencia reinan en aquellas alturas han tronchado los árboles, haciéndoles rodar hasta la base, formándose allí un verdadero laberinto de troncos, raíces, ramas a medio podrir y constituyendo lo que los naturales llaman *un mal paso*; pero que aquél es de lo más temidos y vale por muchos de los que más adelante encontramos. Para atravesarlo se hace necesario irnos suspendiendo de rama en rama con sumo cuidado, a fin de no dar un mal paso que pondría ciertamente en gran peligro a nuestra vida: por fortuna, aquella terrible estacada no se extiende más que en una anchura de ciento cuarenta metros, pues de otro modo hubiera sido necesario de todo punto cambiar la dirección de la trocha. Aquel camino casi aéreo lo siguen sólo los operadores, esto es, los que van practicando las operaciones necesarias para dejar expedito el paso, pues los conductores, que no podrían pasar por allí cargados, se abren por encima una senda que les permite pasar con mucha más facilidad. Por lo que puede verse no es augurar mal, sino atenerse a la mera realidad, decir que las condiciones del terreno serán desfavorables durante muchos días. Hasta tanto que lleguemos al Tupisa nos veremos obligados a andar y efectuar nuestras operaciones en las vertientes de montañas demasiado pendientes, en las que no dejan de abundar precipicios cortados a pico, escalonadas por cauces y corrientes de aguas naturales, muy próximas las unas de las otras. A cada momento la trocha se eleva para inclinarse en seguida siguiendo las elevaciones y depresiones de aquel tan agreste terreno.

La preparación de las comidas es siempre, por más que pueda parecer extraño, un momento difícil: sin duda por ahorrarse el trabajo de cocerla y prepararla, nuestros hombres afirman que les hace mal al vientre, inventando otra porción de cuentos y cosas inverosímiles, de las que ningún caso hago oponiendo de esta manera una resistencia pasiva, con la que siempre triunfo; pues dispuesta la comida, todos se acercan y comen, sin recordar para nada los obstáculos e inconvenientes que ante oponían. Por la noche acampamos en una pequeña plataforma, al pie de la cual pasa un río de abundantes aguas, cuyo murmurio nos halaga hasta quedarnos dormidos. En aquel lugar tuve ocasión de hacer conocimiento con una especie de insectos que en un principio me causaron gran alarma, sobre todo creyendo serían dañinos para el hombre; pero bien pronto me pude tranquilizar, pues los que de antiguo los conocían me afirmaron que no picaban a los hombres. Se trataba de unas *pulgas* gigantes, cuyo tamaño era igual al de las correderas; también ví allí las horinigas *monteadores*, de las que una banda vino a caer sobre nuestro vivac: más bastó que se las rociara



Operaciones en el Tiatí.

agua para que abandonaran el camino de nuestro campamento. Cuando estos merodeadores viajan en crecido número, todos los demás animalillos se apresuran a escapar, por todas partes, entre las hojas muertas que por completo tapizan el suelo, se oye el ruido que producen al huir de aquel sin fin de erizadas mandíbulas. En un momento pudimos conseguir limpiar el terreno de todas las plagas posibles: garrapatas, niguas, mosquitos, podría decirse que todo aquello era un tapiz oscuro y viviente que se movía y se agitaba sin desprenderse ni una línea del suelo, al que sigue hasta en sus menores ondulaciones.

Los *cazadores* son también por extremo desagradables, y sus negras legiones cubren a veces hasta cien pies de terreno; para ellos no hay ni obstáculos ni enemigos; por donde han pasado se conoce desde luego, pues no queda después absolutamente nada; de todo animal que sea menor que una rata bastan sólo cinco minutos para que bajo la terrible acción de estos animales quede sólo un esqueleto perfectamente limpio: una cría de polluelos no tiene tiempo para huir, y los perros y los puercos, cuando se ven acometidos, no tienen otro medio de salvación que huir desesperadamente hasta que logran sacudirlos por completo. Cuando se aproximan a una casa, no queda más remedio que cederles la plaza inmediatamente, pues nada basta a evitar que penetren: por las rendijas de las puertas y de las ventanas, por las grietas de los muros, por los intersticios de los techos invaden a millares las casas, penetrando por todas partes. Los naturales están tan convencidos de la inutilidad de cerrarles el paso, que ya ni lo intentan siquiera, cuidando sólo de ocultar o sacar de la casa invadida todos los víveres y comestibles, pues de lo contrario antes de dos horas no quedaría ni una chispa de nada. Como justa compensación, sucede que un rato después de haber entrado los *cazadores* en una casa queda en absoluto limpia de todos los insectos y alimañas que en ella pudiera haber.

De todas partes llegan hasta nosotros los continuos y prolongados gritos de los monos chillones, que parecen no tener facultades más que para ello, y de vez en cuando oímos la más dulce llamada de los *caritas blancas*. A estos pequeños monos les gusta la miel con exceso, y más aun las larvas de las abejas; pero todavía no han hallado medio alguno para ponerse al abrigo de las picaduras con que las muy laboriosas defienden sus panales. No obstante esto, se contentan con erizar sus pelos y comer de esta manera, aguantando las continuas picaduras, a costa de las que satisfacen su más vehemente deseo: algunas veces, obrando con una agilidad pasmosa, destrozan de un solo golpe hasta una docena. Cuando vuelven de alguna expedición de esta naturaleza van con la cara hinchada, como si

fuera ostras; pero no por esto escarmientan, y tan pronto como la impresión ha pasado y encuentran alguna oportunidad, vuelven a las andadas, como de ordinario. Esta especie de monos, a la que por su aspecto dan el nombre de *caritas blancas*, como se habrá comprendido, son también muy afectos a las iguanas, o, por menor decir, a sus colas. Procurando no hacer el menor ruido y ocultándose con las ramas más gruesas el carita se aproxima poco a poco al lugar en que el saurio se encuentra: apenas este se convence de la proximidad de su terrible enemigo, trepa a lo alto de un árbol, en cuyo punto, perseguido muy de cerca, no le queda más remedio que dejarse caer al agua o saltarse sobre las lianas; pero antes de poder dar tan peligroso salto, el mono lo ha alcanzado, y fijándose sólidamente a una rama con su cola prensil, agarra con sus cuatro manos el objeto de su exagerada gula. La iguana y su agresor, llevándose el uno al otro, no tarda en descender al suelo; el saurio se defiende, empleando cuantos medios puede para verse libre de las garras aceradas que le oprimen, y en aquella lucha tenaz y sostenida es lo más frecuente que su cola se rompa, con lo que el mono se da por satisfecho y alegre y gozoso trepa inmediatamente al árbol, donde se regala con aquel trozo tan de su gusto, que aún se agita entre sus manos. Para saquiar las plantaciones de maíz y de cañas de azúcar, estos animales, en los que el instinto de rapiña y saqueo es el más desarrollado, se reúnen en bandas, que frecuentemente llegan a ser de considerable número de individuos. No contento con hartarse sobre el terreno y llenar las bolsas que penden bajo sus mandíbulas, aun hacen provisión y cargan a sus espaldas seis o ocho mazorcas, marchando de pie con suma facilidad y gran rapidez. En cuanto que ellos se ocupan del saqueo que tan de temer es por el destrozo inmenso que causan, con el objeto de no ser sorprendidos, pues entonces como centinelas que faltan a su consigna, son destrozados por todos sus compañeros!

Por malignos y listos que sean los caritas, no saben librarse de una trampa de las más sencillas que pueden emplearse: estos descarados ladrones no dejan jamás de visitar los ranchos y coger todo lo que encuentran a mano, destrozando cuanto puede oponerse al logro de sus deseos. En un principio sólo se atreven a tocar todo lo que se halla colocado sobre los *totumas*; pero siguiendo en sus correrías, se atreven más tarde a meter las manos en las calabazas. Cuando se advierte que los monos se han familiarizado con esta costumbre y que menudean las visitas con objeto de hacer presas frecuentes, se hace en uno de estos utensilios, un agujero por el que quepa la mano vacía del carita, procurando que su diámetro no sea bastante para más, y en el fondo de la calabaza se coloca una mazorca

de maíz u otro cualquier fruto de bastante consistencia para que no pueda ser comprimido por la mano del mono, que no deja de acudir, y columpiándose en la rama, introduce la pata por la abertura, y coje el objeto puesto de cebo; pero el puño cerrado no puede pasar por el agujero, y al ladrón no se le ocurre la idea de soltar la presa, con lo que inmediatamente quedaría libre. Como la calabaza está sujeta al muro, queda preso de aquella manera hasta tanto que el dueño tiene necesidad de asarlo.

Millares de cucuyos, atraídos por la hoguera que en nuestro campamento brilla, revolotean al rededor de nosotros, entreteniéndonos grandemente el seguir la luminosa curva que trazan en el aire, y de los que muchos, sin el menor recelo, vienen a posarse bastante cerca de los lugares que ocupamos. Cogiendo algunos de ellos, me entretuve en leer a la luz espléndida que despiden, pues basta colocar al insecto a algunas pulgadas sobre las líneas de que se trata para poder leerlas, aunque sean muy apretadas y confusas. Los cucuyos pertenecen a la familia de los elétárides; más graciosos y esbeltos que los taupines, que son los coleópteros más gigantes que poseemos en Europa, algunos llegan a tener hasta cinco centímetros de largo. Sobre la parte superior del tórax tienen dos manchas redondas de color amarillento, que más notables se hacen comparadas con el color del cuerpo castaña oscuro. Durante la noche estas dos manchas toman, a voluntad del insecto, un brillo fosforescente, blanco verdoso, muy dulce. Al mismo tiempo toda la parte inferior del abdomen se ilumina con destellos rojos, tan vivos, que puede percibirse al insecto a algunos metros de distancia. Viéndolos discurrir por medio del campo podría pensarse en una legión de personas que, ayudadas de linternas con vidrios de distintos colores, buscaban perdidos objetos entre las ramas, o fantasmas que discurren acá y allá, girando en rededor de un punto largo espacio de tiempo. Cuando se les vuelve, colocándolos sobre su espalda, levantan su corselete, se estiran bruscamente, y haciendo escuchar un ligero crujido saltan a más de un metro de altura, abren sus cliptas, despliegan sus alas y en muy poco tiempo se colocan a bastante distancia. Algunas noches me entretuve en meter a varios de ellos bajo mi toldo, y los infortunados vuelan a derecha e izquierda por todas partes buscando una salida: mi habitación de gasa está completamente iluminada: desanimados al ver lo poco que consiguen a pesar de sus desesperados esfuerzos, dejan que poco a poco se vaya extinguendo su fanal, hasta que después lo apagan por completo y se arrastran acá y allá en las tinieblas: de repente, y casi al mismo tiempo, las antorchas vuelven a encenderse y comienzan de nuevo las carreras aéreas, pudiendo creerse que eran las brillantes trayectorias de una

estrella móvil. Pasado un rato, las ganas de dormir me dominan y levantando la punta del toldo, los dejo en libertad.

Las jóvenes de la América Central se hacen collares de esta viviente pedrería, y hasta en las habitaciones perfectamente iluminadas, el brillo de sus luces no palidece. Para conservarlos durante muchos tiempos los encierran en canutos de caña de azúcar partidos por medio, donde los cocuyos se alimentan con los muros de su prisión, prolongando así su vida y sus brillantes resplandores.

XXXV

**Nuevo refuerzo.—Un ahorcado.—Jaguar moteado y león negro.—Caza del jaguar.—A caballo sobre un tigre.
Combate del jaguar con el pecarí y el tapir.**

Como por las circunstancias que dejamos enumeradas habíamos perdido tanto tiempo y la estación avanzaba, luego que nos encontramos en estado de ganar lo perdido, apresuramos nuestros trabajos en la trocha, a fin de poder ultimar las operaciones que nos habíamos propuesto de antemano. La región en que nos hallamos es mucho peor que en la que operamos el año anterior; así es que cada paso nos cuesta doble, por los muchos inconvenientes que hay que orillar antes de poder determinar cualquier cosa. Todos son allí corrientes de torrenciales arroyos, que forman considerables aglomeraciones de piedra, sumamente difíciles de pasar, precipicios en que podemos sepultarnos al menor descuido, y gargantas profundas, para atravesar las cuales nos es necesario doble tiempo y sobre todo *malos pasos sobre malos pasos*, en los que el acarreo de los útiles y materiales que nos son estrictamente necesarios nos lleva la mayor y mejor parte del día. Fácil es comprender cuan poco pueden los buenos deseos y cuan poco logran nuestros afanes en un terreno como aquel, por lo cual no hay más remedio que resignarse a proceder con calma.

A medida que son mayores los inconvenientes de la clase de los que venimos enumerando, se advierte que la vida animal es más abundante, y que entre aquellas *sinuosidades* y *riscos* viven mejor todas las especies zoológicas: cosas que fácilmente puede explicarse atendiendo al considerable número de guaridas que por todas partes existen, y hasta las que ha sido de todo punto imposible que llegue la planta humana. Una de las cosas que más llaman la atención es observar cuan poco conocidas son aquellas regiones, en las cuales tan reducido es el número de los que en

ellas se aventuran: la Naturaleza se manifiesta allí en toda su opulencia y con todo su salvajismo. Por todas partes los especiales gritos de los monos chillones, los pavos de todas especies pululan por doquier en grandes manadas, lo que nos sirve grandemente para nuestro regalo, pues sabido es que la carne de estos animales es muy delicada y sabrosa; tanto José como Pedro Soler, hábiles tiradores, hacen buena provisión de ellos para nuestra mesa. De vez en cuando nos obsequian también con algún corcovado, que es una especie de ave de plumaje bastante parecido al de la perdiz, pero algo más oscuro. Por la mañana y por la noche, a cosa de las seis, razón porque le han dado el nombre de *reloj del pobre*, lanzan con sin igual precisión cinco o seis notas claras, que pueden escucharse a muy larga distancia, y perfectamente rimadas. Estos gritos son interpretados de muy distinta manera, entrando en todas ellas por mucho las supersticiones, y constituyendo mil fábulas y cuentos, en muchos de los cuales se mezcla la intervención divina. Es sumamente curioso advertir la fe que todos los naturales prestan a estas singulares creencias, que parecen transmitidas de generación en generación hasta nuestros días desde aquellos que primeramente poblaron la dilatada extensión que nos ocupa, y para los que no cabe duda que serían en su fondo tradiciones míticas o religiosas. Los corcovados son las aves que más abundan en el Darién, siendo muy numerosas y frecuentes las crías que hacen, gracias a lo cual pueden subsistir, pues siendo su carne un manjar muy delicado y apetitoso, son muy buscados y perseguidos por todos. No se crea que son los hombres solos los que tales persecuciones emprenden; en general todos los carnívoros hacen lo mismo contra aquellos animales sin defensa; las condiciones que le son propias favorecen mucho su desgracia, pues su vuelo es sumamente débil: hasta tal punto, que no puede elevarse más que uno o dos pies; construye su nido en el suelo, vive en sociedad, y se manifiesta complacido al escuchar su propio canto. Un día Pedro Soler me trajo un pollo de *corcovado* vivo, y pude ver lo más bello y gracioso que pueda imaginarse, un corcovadito apenas salido del huevo, que piaba, saltaba y corría bastante bien, al que retuvimos con nosotros hasta tanto que, crecidas las alas, nos abandonó voluntariamente.

Las rudas tareas a que veníamos atendiendo desde hacía muchos días, y el natural recargo de trabajo que por nuestros deseos nos habíamos impuesto, a fin de reponer el tiempo que en el hospital estuvimos retenidos, no dejó de producir sus efectos, y bien de lamentar fueron, por desgracia. De todos los que formábamos la expedición, el mejor dispuesto para todo, y el más fuerte hasta entonces, había sido M. Lacharme, que en distintas

ocasiones había atendido a doble trabajo del que le correspondía para suplir a cualquiera de los compañeros enfermos. Aquel hombre parecía de acero; nada le cansaba ni le extrañaba, viendo con la misma indiferencia el buen terreno como el malo; su misión era trabajar, y poco le importaban los obstáculos; más tan continua y penosa serie de fatigas, llevada a tal estado, llamó primero nuestra atención, pues jamás se quejaba, y por último nos puso en cuidado. Era tan fuerte su naturaleza y tan grande su amor al trabajo, que por nada ni para nada quería hablar de descanso ni reposo; de tal manera, que fueron vanos todos los esfuerzos que hice para convencerle de que durante algunos días no debía ocuparse de nada; fue tanta su insistencia, que todo lo que pude hacer, por hacer algo, fue darle una reducida escolta, con la que intrépidamente marchó al trabajo, como ordinariamente hacía. Aquel mismo día avanzamos hasta atravesar la línea que separa las aguas del río Chico de las del Tupisa, y por la noche vimos volver a nuestro amigo con una fuerte fiebre, cosa que desde por la mañana habíamos previsto, y que ni un instante dejamos de temer. Según nos manifestaron los que le acompañaban, durante todo el camino había venido divagando, y nosotros pudimos comprobar algunos accesos de delirio. Inmediatamente le atendimos de la mejor manera, curándolo según sus indicaciones, pues en treinta años que hace lleva la vida de los bosques, ha aprendido los remedios que son útiles y convenientes para todos los casos que puedan ocurrir. Se le construyó una cama con bambúes, y sobre ella pasó la noche, acomodado sobre un saco de efectos. La ranchería que por el momento ocupamos es sumamente pintoresca y bella: la vista alcanza un encantador paisaje por todos lados, pero tiene el gran inconveniente, mayor aún por el estado en que nos encontramos, de ser muy húmeda, y aún peor que esto es y más nos hace sufrir la interminable serie de insectos que allí abundan y que despiadadamente se ceban en nosotros, sin permitirnos el más ligero reposo. En aquel terreno se han reunido todas las plagas, incluidas las terribles garrapatas, que de continuo nos tienen en sobresalto.

A la mañana siguiente nuestro amigo y compañero se encuentra más aliviado, y obrando del mismo modo que siempre acostumbra, ya quiere levantarse y marchar al trabajo, como de ordinario; pero me opuse tenazmente, comprendiendo que era una verdadera imprudencia dejarlo marchar del campamento. M. Sosa se encargó de conducir a los trabajadores que se ocupan de abrir la trocha; yo cogí el traqueómetro y emprendimos la marcha; pero el bravo M. Lacharme nos alcanzó bien pronto: decididamente se encuentra más fuerte, a pesar de nuestras aprensiones, y no quiere dejar de seguir ocupándose de la tarea en que desde el principio le he-

mos visto tan fuerte y tan activo. A excepción de Manuel, de Pedro García, cubierto de grandes cicatrices como consecuencia de sus quemaduras, y del viejo Manuel, que ha dado una terrible caída, el resto de nuestros trabajadores parece satisfecho y contento.

Las fuerzas de que disponíamos, a pesar de todo, eran bastante reducidas, máxime cuando no todos aquellos hombres estaban completamente buenos, y a causa de lo mucho que había que hacer no se les podía permitir ni el menor descanso. Por fortuna, un día que en la cordillera llovía abundantemente y que la oscuridad era bastante densa en el valle, vino a reunirse a nosotros un esfuerzo que no dejó de animarnos, pues comprendimos desde luego la gran utilidad que nos reportaba. Lisandro, Eugenio y Domingo llegaron, trayendo en su compañía a los nuevos contratados José María, Pedro Espinosa, Pedro Pérez; el primero de éstos es un hombre inteligente, sano, robusto, y de carácter dulce, que nos acompañó hasta el fin de la expedición; los otros dos son hombres vigorosos y muy bien plantados.

Más que por nada, su llegada nos alegró infinito, porque traían el correo, por el que recibimos varias cartas, entre ellas una muy importante de M. Wyse, en la que me anunciaba con gran satisfacción que el almirante Maudet ha dado orden para que el crucero *Le Dupetit-Thouars* salga a determinar la posición exacta del Acantí, y que al propio tiempo levante el plano hidrográfico de la bahía: este buque, que se cree llegará a Colón de un día a otro, estará en Acantí el 10 de Febrero y en él se embarcarán M. Wyse y M. Werbrugge. El jefe, ausente, me recomienda en su carta que haga todo cuanto me sea posible para llegar a Acantí en el día fijado, cosa que, atendidas las circunstancias, comprendo desde luego que no voy a poder realizar, o que para hacerlo será necesario prescindir de la continuación de la trocha y de las operaciones traqueométricas, empalmando con Acantí, sin haber hecho más que reconocer el lugar en donde el canal había de empezar su curso subterráneo. Me quedan sólo diez días, que son muy pocos, para acabar el estudio topográfico de la línea: podremos aún prolongarla una semana más, y después, acompañado de hombres escogidos, abrir una *pica* hasta el mar.

Uno de los encargos principales que llevaron Eugenio y sus compañeros al separarse de nosotros fue el de traernos víveres, que ya comenzaban a escasear al tiempo de su partida; pero no se qué motivos, o por indolencia, dado que todo puede pensarse de aquellas gentes, no han traído más que provisiones ligeras, como son conservas, vinos y todas cosas casi inútiles, pues no estamos en aquellos momentos para el regalo ni para las



Caza del jaguar.

gollerías; por desgracia se han olvidado de traer arroz, que es lo que allí constituye la base de la alimentación, y lo que más falta nos hace, por consiguiente. Este olvido en el cumplimiento de mis órdenes nos fue muy perjudicial, pues nos hizo perder los días, contando con los que tal vez hubiéramos podido llegar al Acantí antes de la partida de *Le Dupetit-Thonars*.

Mi disgusto fue grande, pues todo parecía conjurarse en contra mía, las mayores dificultades en el terreno que explorábamos, las enfermedades y hasta las desobediencias u olvidos de los hombres que nos acompañaban, que en otra ocasión tal vez no hubieran representado nada, y que en la presente importaba mucho, por tener contados los momentos. Un minuto que perdiéramos nos irrogaba grandes perjuicios, mucho más cuando todos nuestros deseos estaban encaminados a ganarlos para poder suplirlos luego en algún mal paso o dificultad con que se tropezara. Como después de todo en el tiempo que allí llevábamos nos íbamos acostumbrando a las contrariedades, sufrimos resignados esta nueva que nos deparaba la suerte y esperamos a que las cosas se repusieran a su estado para poder continuar.

El día 2 tuvimos que pasarlo en practicar los trabajos de la trocha en una región sumamente difícil; tuvimos también que atravesar una gran quebrada, obstruida por enormes bloques de pórfido rojo, donde en modo alguno pudimos establecer el campamento sino hasta una hora muy avanzada: al llegar al vivac tuve un momento de terrible sobresalto; a la débil y verdosa luz del crepúsculo vespertino, filtrando por entre las tupidas hojas de los árboles, distinguí a un ahorcado, que se balanceaba pendiente de la cuerda amarrada a la rama de un árbol; tuve un momento de ansiedad extrema y cruel angustia, en el que quede suspenso, sin poder dar un paso ni atrás ni adelante, y en el que mil ideas, a cual más tétrica, acudían a mi mente, entre las que no dejó de darse la de que bien grande y terrible sería mi desgracia si también en el tiempo en que había estado encargado del mando de la expedición ocurriera lo que hasta entonces nunca se diera, un crimen o un suicidio. Repuesto un tanto, me apresuré a acercarme y fue grande mi desencanto al convencerme de que el ahorcado era un mono de grandes dimensiones, que nuestros hombres habían logrado atrapar, y que en aquellos momentos se preparaban a ahumar, para lo cual lo tenían suspendido sobre una *barbacoa*, o sea una especie de pira formada con cañas de bambú, sobre las que encienden el fuego. A la mañana siguiente M. Sosa se entretuvo en sacar una fotografía de aquella extraña figura, que tanto me había sorprendido.

Todos los cuidados y todas las atenciones que nos tomamos con los

hombres que nos acompañan, son inútiles; apenas si hacen caso de nuestras palabras ni fijan su atención en las amonestaciones que por su bien les hacemos. Dado el duro y penoso trabajo en que durante el día se encuentran ocupados, su alimentación debía ser fuerte y nutritiva, y nada podríamos decir si faltaran elementos para proporcionárselos; pero llegan tan cansados, que apenas toman nada, por no molestarse en aviarlo, y se echan a dormir. Manuel y Pedro García tienen agotadas sus fuerzas, y este último me preocupa sobremanera, porque, sin que se crea una exageración, sus llagas están espantosas.

Otro de los incidentes que durante la expedición pudieron ser de fatales resultados fue el ocurrido a Pedro Soler. Se recordará la estrategia de que Nicolás se servía para llamar a los conejos, y de quien éste la había aprendido, que consistía únicamente en producir un chillido semejante al que en demanda de auxilio lanzan estos animales. Estando un día ocupado en hacerlo, a fin de proporcionarnos alguna caza, vió venir de repente un jaguar, sin que advirtiera su presencia hasta tenerlo muy cerca, y sin haber escuchado antes ruido alguno que pudiera alarmarlo. Conservando siempre su serenidad de ánimo, echó mano de su fusil y apuntó a la fiera: más fue grande su fortuna de que faltara el tiro, con lo que el animal volvió grupas, alejándose sin hacerle caso. La emoción que esta aventura causó a Pedro fue tan grande, que inmediatamente se unió al grueso de nuestras fuerzas, y arrojando su arma, se ocupó en ayudarles a trasportar los bagajes: por la tarde y por la noche comió muy poco, casi nada, permaneciendo separado, sombrío y silencioso, sin hablar más de sus hazañas ni de sus grandes hechos. Por algún tiempo temí verle caer enfermo.

En cuanto a grandes fieras que pudieran constituir un peligro para los naturales y para los que recorran aquellas regiones, en el Darién no he oído hablar más que del jaguar moteado (*felis ousa*), o del jaguar negro (*felis nigra*); pero estos carnívoros parecen muy poco peligrosos, por lo que generalmente inspiran poco cuidado. Sobre todo huyen del hombre, sin que se atrevan a hacerle frente ni a atacarle y se cuidan mucho de alejarse considerablemente de los campamentos. Muy al contrario de lo que en Europa sucede con nuestros lobos, estos animales no forman ninguna leyenda por allí, ni nadie cuenta nada de ellos, cosa que parece indicar lo poco que les preocupan. Nadie sabe por aquí preparar los despojos, razón por la cual no se ocupan de cazarlos sino muy de tarde en tarde y por pura diversión. Las cacerías se organizan del siguiente modo: una vez descubierta la guarida del animal, que regularmente la constituye el tron-



Un mal paso.

co hueco y carcomido por el tiempo y el agua de algún viejo higuerón, se dirigen a él en pleno día, cuando se está completamente seguro de hallar al jaguar *en su casa*. Los hombres van todos provistos de un buen número de palos rectos y bien aguzados por uno de sus extremos, los cuales clavan fuertemente en tierra, bastante cerca, a fin de que el animal no pueda saltar por delante, precaución que más bien toman para que no se escape dejándoles burlados. De esta manera forman al rededor de la puerta por donde el animal entra y sale una jaula de gruesos barrotes, que ligan y amarran entre sí por medio de flexibles y delgadas lianas, lo bastante sólidas para que no puedan saltar en ninguno de los saltos y botes que el animal pueda dar. Lo más extraordinario y que más llama la atención en esto es que el jaguar, en tanto que dura esta operación, no hace ningún movimiento para acometer, ni tampoco para ponerse a salvo, sino que se limita a recogerse sobre sí mismo, retorcerse, agitarse enfurecido, recorriendo su cueva y lanzando espantosos aullidos, que se hacen oír a considerable distancia. Cuando se han terminado todos estos preparativos, durante los que nadie ha corrido el menor peligro ni ha habido el más ligero motivo de temor, no queda por hacer más que matar a la fiera a lanzadas y a tiros. Esta manera de matar al jaguar parece de todo punto increíble y no pude menos de hacer algunas observaciones cuando me la referían, fundándome yo en los instintos feroces y sanguinarios que tales animales tienen acreditados en todas partes; pero M. Lacharme, hombre formal y verídico, que jamás cuenta cosas extraordinarias e inverosímiles, y al que hay que dar entero crédito, me dice que él mismo ha practicado la cacería en los

términos que quedan expuestos, y José, Antonio y Manuel han participado con frecuencia de estas diversiones. Un día José, en tanto que cercaba a un jaguar encerrado en una higuera carcomida, advirtió que en la parte superior, justamente encima del sitio en que el animal se hallaba, había un agujero por el que pensó sería sumamente fácil introducir una lanza y matarlo. Inmediatamente que concibió la idea la puso en práctica, para lo que le fue necesario saltar al árbol, cosa prontamente realizada, dadas las hercúleas fuerzas de aquel hombre: esperaba él que matar al animal era cosa hecha, más no había contado con que del árbol quedaba sólo la corteza, y ésta tan delgada y agrietada, que no pudo soportar el peso de nuestro hombre; así es que, saltando en pedazos, fue a caer, con gran sorpresa de su parte, a caballo sobre el tigre, en el momento en que éste, habiendo sentido la herida de la lanza que José le había asestado, partía corriendo: el pobre se levantó en extremo asustado, todo lleno de contusiones y heridas, en tanto que el jaguar iba a morir a pocos pasos de distancia, con el palo de la lanza en el cuerpo. En la península de Malaca surte casi tan buen efecto una cacería parecida, hecha al tigre real, mucho más de temer que el jaguar de estas regiones. Un círculo de batidores se coloca a su alrededor con las picas por delante del animal, que aulla desesperadamente, sin pensar en hacer ningún esfuerzo para romper aquella barrera, y de esta manera encerrado lo matan, cosa que parece muy extraordinaria, sabido cuales son los instintos de este animal y lo que se refiere de sus terribles saltos.

Los jabalíes, los ciervos y los otros animales que pueblan las selvas del Darién proporcionan al jaguar una alimentación abundante; pero con frecuencia se ve obligado a batirse en retirada cuando ha cometido la imprudencia de apoderarse de un *pecarí*, tomándolo de en medio del rebaño, pues entonces todos defienden al desventurado compañero y acosan al jaguar de un modo tal, que muchas veces se ve obligado a soltar la presa. Al tapir tampoco le es muy fácil vencerlo siempre; el tigre le salta sobre la grupa, adonde se recoge lo mejor que puede, clavando sus cinco fuertes y aceradas garras en el lomo del paquidermo, en tanto que con los dientes se sujeta al cuello. El tapir, al verse acometido de esta manera, huye precipitadamente en dirección al agua, atravesando con la rapidez del rayo los bosques y los torrentes, metiéndose entre los árboles y partiendo por entre los montones de liana, en los que procura que su terrible jinete se hiera o se enrede; si no consigue esto y aun le queda vida y aliento para llegar al río, entonces está salvado, pues al penetrar en él, el jaguar suelta su presa.

XXXVI

Nuestra llegada al Tupisa.—Separación por falta de víveres.—En marcha para la cordillera.—Ascensión de la montaña.—Por fin vemos el Atlántico.—Descanso. — El buque que vemos, es “Le Dupetit-Thonars”?

Después de una semana tan bien aprovechada, y en la que tanto habíamos trabajado, el reposo del domingo nos sentó admirablemente. Este día, dedicado al descanso, nos ocupamos de realizar los cálculos para los que habíamos tomado datos y notas en el curso de las operaciones; contamos también las cartas recibidas, de lo que no nos había sido posible ocuparnos, a causa de la falta de tiempo, y pusimos al día nuestro diario, bastante atrasado por cierto, y en el que no era poco lo que teníamos que anotar. Al propio tiempo, y deseando estar prevenido para cualquier evento, me entretuve en repasar nuestra provisión de víveres para ver el estado en que se hallaba; pero el día 3 pude observar con pena que apenas si nos quedaba arroz para media docena de comidas, lo cual nos causaba grandísima contrariedad, pues en aquellos momentos nos era indispensable estar más completos de todo, a fin de que las operaciones no sufrieran interrupción ninguna. A fin de reparar en lo posible el daño que pudiera resultar, envíe al depósito a los más fuertes y vigorosos de nuestros trabajadores, encareciéndoles la mayor premura y ofreciéndoles una buena gratificación si en el término de cinco días se reunían nuevamente a nosotros, trayendo lo que tanta falta nos hacía, y sin lo que era imposible seguir adelante. Lástima grande es que el poco tiempo que nos queda no me permita llegar con toda la gente al Atlántico, pues la armonía que reina es completa y ya apenas si los unos podemos prescindir de los otros! Por la noche en el vivac, antes de acostarse (pues sabido es que la gente de color necesita poco sueño), nuestros hombres ríen alegremente y se divierten en contar historias a cual más exageradas las unas y a cual más peligrosas las otras. Todos rivalizan a cuál puede distinguirse más en aquellas veladas, y uno sólo es el que entre todos constituye una excepción, que es Pedro Soler, el cual desde su aventura del tigre ha caído en un marasmo del que nada puede sacarle. Los esfuerzos que se hacen por distraerle son vanos, y nada puede conseguirse: a fuerza de grandes instancias pudo mal coordinar una antigua leyenda que ya todos conocían.

El día 4 el hábil José pudo cogernos tres monos, lo cual fué un socorro considerable, pues la abundancia de carnes nos permitió dar sólo

media ración de arroz, que a toda costa convenía conservar, por ser el artículo más necesario. Los trabajos de la trocha marchan en tanto perfectamente bien, llevándose por pendientes sumamente suaves, donde por fortuna los inconvenientes no son difíciles de vencer. A las dos de la tarde llegamos por fin al Tupisa. El cauce es bastante ancho y su fondo está lleno del uno al otro lado de guijarros, y el caudal de su corriente no parece inferior al que habíamos consignado en el punto de confluencia del Tiati. La orientación que sigue nos es favorable durante dos o tres días, y algo más hubiéramos adelantado si la lluvia no hubiese comenzado nuevamente, con lo que nuestros hombres se apoltronan demasiado, habiendo necesidad de animarlos, alentarlos y hasta apostrofiarlos duramente.

El Tupisa cambia poco después de aspecto: el cauce, que cuatro kilómetros más arriba era considerablemente ancho, se va estrechando poco a poco. En cada orilla unos contrafuertes elevados que terminan en cumbres sumamente escarpadas y que parecen cortadas a pico, obligan al río a tomar bruscas curvas, encerrándolo en gargantas por donde se precipitan en rápidos violentos y en espumosas cataratas. Varios brazos del río secos ahora, pero que arrastran abundantes aguas en la estación de las lluvias, están materialmente llenos de árboles desgajados, que los indígenas llaman *trancos*, y que a veces forman puentes naturales. Más adelante el desfiladero se estrecha considerablemente, llegando a ser por algunos puntos simplemente una ranura de algunos metros de ancho. En aquella parte de la cordillera el clima es bueno y la vegetación poderosa. El incomparable *espavé* abunda allí y el sub-bosque está poblado de palmeras y helechos arborescentes, las rocas se tapizan con plantas colgantes, o más bien trepadoras, cuyos millares de pedúnculos se agarran a las piedras y caen en verdes mantos hasta el río, donde la corriente los agita sin cesar.

Acá y allá el Tupisa está sembrado de bloques gigantes: las ondas que inútilmente lamen su base ahondan el lecho del río, con lo que crean nuevas dificultades a nuestro paso. La lluvia no deja de caer, lo cual nos causa considerables perjuicios; el piso está fatal, y con frecuencia entramos en algunos barrizales, en los que nos hundimos hasta las rodillas: hay pasos verdaderamente intransitables, que nos cuesta gran trabajo atravesar, y es lo peor que se hace de todo punto imposible encender fuego para condimentar los alimentos y secar nuestros vestidos, que están del todo empapados. Los trabajadores que nos acompañan se manifiestan abati-

dos hasta más no poder, y nada logra animarlos: éstos, como tantos otros, son solamente trabajadores de buen tiempo.

El arroz, que puede decirse es nuestro pan cotidiano, va a faltarnos de un momento a otro, por lo que es imposible que sigamos juntos; se hace indispensable separarnos, y a este fin yo continuaré las operaciones en compañía de cinco hombres, en tanto que M. Sosa, con los demás y el equipo que nos haga absoluta falta, volverá hacia Yaviza; en el camino encontrarán los conductores de víveres que con tanta ansia esperamos, y los dichos conductores recogerán dos hombres, Pedro Espinosa y Pedro Pérez, encargados de reunirse con nosotros. Desde Yaviza enviará dos embarcaciones, a fin de que vayan a esperarnos a Puerto Tiatí, después de lo cual se dirigirá a Panamá, a fin de ponerse a las órdenes de M. Wyc. M. Lacharme, que parte con ellos para Yaviza, lleva el encargo de marchar al valle del Tuyra, al pie del cerro del Tunó, a fin de estudiar la situación de las grandes salidas de los cuellos, que propone como el sitio más conveniente para abrir un canal interoceánico, reuniendo las corrientes del Tuyra y del Atrato.

El día 6, a las dos de la tarde, nos despedimos después que M. Sosa hubo determinado con la mayor exactitud la pendiente que había de seguirse para llegar al Acentí: se ha construido una *barbacoa* sobre la que se ha colocado *tasajo* y conservas que me podrán servir hasta su vuelta. Conmigo vienen José, Pedro García y Eugenio, y provisionalmente Domingo y Juanito. Pedro Espinosa y Pedro Pérez se reunirán a nosotros probablemente dentro de tres días, trayendo el apetecido arroz, causa de tantas inquietudes y principal razón, su falta, de que nos hayamos tenido que separar, a pesar de los buenos deseos que nos animaban de llegar reunidos hasta el fin, sucediera lo que sucediera.

En exploraciones de esta naturaleza, en las que se tiene la seguridad de recorrer extensas comarcas de leguas y leguas sin encontrar una ciudad, ni un pueblo, ni una aldea siquiera en la que, aunque malos, pueden reponerse los víveres, uno de los principales inconvenientes con que se tropieza son los medios para atender a la alimentación, máxime cuando por las principales atenciones, ni el personal puede ser muy numeroso, ni recargar a éste con el enorme peso que llegarían a constituir las vituallas necesarias, si quisieran conducirse todas las que pueden hacer falta. La caza es uno de los elementos que en la selva pueden aliviar una situación; pero ésta no siempre se presenta, y tampoco los hombres de que disponíamos podían distraerse en hacerla, dado lo muy necesario que nos eran para los trabajos de la trocha y demás operaciones que realizábamos:

así es que después de mucho pensarlo, lo más conveniente que resultaba era lo que hicimos: separarnos. Los víveres y los bagajes que nosotros conducimos eran sólo los más indispensables, a fin de que los hombres no fueran muy recargados, y sus camas se compondrán de unas esteras, que, sobre hacer poco bulto, apenas pesan; nuestros conductores no tendrán que ir y venir, pues ya, dado el camino que emprendemos y nuestro objeto, no queda más que marchar sencillamente por el río, y esto con mayor comodidad, pues el buen tiempo ha reaparecido.

A la mañana siguiente todo marcha a las mil maravillas, hasta el punto que, sin riesgo de que pueda hacerme falta, envío a Domingo para que vaya a reunirse con M. Sosa: yo conservo a mi lado a Juanito, que es fuerte y vigoroso, y que en todas ocasiones ha manifestado vivos deseos de acompañarme. Este hombre, joven y franco, es sin duda uno de los mejores con quienes hemos podido contar; su trato afable y cariñoso le capta las simpatías de todos, y además su inteligencia da lugar a que pocas veces sea necesario repetirle dos veces la misma cosa. Siguiendo nuestro camino, advertimos que el río se estrecha, y que su corriente se hace cada vez más escasa: la marcha por encima de las rocas se hace aún más difícil, y en toda aquella extensión se suceden los desfiladeros casi sin interrupción: más tarde el Tupisa describe una gran curva, y nos hallamos en presencia de un tributario importante, que sigue la dirección deseada. Nuestra gente se instala en un montón de grava, donde un enorme tronco de *espavé*, cercado por las aguas, nos abriga durante la noche, poniéndonos a cubierto del aire glacial que se deja sentir, y durante el día nos preserva de los ardientes rayos del sol. Aquella noche cenamos con el último puñado de arroz que nos quedaba, y quedamos pendientes de que nos alcanzaran los hombres que habían de traer nueva provisión, pues de lo contrario lo íbamos a pasar muy mal.

A la mañana siguiente algunos restos de galletas nos ayudan a engañar nuestra hambre, convenciéndonos al propio tiempo de lo imposible que nos era cambiar de campamento: los dos Pedros que nos traen víveres podrían extraviarse en el Tupisa superior, perdiendo nuestra pista, lo cual colocaría a ellos y a nosotros en una situación lamentable. No sólo nos decidimos a no movernos del sitio en que nos hallábamos, sino que, por mayor precaución, nos envió a Eugenio para que saliera a su encuentro.

Nos encontramos en plena montaña y las operaciones se hacen cada vez más penosas, si no imposibles de practicar; a cada paso tropezamos con pozos en los que el agua se arremolina violentamente, y por

los que el tránsito inspira gran cuidado; las piedras resbaladizas se suceden las unas a las otras casi sin interrupción, así como también los bloques angulosos, los rápidos, las angosturas o los desfiladeros; en una palabra, todo parece haberse dado cita en contra nuestra. La *quebrada* se divide en dos brazos casi iguales, si bien el contrafuerte que separa estas dos ramas, que en sí parecen de igual importancia, no es tan escarpado como los que anteriormente hemos visto. Esta es la primera vez que al fin me decido a ganar la cima de la cordillera. Por lo demás, una cascada que salta de encima de un muro cortado a pico nos impide continuar los trabajos emprendidos aquel día, imposibilitándonos también subir al vallado superior.

Convencidos al fin de que inútiles habían de ser los esfuerzos que realizáramos, volvimos al vivac, donde la abundancia vuelve a ser un hecho, felizmente. Cuando llegamos, los hombres que habían quedado allí se ocupaban en desembarcar el arroz para prepararle inmediatamente. Esta comida, que en cualquiera otra situación no hubiera despertado en nosotros ni el más ligero apetito ni el más pequeño contento, nos entusiasma ahora, que era lo único que podíamos contar, y cuya falta, que tanto habíamos lamentado antes, era causa de un no insignificante atraso en nuestras operaciones, así como también de la separación del resto de nuestros compañeros. Fidedigno me ha enviado también algunos huevos, con lo que bien puede decirse que, después de tantas privaciones, vamos a tener un verdadero festín. Primeramente, justo es decirlo, un bien preparado asado de mono nos hace adquirir fuerzas, reponiéndonos con él de las fatigas experimentadas. No hay más que hallarse lejos de los lugares donde las comodidades no pueden obtenerse ni comprarse, para conformarse con lo que la suerte depara o puede por casualidad conseguirse; antes de aquel viaje, nunca pudimos pensar que la carne de los cuadrumanos llegara a ser nuestro alimento, y la primera vez que la comimos experimentamos una repugnancia extrema, que no creíamos llegar a vencer, hoy casi puede decirse que cuando no la hay lamentamos su falta.

Después de la cena organicé, *grosso modo*, los cálculos de nuestras operaciones en un pedazo de papel cuadriculado; estamos sólo a catorce kilómetros de Gandí; mañana tal vez distinguiremos el Atlántico.

Hémos aquí ya en el camino que nos ha de poner en el punto culminante de la tierra que nos oculta el tan deseado mar. Bien tarde ya advertí que había cometido un error, pues dejándome llevar de mis prácticos en la selva virgen, seguí la quebrada, en vez de tomar por la línea

culminante del contrafuerte. Este error nos hizo perder más de hora y media, y nos condujo al fondo de un cauce, seco entonces, en el que las piedras amontonadas hacían difícil el paso, y más aun las bajas ramas de los árboles que entre ellas crecían; y mayor fue aun nuestro despecho cuando más tarde una serie de cascadas que saltaban en aquella estrecha garganta nos obligó a desandar lo andado, pareciéndonos perder por completo nuestro tiempo. Poniendo entonces en práctica mi primera idea, se escaló, ayudándose con los pies y con las manos la pared que parecía más abordable, y desde entonces, al llegar a la altura y poder seguir por ella el camino, nos pareció mucho más cómodo. En efecto; aquí la cordillera se parece muy singularmente a lo que podríamos llamar cadena de montaña teórica, es decir, una línea divisoria horizontal y rectilínea de las dos vertientes, de la cual se separan perpendicularmente los contrafuertes que se subdividen hasta el infinito, como los pedúnculos de una hoja compuesta, y que se bajan a medida que se alejan del nervio central. Como todas se reúnen dos a dos para formar el cadenón soldado a la cadena maestra, puede estarse seguro de que, partiendo de la extremidad de cualquiera de estas ramificaciones y siguiendo siempre la ascensión a la cresta, no puede menos de llegarse al punto más elevado y principal.

Poco después de los primeros pasos dados en este sentido, nos encontramos sobre la línea que divide las dos corrientes, y bien pronto llegamos a pasar por el límite que separa los cauces de los dos ríos, y desde aquí por la espina dorsal, de donde parten corrientes de mayor importancia, y así sucesivamente hasta la cima. Para descender hay que hacer la bajada de muy distinta manera, pues las crestas se bifurcan de diferente modo y a cada instante. Cómo saber la articulación que se extenderá hasta la llanura? Como estudiarlo nos consumiría ciertamente mucho tiempo y las circunstancias son cada vez más apremiantes, vale más, y por esto nos decidimos, tomar la primera cortadura que se encuentre y continuar recto por la garganta, quebrada y río para desembocar con sus aguas en el valle.

Volviendo a ocuparnos de nuestra ascensión, diremos que aun cuando habíamos previsto un considerable número de dificultades, como no podía menos de suceder tratándose de aquellas elevadas cimas y no perdiendo de vista nunca lo que llevábamos sufrido, avanzamos, logrando convencernos de cuánto la imaginación abulta los peligros que se preven. Nuestra marcha fue en mucho facilitada por la forma misma de las montañas, cuyas crestas, sumamente estrechas, no tienen, en el mayor número de los puntos, más que dos o tres metros de espesor, cosa que en el

comienzo de sus faldas no podía suponerse, y de lo que no teníamos referencia alguna. Ordinariamente sucede en el mayor número de las montañas que sus cimas están coronadas por planas de mayor o menor extensión, en cuya superficie la aglomeración de vegetales, las piedras y los arroyos que las surcan constituyen obstáculos que, si no son causa de grandes fatigas y trabajos, lo son al menos de una considerable pérdida de tiempo, y esto era lo que por entonces más nos urgía aprovechar. M. Wyse no tenía conocimiento de la sucesiva serie de peligros en que nos habíamos visto; ignoraba las causas que nos habían hecho retardar, y sus cálculos fundados, con excepción de esto, le hacían comprender que el día fijado estaríamos en Acantí, cosa que dudaba yo sucediera, y que era motivo bastante para tenerme disgustado. Todas las consideraciones que inmediatamente y como consecuencia me hacía, daban lugar a que ni un momento solo dejara de animar a la gente y atendiese a todas partes con sin igual cuidado, procurando no equivocar el camino, al mismo tiempo que seguirlo por puntos en los que los obstáculos fueran en menor número.

La inclinación de las vertientes y la poca anchura de las crestas fue, como decimos, causa primera de que las dificultades no fueran tantas como en un principio llegamos a figurarnos; y a pesar de que en aquellas alturas la vegetación no desmentía en modo alguno el que nos hallábamos en las latitudes del trópico, tanto por su espesura como por su elevación que ante nosotros formaba vallas, al través de las que nada se veía, el camino aparecía siempre claro y nada había que pudiera hacernos temer que fuera posible extraviarnos. Además, y como medida de precaución, en todos aquellos puntos en que la cima se ensanchaba, enviaba a José de descubierta, para siempre saber a qué atenernos, y nunca tuvimos que rectificar nuestros pasos ni en mucho ni en poco. Los árboles altísimos que tanto por allí llaman la atención, de gruesos troncos y apretados ramajes, cuyas maderas son de grande aprovechamiento, crecen con abundancia en aquella superficie que separa los dos planos inclinados que forman los lados de la Cortillera; pero el suelo no está infestado del sinnúmero de plantas parásitas que tanto en otros lugares crecen, ni de las lianas que a cada paso cierran el camino, por la intrincada red que sus troncos forman, de modo que en el mayor número de los casos un solo hombre basta y sobra para abrir la *pica*, con lo cual podemos también proceder con mucha rapidez, dado que el relevo en el trabajo permite el descanso de los demás, que entran luego con más fuerza a la tarea. No podíamos, pues, quejarnos de la fortuna, y por momen-



Trancos.

tos llegué a pensar que tal vez nos fuera posible ganar lo perdido, adelantar lo que en nuestras operaciones anteriores habíamos atravesado, y suplir el tiempo que nos hiciera perder la espera de los alimentos, llegando, por tanto, a tiempo al sitio donde se nos esperaba.

A pesar de la rapidéz con que procedíamos, cuando la vegetación se aclaraba un tanto, y por cualquiera de las brechas formadas por los troncos de los árboles, nos era permitido extender la vista, inspeccionábamos las comarcas cercanas, sin que pudiera advertirse en ellas nada extraño ni nada que pudiera llamar la atención. Por ningún punto, queda al descubierto la superficie del suelo, ni se ven piedras ni rocas; por todas partes se extiende un manto de verdura que lo cubre todo, presentando por única particularidad extensas ondulaciones. Nada puede darse ni más igual ni más monótono que aquel paisaje, que a las claras manifiesta que lo que en el mar alegra la vista, constituyendo su mayor encanto, es el eterno movimiento de sus azules ondas. En la inmensa superficie que distinguimos no hay nada que se mueva; todo permanece en un absoluto quietismo que entristece; y aún más aumenta la por nada turbada monotonía, lo igual de la estructura de aquellas montañas.

A las tres y algunos minutos de la tarde, sin ningún síntoma anterior que pudiera advertirnos su proximidad, momentos antes de llegar la línea de separación, nos vimos envueltos por una espesa niebla que humedeció nuestras ropas: la oscuridad fue tan densa, que apenas si a cincuenta metros de distancia distinguíamos alguna cosa, y a menos de cien ya era imposible distinguir nada. Esta fue la primera contrariedad que en aquella ascensión experimentamos; pues sobre imposibilitarnos se seguir todo lo de prisa que hasta allí habíamos ido, y exigimos mucho mayor cuidado, a causa del mal estado en que las hierbas y el suelo se pusieron, nos impedían abarcar con un golpe de vista el dilatado y hermoso panorama con que habíamos contado, y que, dada la elevación, podía afirmarse se extendería por un lado a toda la vasta extensión del mar, hasta las tierras de Cartagena tal vez, y del otro a toda la serie de estribaciones que extienden sus ramas sobre la vertiente occidental, y allá en el fondo las bajas llanuras que fertilizan el Chucunaque y el Tuira.

Llegamos a un sitio en el que la cosa nos pareció extremadamente grave: cómo saber a punto fijo el camino que nos llevaría directamente a Acantí? Cómo averiguar si las aguas de los riachuelos que se abren a nuestros pies van al Toló o al Acantí? Considerando este punto muy detenidamente, supusimos que muy bien podía suceder que formaran parte del cauce de algún río y fueran a desembocar más hacia el Norte o hacia el